BRUNO TERTRAIS

LA VENGANZA DE LA HISTORIA

Cómo el pasado está cambiando el mundo

RBA

Acceso Abierto

Título original: *La Revanche de l'Histoire*

© Odile Jacob, 2017.

© de la traducción: Almudena Blasco Vallés, 2018.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2019.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: ODBO338

ISBN: 9788491871538

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Obra bajo Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional.

Índice

INTRODUCCIÓN

1. CUANDO LA HISTORIA COMIENZA DE NUEVO , EL PASADO RESURGE

2. LAS RAÍCES DE LA VENGANZA

3. LA HISTORIA TIENE CONSECUENCIAS

4. UNA GIRA MUNDIAL DE LOS FANTASMAS DEL PASADO

5. DEL BUEN USO DEL PASADO

EPÍLOGO

NOTAS

PARA PIERRE HASSNER.

A LA MEMORIA DE THÉRÈSE DELPECH.

Give me back the Berlin wall
Give me Stalin and St. Paul
I've seen the future, brother: it is murder [...]
Give me back the Berlin Wall
Give me Stalin and St. Paul
Give me Christ or give me Hiroshima.

LEONARD COHEN, *The Future*

INTRODUCCIÓN

Todos los males del siglo provienen de dos causas; la gente [...] lleva dos heridas en el corazón. Todo aquello que fue ya no es; todo lo que será aún no es. No busquéis en otra parte el secreto de nuestros problemas.

ALFRED DE MUSSET,
La confesión de un hijo del siglo, 1836

Sería inútil alejarse del pasado para pensar solo en el futuro. [...] De todas las necesidades del alma humana, ninguna es más vital que el pasado.

SIMONE WEIL,
Echar raíces, 1949

La búsqueda de un pasado que sea un medio para controlar el futuro es inseparable de la naturaleza humana.

JOHN LEWIS GADDIS,
El paisaje de la historia, 2002

Antes solía pensar que la historia, a diferencia de otras disciplinas, como por ejemplo la física nuclear, no le hacía daño a nadie. Ahora sé que puede hacerlo y que existe la posibilidad de que nuestros estudios se conviertan en fábricas clandestinas de bombas, como los talleres en los que el IRA ha aprendido a transformar los abonos químicos en explosivos.

ERIC HOBSBAWM,
Sobre la historia, 1997

Pocas veces el pasado ha estado tan presente.

Nunca, en época moderna, ha tenido esta importancia en las relaciones internacionales y en la escena geopolítica. En un mundo que se pretende sin memoria, la Historia ha irrumpido por todos lados. Dáesh quiere restaurar el Califato y eliminar las fronteras coloniales. Turquía e Irán se inspiran en su pasado imperial. China justifica sus derechos sobre las islas adyacentes a su territorio sacando a relucir mapas antiguos. Rusia se anexiona el lugar de su pretendido bautismo. Hungría entrega pasaportes a

los antiguos miembros del Imperio austrohúngaro. En Europa, los inmigrantes son considerados los nuevos bárbaros.

No es *El shock del futuro*, es el vértigo del pasado.[1] ¡Sarajevo! ¡Sykes-Picot! «Vivimos en el planeta 1914».[2] ¿Kulikovo, Borodinó? Eso era ayer.* Al Este, los fantasmas de los imperios: Roma contra Bizancio, los austrohúngaros contra los otomanos, el zar contra el sultán. En Europa, es el recuerdo de los tiempos heroicos de la Edad Media: Carlos Martel, las cruzadas, Juana de Arco, la Reconquista. En Oriente Próximo es la imagen de las revoluciones de 1848 y la Guerra de los Treinta Años.*

El pasado está por todas partes. En la era del retorno de la nación y de la yihad global, el pasado aparece exhumado, reconstruido, reinventado, mitificado para servir de inspiración o de revulsivo, de justificación a las reivindicaciones, de guía para la acción, de referencia para la interpretación de las situaciones. «El pasado está más vivo que nunca», dice el escritor británico Aatish Taseer.[3] Se exaltan las grandes victorias de la nación o se conmemoran las derrotas. Se legisla o se reforman las constituciones para ajustarlas a la Historia. Se restaura, se realizan excavaciones arqueológicas, se exige la repatriación de los objetos antiguos. Se abren museos y memoriales o, a la inversa, se destruyen los símbolos del pasado. Se reescriben los manuales de Historia, se graban películas y videoclips de propaganda, se renombran ciudades y provincias.

Se han reactivado los enfrentamientos ideológicos y cada vez es menos cierto el carácter inevitable del triunfo final de la democracia liberal. Es la venganza del pasado: contra las promesas

de un futuro radiante encarnadas por el liberalismo y el socialismo, y contra la tendencia a diluir las identidades y disolver las raíces en el gran caldero de la globalización, el nacionalismo y el islamismo proponen remedios fundados sobre la tradición, incluso sobre el retorno a una supuesta Edad de Oro. El fenómeno adquiere gran amplitud en la medida en que, al mismo tiempo, la proliferación de Estados y la aparición de nuevas potencias suscitan una necesidad de anclaje en un pasado real o imaginario. Ambos fenómenos están ligados entre sí: cuando la Historia recomienza, el pasado resurge. Y la venganza de la Historia, puede ser, *in fine*, la extinción del progresismo (capítulos 1 y 2).

Porque la Historia es pasional. Si únicamente nos fijáramos en los intereses estratégicos, los problemas económicos y los condicionantes geográficos desplegados sobre la escena internacional, dejaríamos de lado la dimensión emocional, a menudo pasional, de las relaciones entre Estados y entre pueblos, sobre la que se asienta hoy la Historia. Nuestra época es sin duda la de la «venganza de las pasiones» descrita por Pierre Hassner.[4] Es por tanto una cuestión política: la Historia «tiene consecuencias» (capítulo 3).*

«Hemos entrado en un mundo en el que la función esencial de la memoria colectiva consiste en legitimar una determinada visión del mundo, un proyecto político y social, y en deslegitimar a los oponentes políticos», afirma David Rieff.[5] No es nada nuevo.

En efecto, no es nada nuevo que las ideologías dominantes

sean hoy en día el nacionalismo y el islamismo, que son las más ancladas en el pasado.

Lo que en cambio sí es nuevo es que los grandes retos estratégicos del mundo contemporáneo se fundamentan en profundas reivindicaciones históricas. El desafío ruso se basa en la movilización de un pasado reinventado. El desafío chino apela a los textos antiguos para justificar sus reivindicaciones territoriales. El desafío del Califato se basa en su ambición de regresar a los tiempos del Profeta. El desafío iraní, en principio apoyado en el anticolonialismo y el antiamericanismo, busca como referente las glorias pasadas del Imperio persa. El desafío turco resucita el orgullo otomano e invoca la memoria del Imperio.

Lo que es nuevo asimismo es que todas las grandes regiones del mundo (Europa, Rusia, Oriente Próximo, Asia, Estados Unidos) se ven afectadas, cada una a su manera, por este fenómeno (capítulo 4).

La Historia se entiende aquí en los términos que la definen como la gran historia, la de la sucesión de acontecimientos políticos, diplomáticos y militares, generalmente trágicos y a menudo sangrientos. La Historia de los litigios fronterizos, de las invasiones, de las batallas y los bombardeos; del terrorismo, de la barbarie y de los genocidios; de los golpes de Estado y de las revoluciones; del desmoronamiento de los Estados y la disolución de las instituciones; de los sueños imperiales y las pesadillas totalitarias, de la movilización de las pasiones políticas y las creencias religiosas; de los sacrificios en nombre de la nación y de los mártires de Dios; de los relatos escatológicos y las promesas apoca-

lípticas. La Historia escrita con H mayúscula y, para decirlo al modo de Georges Perec, «con su gran hacha».[6] ⋆

¿Venganza de la Historia? Algunos lo han pensado así en relación con algún aspecto de la escena internacional;[7] otros han evocado la venganza de la geopolítica o de la geografía.[8] Pero la Historia es infinitamente más pasional que todo esto. Y, por tanto, más peligrosa. ¿Cómo, a estas alturas, podemos hacer un mejor uso del pasado sin sucumbir al exceso de la pasión política? (capítulo 5).

1

CUANDO LA HISTORIA COMIENZA DE NUEVO, EL PASADO RESURGE

FUKUYAMA 0, HUNTINGTON 1

Si la idea del «fin de la Historia» era ya cuestionable durante el verano de 1989, hoy resulta desfasada en el mejor de los casos. Ya no tenemos en cuenta las objeciones que se le hicieron, pero sigue estando de moda burlarse del autor, Francis Fukuyama, a veces incluso sin haberle leído. Son muchos los *retornos de la Historia* que se han anunciado al respecto para desmentirle.[1] Desde 1991, con la desaparición de la Unión Soviética y el estallido bélico en los Balcanes, «la Historia se ha vuelto a poner en marcha», dijo Pierre Hassner en 1999.[2] En efecto así ha sido: en 2001 con los atentados de Nueva York y Washington; en 2011 con las primaveras árabes, seguidas algunos años después de la invasión de Crimea, la irrupción de Dáesh en el escenario iraquí, de la crisis europea y del Brexit. «Vivimos el fin del fin de la Historia», afirmó Alain Finkielkraut en el otoño de 2015,[3] y tras la elección de Donald Trump se vio a los comentaristas americanos proclamar «el fin del fin de la Historia» o «la venganza de la Historia», mientras que un periodista de opinión francés remachó: «Hemos entrado de nuevo en la Historia».[4]

¿Merece Fukuyama semejante escarnio? Nunca pretendió que el fracaso del comunismo (recordemos que el artículo fue escrito en el verano de 1989, poco antes de la caída del Muro de Berlín) supusiera un punto final a la Historia en el sentido de la confron-

tación de las ideas políticas, de la dialéctica hegeliana o marxista.[5] Inspirándose en la propuesta del filósofo Alexandre Kojève, Fukuyama afirmaba que el debate sobre la forma óptima de gobierno podía darse ya por concluido: para él, la democracia liberal y la economía de mercado eran las únicas opciones viables para las sociedades modernas.*

Diez años después, a pesar de la competencia de los modelos ruso, chino e islamista especialmente, el autor mantenía su análisis: la democracia liberal terminará por imponerse: es una *cuestión de tiempo*.** Y veinte años después seguía insistiendo en hasta qué punto Rusia y China eran incapaces de proponer una alternativa ideológica viable, y el islamismo radical era incapaz, si no de conquistar el poder, al menos de mantenerlo.[6]

Quizá sea cierto. Estados Unidos es un país en el que la gente confía. Como reza una de las expresiones favoritas de los presidentes americanos, nadie puede ser tildado de estar en «el lado malo de la Historia». Pero, en todo caso, nos encontramos todavía lejos de ese punto.

Tomados en conjunto, el despertar ruso, la irrupción de Dáesh y el voto del Brexit han sido una señal de alarma en Europa. «He tomado conciencia del carácter trágico de la Historia», decía François Hollande en mayo de 2016.[7] «Hoy la Historia llama a nuestra puerta», añadía un mes después, cuando conoció los resultados del referéndum británico.[8]

Habría llegado el momento, de hecho, de tomar conciencia de ello. Porque hace ya varios años que el cuestionamiento del pro-

greso de nuestras sociedades, el desarrollo de la globalización económica y la difusión del mestizaje cultural producen importantes efectos políticos en el mundo occidental. Sin duda, tanto el fenómeno Trump en Estados Unidos como el voto soberanista en Europa, tienen un origen común. Son los síntomas de una revuelta conservadora, una «revuelta del pasado».* El eslogan electoral de Donald Trump fue «*Make America Great Again*». Lo cual es fácilmente transferible a *Make Rusia Great Again*! o *Make China Great Again!* En todas partes se intenta invertir el curso de la Historia. En Oriente Medio, son los movimientos islamistas los que han emprendido desde hace tiempo la contrarrevolución sociocultural. Ahora mismo esta se halla en pleno auge en Rusia, en Europa y en Estados Unidos. Y llega hasta la India, donde el Bharatiya Janata Party pretende imponer las tradiciones hinduistas al conjunto de la nación.

El otro gran metadiscurso de la década de 1990, «el choque de civilizaciones», se impone aquí como un pertinente cuadro de análisis. ¿Choque de civilizaciones? También en esto estamos de acuerdo en mofarnos e incluso en indignarnos. Ante el riesgo de «arrear a un caballo muerto» como dicen en Gran Bretaña, un filósofo francés se aventuró a predecir, en 2015, que finalmente «este no tendrá lugar»[9]. Me quedo sin palabras ante tanta audacia. Otros incluso se empecinan en demostrar que vivimos en la época de la «fusión» de las civilizaciones.[10] Y sin embargo, es precisamente en esos términos en los que algunos de los actores clave de la escena contemporánea ven el mundo de hoy. El yihadismo combatiente libra una guerra de civilización contra Occi-

dente, como también lo hace parte de la élite de la República Islámica de Irán. La clase dirigente rusa actual no tiene ningún problema en asumir esta visión, —a veces de manera explícita— a la vez frente al islam radical y, por suerte, de forma menos violenta, contra el Occidente decadente. En la actual Casa Blanca, esa visión es muy popular. Hay que reconocer que gran parte de los conflictos actuales tienen lugar en las líneas de contacto que el politólogo americano trazó en 1993: en los Balcanes, en el Cáucaso, en África, en Asia. Se le ha reprochado especialmente a Samuel P. Huntington el haber escrito, en la línea de Bernard Lewis, que «las fronteras del islam son sangrientas».* La fórmula era brusca pero describía una cierta realidad.** El cuadro de lectura propuesto por Huntington es al mismo tiempo discutible (los conflictos que tienen lugar en las líneas de fractura cultural no son necesariamente guerras «de» civilización), insuficiente (la mayoría de las zonas en crisis o en conflicto militar no se ajustan al discurso del politólogo) e incoherente (¿por qué una sola «civilización» musulmana, y en cambio tres «civilizaciones» cristianas: la de Occidente, la de Rusia y la de América Latina?). Con todo, sería injusto no reconocerle que en su libro sí contempló el choque «en el interior de las civilizaciones», por ejemplo entre los mundos sunita y chiita.

Las problemáticas planteadas por Fukuyama y Huntington coinciden con los discursos apocalípticos que en la actualidad se escuchan desde Rusia, Estados Unidos y el mundo musulmán. ¿Podemos encontrar más bello fin de la Historia que la tan anunciada batalla final entre el Bien y el Mal? Para quienes se los

creen, estos discursos aportan a los acontecimientos históricos un sentido más claro. Pero su confrontación también puede hacer del choque de civilizaciones el paradigma que se cumple. El relato apocalíptico de los yihadistas se acerca al de los evangélicos y, sobre todo, al de los «sionistas cristianos», cuya importancia en Estados Unidos es bien conocida, y cuya influencia dentro del campo republicano dista mucho de ser marginal. Desde la década de 1980 y especialmente desde 2001, los dos discursos se retroalimentan entre sí.* Y con ellos, tenemos el choque de civilizaciones *y* el fin de la Historia por el mismo precio. ¿La invasión de Irak?, la revancha de la nueva Babilonia (Nueva York) contra la vieja Babilonia (Bagdad), y la invocación de Gog y Magog por ambos lados (por George Bush y por los yihadistas), con himnos y hadices como telón de fondo. Esta es también la visión de Steve Bannon, el asesor de Donald Trump, que ve en la era actual un nuevo ciclo de enfrentamiento secular entre el islam y el mundo judeocristiano, y que dice inspirarse en *El desembarco*, el libro de título original apocalíptico de Jean Raspail (*Le Camp des Saints*, 1973).

LA REANUDACIÓN DE LA HISTORIA

Si tuviéramos que escoger una fecha clave para la reanudación de la Historia, no sería el año 1989, sino más bien 1979. Y a partir de ahí, desde el resurgir de las religiones hasta las primaveras árabes, todas las décadas decisivas han sido encrucijadas históricas que llevaban consigo su lote de sorpresas y de rupturas.

El año 1979 marca la entrada en ebullición del triángulo Irán-Pakistán-Afganistán. En febrero, a la salida del sah Mohammad

Reza Pahleví de Teherán le siguió el regreso del ayatolá Jomeini, al tiempo que en Islamabad las ordenanzas hudud (los «límites» establecidos por Dios) validaban la deliberada islamización de Pakistán. En julio se llevó a cabo la creación de la «trampa afgana» destinada a empantanar a la Unión Soviética mediante el apoyo a los rebeldes afganos. En septiembre se celebró un gran funeral en Lahore en honor a Abul Ala Maududi, considerado el padre fundador del islamismo moderno. A final de año la Historia se acelera. El 4 de noviembre tiene lugar la toma de rehenes en la embajada de Estados Unidos en Teherán, un suceso que abre el segundo acto de la revolución iraní y su radicalización antioccidental. El día 20 se produce una nueva toma de rehenes, la de la Gran Mezquita de La Meca, llevada a cabo por un individuo que se autoproclamaba el Mahdi («Mesías»). Al día siguiente se ataca la embajada de Estados Unidos en Pakistán. Más tarde, el 24 de diciembre, la URSS invade Afganistán. Lo que se anunciaba simbólicamente, incluso si los muyahidines son considerados resistentes antes que militantes, era el enfrentamiento entre dos fuerzas transnacionales, el comunismo y el islamismo, que terminaría con el triunfo de la segunda.

Y mientras que Deng Xiaoping, que había regresado al poder el año anterior se lanzaba a la modernización de la República Popular, la irrupción del ejército chino en Vietnam en 1979 y la de las fuerzas militares iraquíes en Irán el año siguiente darán lugar a la reintroducción de la palabra «geopolítica» en el vocabulario de los comentaristas: ya no es posible explicar las relaciones

de poder únicamente con el raso discurso del conflicto Este-Oeste.

El inicio de la década decisiva de 1980 fue testigo también, tras la histórica victoria del Likud en Israel en 1977, de la transformación del proyecto sionista, que pasó de ser una aventura socialista laica a una epopeya político-religiosa reaccionaria, caracterizada fundamentalmente por una afirmación cada vez más clara de las justificaciones históricas sobre la presencia israelí en Cisjordania. Ciertamente, no fue el Likud el que inventó la «colonización», pero sí alentó el carácter mesiánico, que estaba encarnado, no tanto por los *haredim* (ultraortodoxos) —que por lo general no viven más allá de la Línea Verde establecida 1949 y únicamente por razones económicas—, sino más bien por los «sionistas religiosos» que instalaron sus casas móviles en la cima de las colinas de Samaria y Judea. Al mismo tiempo, Egipto modifica la ecuación estratégica de la región al reconocer la existencia de Israel, lo que galvanizará el campo islamista. Esos mismos años también marcan un tiempo de renovación y de compromiso político del cristianismo: la elección de Jimmy Carter, presidente evangélico en Estados Unidos (1976), la llegada a la cabeza de la Iglesia del papa Juan Pablo II (1978), la creación del movimiento de la Mayoría Moral en 1979 que dará la victoria a Ronald Reagan.* Es el tiempo de la «revancha de Dios», que todavía define a nuestra época.[11]

La segunda secuencia de esta década decisiva es de similar importancia. En febrero de 1989, en el momento en que la Unión Soviética finaliza su retirada de Afganistán, Irán emite una fetua

contra el escritor Salman Rushdie, cuyo libro *Los versos satánicos* produjo una movilización sin precedentes en el mundo musulmán. En junio, los acontecimientos de la plaza de Tiananmén señalan el renacimiento del nacionalismo en China. Después, el primero de los muchos 11 de septiembre, que es el de la apertura de la frontera austrohúngara, marca el inicio de un proceso que solo concluirá con la disolución de la URSS en 1991. Es también el momento que eligió Slobodan Milošević, el nuevo presidente serbio, para proclamar su campaña nacionalista durante el discurso pronunciado en el monumento de Gazimestán el 28 de junio, con motivo del sexto centenario de la batalla de Kosovo. Este será el punto de partida de la bajada a los infiernos de Yugoslavia. El 2 de agosto de 1990 Saddam Hussein invadió Kuwait, a pocas semanas de la unificación de Alemania, que tuvo lugar el 3 de octubre.

La tercera y cuarta secuencias de esta década decisiva nos son más conocidas: la Guerra de Kosovo, la llegada al poder de Vladímir Putin (1999) y los ataques del 11 de septiembre (2001), una verdadera jornada bélica por su coste humano; la independencia de Kosovo y la respuesta rusa (Georgia), así como el comienzo de la gran crisis financiera mundial (2008) y las primaveras árabes (2011).

A partir de ahí se han multiplicado los acontecimientos clave; crisis del euro, anexión de Crimea por parte de Moscú, surgimiento y expansión del Estado Islámico en Irak y Siria, flujo de inmigrantes hacia Europa, referéndum británico sobre la salida de la Unión Europea, elección de Donald Trump… Cada una de

estas crisis ha estado salpicada de referencias a la Historia: a la crisis de 1929, al Acuerdo Sykes-Picot, al Anschluss, a las invasiones bárbaras…

«En política exterior, la historia es una limitación y también una guía. Nutre las percepciones de los actores y hace que sus reacciones sean predecibles», afirma el diplomático francés Gérard Araud.[12] Es cierto. Pero es mucho más que eso. El historiador Pierre Grosser, siguiendo la obra de Valérie-Barbara Rosoux, diferencia la Historia como «peso» (una herencia), «ley» (una analogía), «elección» (un instrumento) y «fe» (una anticipación).[13] Veremos aquí el pasado en una doble vertiente: por un lado como una explicación y por otro como una inspiración, un revulsivo o una carga.

EL PASADO COMO EXPLICACIÓN

La Historia como instrumento de simplificación

La simplificación de los fenómenos políticos complejos es, a menudo, una cómoda solución para abstenerse de pensar o actuar. La Historia tiene por tanto un buen respaldo para proporcionar un esquema explicativo simple.

Barack Obama hablaba de Oriente Próximo con la misma condescendencia con la que François Mitterrand lo hacía sobre los Balcanes y otros sobre África: territorios de «odios centenarios» y de «conflictos milenarios» entre «etnias» o «tribus». Estas explicaciones esencialistas fueron muy útiles: permitían una exoneración de la culpa ante la inacción. En el complejo Oriente Próximo se imponen algunas ideas simples: la cuestión podría resumirse, desde tiempos inmemoriales, en el enfrentamiento

entre suníes y chiíes, o entre árabes y persas. De igual forma, los actores locales señalan al colonizador occidental como el culpable de todos los males. En fin, Rusia y China no van a la zaga: todo es culpa de Estados Unidos.

La idea de un «trauma fundacional» es un modelo de referencia muy popular, ya se trate de la colonización, del desmembramiento de los imperios, del reparto del territorio, el éxodo, la derrota militar, la intervención extranjera o el genocidio. A menudo estos traumas son reales y su evocación legítima, pero también dan lugar a comportamientos victimistas. No obstante, del trauma a la «humillación» solo hay un paso. Los alemanes de anteayer, los serbios de ayer, los árabes, los chinos, los iraníes, los rusos y los turcos de hoy, pueden empecinarse en esa postura en lugar de cuestionarse cuál es su responsabilidad en sus desgracias reales o imaginarias. Conocemos el poder que el resentimiento tiene en la Historia, poder sobre el cual han reflexionado Pierre Hassner y Marc Ferro, cada uno a su manera.[14] La humillación histórica se ha convertido en un argumento habitual de las relaciones internacionales, incluso para entender el yihadismo. Lo que no es una razón para rechazarla de entrada: volveremos sobre esto.

La máxima simplificación del tema es la que emerge del discurso religioso en su versión escatológica: vivimos el final de los tiempos que anunciaban los libros sagrados y los profetas. Los estragos que plantean las teorías de la conspiración no están muy alejados de esa idea: para los serbios se trata del complot croata, para los musulmanes (y algunos otros), del complot judío, para

los árabes, rusos, chinos (y, muchos otros), del complot americano-occidental.

Pero en la era digital, las metanarrativas que apuntan a una explicación global del mundo son accesibles con un solo clic y la lista de potencias que las ordenan se amplía: América e Israel, los judíos y los masones, el petróleo y las finanzas, el complejo industrial militar, Bilderberg y la Trilateral, los rosacruces, los templarios y los Illuminati, y a veces todos a la vez. El éxito de las grandes conspiraciones, producto de la modernidad y la laicidad, alcanza ahora su punto más álgido, y los que se consideran los damnificados de la Historia son sus más voraces consumidores.

El prurito de la analogía

Otra forma de intentar hacer que el mundo sea inteligible a través de la Historia consiste en recurrir a la analogía en forma de comparación o metáfora. «Obedeciendo a una especie de ley de la mínima acción, una ley reacia a crear, a responder imaginativamente a la originalidad de la situación, el pensamiento vacilante tiende a acercarse al automatismo; exige conocer los hechos precedentes y se libra al espíritu histórico que induce, en primer lugar, a recordar, incluso cuando se trata de enfrentarse a un caso totalmente nuevo», escribió Paul Valéry.[15]

Desde la caída del Muro de Berlín y desde que Hassner reinventara esta analogía, ¡cuántas veces no hemos entrado en una nueva Edad Media! El tema ha estado en boga durante veinticinco años: debilitamiento de la soberanía de las naciones, un mun-

do sin reglas, regreso a la barbarie…[16] ¿La nueva «Guerra de los Treinta Años» empezó en 2001, tras el 11 de septiembre, o lo hizo en 2011, con la represión en Siria? ¿Son las primaveras árabes el equivalente a las revoluciones de 1848 en Europa? ¿Las rivalidades entre Estados Unidos, Rusia y China se parecen al «Gran Juego» que enfrentó a los imperios británico y ruso? ¿Crimea, Cachemira y Taiwán son los nuevos «Alsacia-Lorena»? ¿Dónde tendrá lugar el próximo «Sarajevo»? ¿La reconciliación turco-rusa es equivalente a un «Rapallo contemporáneo»? ¿Se están preparando nuevas «Yaltas» del siglo XXI, apoyadas sobre las nuevas «doctrinas Monroe»? ¿El destino de Ucrania estará determinado por un nuevo Pacto «Ribbentrop-Mólotov»? ¿Vivimos una «nueva Guerra Fría»?*

Y el acontecimiento que moviliza las analogías puede convertirse en sí mismo en una referencia: John F. Kennedy pensaba en el agosto de 1914 mientras se producían los acontecimientos de Cuba de 1962, convertidos después en una referencia en las relaciones internacionales. Bosnia, Ruanda, Somalia, Afganistán, Irak, Libia: cada crisis se convierte en una metáfora para la siguiente.

EL PASADO COMO INSPIRACIÓN

La Historia es una fuente de motivación para los pueblos y un instrumento de legitimación y de movilización para sus dirigentes.

Esta afirmación es obviamente un clásico, especialmente en los regímenes autoritarios. «La conmemoración del pasado conoció un cénit en la Alemania nazi y la Italia fascista», nos recuerda

Jacques Le Goff.[17] Mientras el hitlerismo buscaba enraizarse en una cultura germánica mítica y heroica, Mussolini veneraba la antigua Roma. El régimen del Estado francés glorificó a los francos (en la condecoración de la Francisque), a Carlos Martel y a su nieto Carlomagno (en la división de infantería que llevaba ese nombre), y a Juana de Arco. Stalin invocaba a Iván el Terrible y a Pedro el Grande. Y, para responder a Alemania, que por su parte apelaba al espíritu de los caballeros teutónicos, revivió la gesta en la que Alexander Nevski, durante la batalla del lago Peipus en 1242, venció a los caballeros teutónicos. Mao se comparaba con el emperador Qin Shi Huang, que había unificado el Imperio en el siglo III a. C. El sah convocó a las almas de Darío y de Ciro, Saddam Hussein a las de Saladino y Nabucodonosor. Hugo Chávez se veía a sí mismo como el heredero de Simón Bolívar.*

Y sin embargo, este fenómeno rara vez ha estado tan expandido. Se nos recuerda un destino nacional, redescubrimos un pasado mítico, conectado con un vínculo más o menos tenue, para proyectarnos en el futuro. «Glorioso pasado; sombrío presente; brillante futuro», fue el lema de Sukarno, el primer presidente de Indonesia: un lema que bien podrían hacer suyo muchos jefes de Estado actuales. Los albaneses se consideran descendientes de aquellos ilirios que poblaron los Balcanes durante la protohistoria; los iraníes se vinculan a los safávidas; los rusos dicen haber nacido en la Rus de Kiev.* Tenemos tres mil años de historia, afirman los egipcios; nosotros cuatro mil, aumentan los chinos; ¡pero si procedéis de nosotros!, podrían responder los primeros,

si hacemos caso a ciertos estudios.[18] La Historia «sirve como modelo para el trabajo de restauración de la armonía del pasado».[19] El destino de un pueblo se justifica por un texto sagrado: la Biblia para los evangélicos, la Torá para los jaredíes, el Corán para los islamistas.

Conmemoramos acontecimientos antiguos que aparecen como actos fundacionales o como ejemplos a seguir. El Irán revolucionario glorifica cada año la derrota de Kerbala frente los Omeyas en 680. La extrema derecha francesa celebra la batalla de Poitiers (h. 732). Rusia recuerda el bautismo de Vladímir I en Crimea en el año 988. La Escocia actual ve en la victoria de Bannockburn (1314) el símbolo de la independencia del país. Milošević hizo de la conmemoración de la derrota de Kosovo Polje el acto fundacional de su política. Erdoğan conmemora cada año la conquista de Constantinopla en 1453 por los turcos. En Moscú, el aniversario del derrocamiento del invasor polaco en 1612 se ha convertido en el «Día de la Unidad Nacional». Para los catalanes, el 11 de septiembre no hace referencia al terrorismo, sino a la derrota que sufrió Barcelona en 1714. Desde Tirana a Skopje, los albaneses conmemoran con gran pompa el centenario del nacimiento de su Estado (1912).

En estas narrativas nacionales se acumulan los diferentes estratos históricos y terminan por confundirse. El serbio es el *chetnik* que lucha contra la Ustacha croata y al mismo tiempo el glorioso combatiente del Campo de los Mirlos contra el otomano albanés. Los cadetes rusos se ven tanto como los herederos de la victoria contra la Horda de Oro, como del triunfo contra los nazis.

En 2016, un expresidente francés invocaba el lejano recuerdo de la peste negra y la relacionaba con Dáesh, la comparaba con la «peste parda» nazi y conjuraba al mismo tiempo el espectro de la República de Weimar.[20] Le dio todos los números de la rifa.*

Se invoca a las llamadas alianzas naturales, que en general no tienen otra justificación que la de una visión romántica del pasado. Para François Mitterrand, no se contemplaba el hacer la guerra a Serbia. Para los neogaullistas y los soberanistas, el eje París-Moscú es evidente. Para una gran parte de la opinión pública, Francia debe ser la «protectora de los cristianos de Oriente». Gran Bretaña eligió naturalmente el «espléndido aislamiento». Grecia es naturalmente la aliada de Rusia, hermana ortodoxa, y es enemiga de Turquía, rival imperialista.

Así recreado e instrumentalizado, el pasado surge de la «memoria muerta» para entrar en una «memoria viva».**

EL PASADO COMO REVULSIVO

A la inversa, el pasado puede actuar como un revulsivo, un precedente trágico del que hay que protegerse para evitar su repetición.

China y Rusia están obsesionadas por las horas oscuras de su historia: es necesario evitar a toda costa el regreso a los «tiempos revueltos», los del colapso, la división o las injerencias externas.

La analogía histórica es una de las armas políticas más poderosas. La elección de una u otra nunca es neutral, aunque rara vez proviene de una inspiración repentina o de una reflexión sensata. Elijan su política o su ideología, y cualquiera de ellas ofrecerá

una analogía.* «La historia justifica lo que queramos», decía de hecho Paul Valéry.[21]

Comiencen una conversación sobre Afganistán, y es apuesta segura el que apenas pasados cinco minutos alguno de los participantes evocará con voz grave un nuevo Gran Juego, mientras que otro se referirá sentenciosamente a este país como la tumba de los imperios.**

Las tragedias del siglo XX son una reserva inagotable de metáforas: el *diktat* (de Versalles), la pandemia de gripe (de 1918), la Gran Depresión (1929)… Pero es sin duda Múnich la que se lleva la palma. Es el monstruo absoluto, la metáfora política que mata. «Siempre es 1938, y estamos perpetuamente en Múnich», dice un comentarista americano.[22] «La palabra "Múnich" parece afectar a un nervio en la región límbica del cerebro, un temor ancestral, incluso si es irreal y peligroso, el pánico a que un rival no pueda ser apaciguado sino a través de una rendición completa e inmediata», añade otro.[23] ¿Se sabe que Richard Nixon prohibió a sus asesores el uso de paraguas en público? El paraguas negro, que se asociaba a Neville Chamberlain a su regreso de la Conferencia de Múnich, se había convertido en el símbolo de los manifestantes que le reprocharon su política de «apaciguamiento» en la Unión Soviética o China.

Tanto en Europa como en Oriente Próximo, siempre se es el nazi de alguien. Siria es la nueva guerra española, el contingente ruso es la Legión Cóndor de nuestro tiempo, y Alepo, el Guernica de hoy. Crimea es un nuevo Anschluss. El Holocausto e Hiroshima (y a veces los dos juntos) se evocan por doquier. Y cuán-

tos nuevos Pearl Harbor emergen en los debates estratégicos de Estados Unidos: el espacial, el informático, el electromagnético… Se apela al Gulag, el macartismo, la crisis cubana, los crímenes genocidas de Srebrenica y Ruanda. La referencia a la Guerra de Vietnam se ha convertido en el equivalente a la ley de Godwin en cualquier debate sobre los compromisos militares occidentales: cualquier intervención militar a gran escala resucita *el fantasma de Vietnam* (y, por lo tanto, de Irak), a los que no faltará contraponer, sistemáticamente, el de… Múnich. Vietnam contra Múnich es el choque de las metáforas. En Oriente Próximo, serán los cruzados contra los nazis.

EL PASADO COMO UNA CARGA

Por último, el pasado puede ser una pesada carga que transportar, de la que a veces hay que liberarse.

Para los responsables políticos, puede tratarse de ser fiel a la memoria o la tradición, o simplemente seguir los hábitos adquiridos sin cuestionamientos, algo que después de todo sucede con bastante frecuencia en la política. Los precedentes históricos pueden crear una reputación que se debe asumir o corregir.

En las democracias, la carga de los errores pasados debe recaer y transmitirse a las generaciones futuras, sin permitir que se supere la sensación de culpa. Es la tradición del arrepentimiento. Es cierto que Europa se ha reconstruido sobre el principio del *nunca más*, se tomen como referencia el nacionalismo, la guerra, la colonización o la esclavitud. Es preciso no solo recordar, sino también pedir perdón incluso si los hechos son antiguos, de más de ochocientos años, como sucedió en 2004 cuando la Iglesia ca-

tólica se disculpó por el saqueo de Constantinopla de 1204, y en todo caso, y si es posible, hay que repararlos económicamente.

Por el contrario, también es posible que deseemos eliminar el pasado. Desde la Antigüedad, el conquistador busca borrar las huellas de su predecesor. Los romanos practicaron la *damnatio memoriae*: el condenado a desaparecer veía cómo su nombre, su vida y sus obras eran borrados de escritos o monumentos. La Inquisición instauró el auto de fe, cuyo significado se ha extendido a las hogueras a las que se arrojaron los libros condenados.* La Revolución francesa destruyó reliquias tan preciadas como la Sagrada Ampolla en 1793. La revolución de Mustafá Kemal Atatürk hizo desaparecer el conjunto del pasado otomano. Durante la independencia de Grecia se borraron todas las trazas de la ocupación romana y turca, tanto en el Partenón como en los libros. Y los yihadistas de Dáesh tienen en común con los nazis el querer trazar una línea que atraviese varios siglos de historia para regresar a un pasado mítico.

Stunde Null, la hora cero (en origen, una expresión militar inglesa), es de hecho un nuevo punto de partida, como lo es el de Alemania en 1945. Esa tentación también puede darse en Francia. Valéry Giscard d'Estaing, que comenzó su gobierno de siete años anunciando una «nueva era», decidió la supresión de la fiesta del 8 de mayo. «¡Conduzcámonos como un pueblo joven y orgulloso, no nos dejemos abrumar por el reumatismo de la Historia!», exhortaba.* Pero es también un principio revolucionario, la *tabula rasa* proclamada alegremente por la Internacional. El filósofo Walter Benjamin nos recuerda que, a lo largo de la prime-

ra noche de la revolución de julio de 1830, se reinició, literalmente, la hora de los relojes. Y para los totalitaristas, la hora cero no solamente es el lanzamiento de una nueva era: es el momento en que se destruye el pasado, o se reescribe, como observamos en el paciente trabajo de Winston Smith, el héroe de *1984*, de George Orwell. Porque los totalitarismos tienen como peculiaridad el llevar al extremo al mismo tiempo la conmemoración y la destrucción.[24] «Debemos destruir el pasado para evitar que los pueblos piensen», escribió el escritor y exdiplomático Olivier Weber.[25] Este es el «año cero» de los Jemeres Rojos. Para impedir que el pueblo pensara, Pol Pot encontró una solución maravillosamente simple: eliminar físicamente a todo aquel que llevara gafas. Bajo Mao, se procedió a hacer una reescritura de los orígenes de China: su cultura sería totalmente autóctona, nació *ex nihilo*, sin ninguna influencia extranjera. Pero sin duda, esto no era suficiente: también era necesario destruir el patrimonio imperial, lo que se hizo con afán por los guardias rojos durante la Revolución Cultural. La Unión Soviética, por su parte, se convirtió en una maestra en el arte de la condena de la memoria, incluso en su forma fotográfica. En Bucarest, Nicolae Ceauşescu hizo demoler todo el centro histórico de la ciudad para construir su monumental Casa del Pueblo.

En la actualidad, el pasado se asume o se exhuma más que se borra o elimina. Pero la *damnatio memoriae* se sigue practicando considerablemente, porque es una manera de privilegiar una historia sobre otra: así sucede con el pasado serbio en Kosovo, el pasado judío en Jerusalén, el pasado zoroástrico en Irán, el pasa-

do preislámico en Arabia Saudita, en Afganistán (Budas de Bamiyán), Irak (Museo de Mosul) y Siria (Palmira), o el pasado islámico «no ortodoxo» en Mali (bibliotecas de Tombuctú) y Pakistán (santuarios sufíes).

2

LAS RAÍCES DE LA VENGANZA

Desencanto de la modernización, reacción ante la globalización. A medida que las recientes dificultades económicas y políticas cuestionan y socavan el brillante porvenir prometido, y crece la necesidad de un arraigo identitario, el deseo de fundirse con un pasado mítico es cada vez más intenso. Las raíces de la venganza de la Historia son numerosas y no cesan de hundirse en lo más profundo del malestar de nuestras sociedades.

UN DOBLE DESENGAÑO

Para decirlo brevemente, las raíces de la venganza de la Historia responden a un doble desengaño. En primer lugar, en un eje temporal, las decepciones provocadas por los errores o abusos del progresismo, ya sea liberal o marxista. En segundo lugar, en un eje espacial, la ira y el rechazo que han ido tomando forma ante los trastornos generados por la globalización, tan visibles en los países occidentales como en los emergentes, que han adoptado una actitud de reacción contra «la occidentalización».

Vértigo del progreso

Hemos entrado en una nueva era de desconfianza en relación con la modernidad y el progreso. Esta desconfianza recuerda a otros fenómenos que tuvieron lugar en épocas pasadas.

En *L'Homme sans passé*, un excelente libro dedicado a Sigmund Freud, que apareció el mismo día de su fallecimiento, Thérèse Delpech, escribió: «En el siglo XIX [el pasado] sufrió tantas embestidas —políticas, familiares, religiosas— que literalmente ex-

plotó, haciendo saltar en pedazos los hitos de la tradición».[1] Con el romanticismo y la melancolía, el siglo XIX «se vengó del modelo emocional».[2]

Lejos de Europa, en la misma época, surgieron fenómenos muy diferentes. En 1867 se creó la escuela Deobandi en la India: una reacción antioccidental que alentaba el regreso a los orígenes a través del islam, punto de partida del muy influyente Abul Ala Maududi, de cuyas ideas los talibanes son lejanos herederos. En esos mismos años, el autoproclamado Mahdi («Mesías») sudanés se rebeló contra el colonialismo británico. Más tarde, en 1925, un fenómeno parecido dio lugar al nacimiento del Rastriya Swayamsevak Sangh en la India, y tres años más tarde a los Hermanos Musulmanes en Egipto. De nuevo en la India, en 1941, aparece la Jamaat-e-Islami bajo la misma consigna de combatir la modernidad. Esto es lo que, hace algunos años, dos escritores denominaron «occidentalismo»: una reacción contra el Renacimiento, la Ilustración, los derechos humanos y, en general, contra todo lo que tuviera que ver con Occidente.[3]

Hoy en día, este recelo hacia el progreso y la modernidad vive un innegable y vigoroso impulso. Porque si la Historia «se acelera» con el inicio de la era moderna, desde finales de la década de 1970 lo hace de forma vertiginosa.[4]

La Guerra Fría no fue un período estable y previsible, como se suele decir con excesiva frecuencia. ¿Es necesario recordar las conmociones que proliferaron durante este período? Por citar algunas: las crisis de Berlín, de Suez y de Cuba, la Guerra de Corea, las intervenciones soviéticas en Hungría, Checoslovaquia y

Afganistán, las pruebas nucleares chinas e indias, la retirada francesa de la estructura militar de la OTAN, las crisis del petróleo, las guerras árabe-israelíes, la reconciliación sino-estadounidense, la invasión de Chipre, el viaje de Anwar el-Sadat a Jerusalén… Todo esto confirma una falta de perspectiva histórica, o de pereza intelectual, a la hora de hablar, como se hace a menudo en los círculos de análisis geoestratégico, de mundo impredecible en el que las sorpresas se multiplican como nunca había pasado antes. Lo que permanece es el sentimiento ampliamente compartido de este fenómeno.

Es cierto que la sociedad humana ha experimentado una enorme transformación. De hecho, empezó a finales de la década de 1970, cuando la Historia, coincidiendo con el final de la explosión demográfica, entró en una nueva etapa que ha llegado hasta hoy. También es una época en la que se ha producido, por primera vez desde el comienzo de la era industrial, un descenso de la pobreza extrema. Asimismo, mientras que en 1945 las tres cuartas partes de la población del planeta vivía en el campo, los bosques y los desiertos, hoy el hombre se ha convertido en un animal urbano: en el mundo actual la mayoría de los habitantes de la Tierra vive en la ciudad. Esta asombrosa evolución acrecienta entre la gente la necesidad de tener raíces.

El progreso técnico y social se desarrolla demasiado rápido, con notables consecuencias, como por ejemplo, entre otras, la vertiginosa secularización, las reformas societarias, la evolución en las costumbres o la espiral tecnológica. Baste recordar una vez más que el presidente Valéry Giscard d'Estaing quería «sacar a

Francia de la Historia»; pero habría que preguntarse: ¿y si los pueblos no están de acuerdo?* La sobredosis de información exige sellar referencias, hoy muy escasas, incluso entre los más doctos.[5] En 2005, Thérèse Delpech escribió al respecto:

> El anclaje en el pasado, la transmisión de valores, la continuidad de las generaciones, lo que conecta a los hombres entre sí, todo esto se ve amenazado por la inmediatez en que vivimos y por el caos que nos rodea. Tanto la impaciencia del presente como la adulteración del pasado transforman el paso del tiempo en un vector de inquietud y ansiedad. Especialmente porque las transformaciones introducidas por la revolución tecnológica tienen un ritmo demasiado rápido para que el espíritu humano pueda asumirlas.[6]

Se suele decir que el siglo XX nos ha introducido en una nueva relación con el tiempo histórico, lo que se llama «presentismo», en la que el futuro se considera una amenaza y la Historia no es una guía sino un producto destinado a reconfortarnos, y que por tanto tiene el deber de unir en lugar de dividir.[7] Sin embargo, como apuntó Fukuyama, necesitamos héroes, ideales y guerras. Los héroes del siglo XXI tienen por nombre Putin, Erdoğan o Al-Baghdadi; el primero de ellos disfruta, a diferencia de los otros dos, de una popularidad indiscutible entre las élites occidentales.* Estos modernos gurús políticos están cargados de historia: encarnan la audacia, la fuerza, la tradición y la fe. Son más estimulantes que los tecnócratas que vomitan sin parar su jerga profesional. Es la venganza del heroísmo sobre el hedonismo, de la Edad Media sobre la New Age.**

Malestar en la globalización

La Tierra se homogeneiza. La globalización de los intercambios, las grandes migraciones, la mezcla de culturas, desenfocan

los puntos de referencia. Estamos en la era de la «inseguridad cultural» descrita por el politólogo Laurent Bouvet.[8] Como escribe Régis Debray, «la liberación de la oleada de atrasos históricos se puede entender como la consecuencia directa de la homogeneización tecnológica del planeta. Las elevadas inversiones sobre las peculiaridades locales compensan la profusión de objetos globales, la tarjeta de crédito eleva de categoría el carnet de identidad y el deseo de poseer unas raíces. Como si la falta de pertenencia exigiera una compensación como contraoferta».[9] El ocaso, a partir de 1945, de dos modelos políticos e ideológicos, el comunismo y el panarabismo, provocó un efecto llamada a favor de nuevas identidades colectivas. La secularización, la urbanización y la industrialización han desorientado a la gente, el liberalismo ha mostrado sus límites: ¿no es por tanto lógica esta reacción?

«Dondequiera que una nación moderna haya sido implantada en una cultura antigua, la historia ha regresado como una bala de cañón —afirma sorprendido un escritor británico, y añade, cargado de razón—: Como fuente última de legitimidad, la historia se ha convertido en un medio para que las sociedades en vías de desarrollo se aprovechen de los bienes de la modernidad al tiempo que preservan sus valores. […] Esta necesidad se agrava por el desencanto de la experiencia de la modernidad, a menudo sentida como una pérdida de la identidad y de las tradiciones».[10]

Una especificidad occidental

En los países occidentales entran en juego otros factores. La

gente se siente víctima de un «cóctel de temores por la disolución religiosa, el mestizaje cultural y el retroceso social».[11]

El yihadismo belicoso y el salafismo activista buscan socavar los cimientos de estas sociedades. El debate sobre el lugar que debe tener el islam resulta primordial y suscita un acto reflejo de defensa: la reafirmación de la tradición, de las «raíces» cristianas.*

Las clases medias no se han beneficiado de la globalización: desde 1988, los países pobres son mucho menos pobres, el 1 % mucho más ricos, pero la mayor parte de los europeos y estadounidenses se han quedado atrás. Dos tercios de los hogares que pagan impuestos han visto entre 2005 y 2014 cómo sus ingresos se estancaban o incluso disminuían.[12] En Estados Unidos, la desigualdad económica ha alcanzado niveles desconocidos desde principios del siglo XX. El Tea Party se erigió contra la gente de Davos y, como dijo el editorialista Tom Friedman en una brillante observación, los *Wall People* se han alzado contra los *Web People*.**

Esta mayoría largamente silenciosa no se reconoce en el relativismo cultural, ni en el fomento de la diversidad o de las minorías en detrimento del discurso nacional unificador, ni en pedir disculpas por el riesgo de convertirlo en una penitencia sin fin. La cultura de la memoria ha provocado efectos perversos. Hasta hace poco, «sucedió una vez, acuérdate» significaba «de nuestros gloriosos combates…». Hoy, en las democracias occidentales más bien quiere decir, «de nuestros crímenes, que hay que expiar una y otra vez». Es a lo que se ha llamado la «tiranía de la penitencia»;[13] o la Historia con un «brazalete negro».[14] El recurso a

la memoria tiene, sin duda, algunas virtudes en un mundo como el actual abiertamente presentista, pero repetido en exceso resulta contraproducente. ¿*Por qué hablamos tanto de «su pasado» y nunca de «mi presente»*?, se preguntan hoy en Europa y en Estados Unidos los damnificados por la globalización y los desposeídos por el multiculturalismo. Es una paradoja, pero solo aparentemente: ciertos excesos de la memoria son la suma de causas provocadas por las demandas del pasado.

Sin mencionar la evolución demográfica. La América «blanca y cristiana» (*sic*) representa únicamente el 29 % de personas entre dieciocho y veintinueve años, y el 41 % entre treinta y cuarenta y nueve años.[15] La proporción de estadounidenses nacidos fuera de Estados Unidos no había sido tan elevada desde principios del siglo xx. Cuando se preguntó a los americanos si creían que desde la década de 1950, su «cultura» y su «forma de vida» habían mejorado, el 53 % respondió que no.[16] El Nuevo Mundo se construyó gracias a la inmigración; actualmente representa una amenaza. Además, en el caso de los europeos hay que añadir el envejecimiento de unas sociedades cada vez más conservadoras.

¿Y qué decir de la permanente exigencia de una *Unión Europea cada vez más estrecha*? Para muchos resulta incomprensible en plena «doble crisis» del euro y del espacio Schengen. Esta idea, que era el eje en el esperanzado proyecto comunitario de la década de 1950, se ha convertido, después de treinta años de recesión económica, en un motivo de temor para muchos ciudadanos de la Unión Europea. *Más y más solidaridad* se interpreta hoy como *menos y menos soberanía*.* «*Take back control*» (¡recuperad el con-

trol!), exclamaban los partidarios del Brexit: un eslogan que muy bien podría ser utilizado por cualquiera de los movimientos llamados «populistas».

La epidemia de la nostalgia[**]

La hora de la revuelta ha sonado en Rusia, Oriente Próximo y Asia, pero también en Estados Unidos y en Europa. Es la venganza de los Estados que se sienten humillados y de los individuos que se sienten desclasados. Y es sobre todo la tentación de volver a los orígenes, como antídoto para el progreso y la globalización. Es la era de la nostalgia, esta «resistencia ante lo irreversible», como dice Vladímir Jankélévitch. Es la Era de la Reacción.[17] «¡El Viejo Mundo ha regresado, señor Attali!», le espeta una figura de la joven guardia conservadora a una personalidad francesa que encarna el futuro tecnológico.[18] ¡Un Dios, maestros! «"¡Todo era mejor antes!", he aquí la fórmula mágica que parece abrir las puertas del poder en todo el mundo», comentó una periodista.[19]

La venganza de la Historia es mayormente un anhelo del pasado. Lo necesitamos como se necesita una *mantita cálida*, se busca una Historia confortable. Una Historia capaz de demostrar «la sencillez cuando el presente resulta desconcertante y caótico».[20] Y, se podría añadir, cuando el futuro se juzga incierto y sin salidas: entonces nos vienen a la memoria la Serbia de la década de 1990, la Rusia de los años 2000, la Grecia de la década de 2010, a las que ahora se suma una gran parte de Oriente Próximo y de Europa. Svetlana Boym, catedrática de literatura en Harvard, habla de una «nostalgia restauradora».[21] Y si es cierto eso de que

antes era mejor, entonces debemos volver al estado anterior. El pasado se erige como un refugio y se convierte en un mecanismo de defensa. El filósofo de las religiones Mircea Eliade describió perfectamente el «terror de la Historia».[22] A su parecer, en las sociedades tradicionales puede existir la necesidad de permanecer en la edad mítica, de negar la Historia como una secuencia lineal de acontecimientos, en la medida en la que esta genera miedo. El hombre moderno, según Eliade, está predispuesto a la ansiedad, porque se ha visto obligado a aceptar el tiempo histórico.

Pero hay que tener cuidado con considerar pueriles a los electores que votaron a favor del Brexit o de Trump, o con mirar de un modo condescendiente a los manifestantes que se oponen al matrimonio entre personas del mismo sexo, o con burlarse de los que ensalzan el patrimonio nacional, o de mirar con conmiseración a los partidarios del reconocimiento de los orígenes judeocristianos de la cultura occidental o las raíces cristianas de la Unión Europea. Sería demasiado fácil reconocer aquí a los representantes de una *Europa enmohecida*.* El hecho de rehabilitar las historias nacionales, de reencontrarse con sus orígenes o de estar orgulloso de su pasado constituye una poderosa fuente de unidad y solidaridad. En suma, de lo que se trata es de subrayar que existe una dimensión emotiva, a menudo apasionada, en la promoción de estas ideas. Y de que, en ocasiones, existe un deseo de regresión, de retornar al imaginado confort del pasado porque se tiene miedo al cambio.

EL RESURGIMIENTO DE LAS NACIONES

Si la nación se alimenta de la Historia, entonces se puede decir

también que el nacionalismo la devora. El fenómeno es bien conocido: en 1919, durante la Conferencia de París, los participantes alegaron toda una serie de justificaciones históricas sobre las que fundamentaron sus exigencias tras la caída de los imperios. Sin embargo, en el contexto actual esta idea adquiere una nueva perspectiva.

También es a partir de finales de la década de 1970 cuando se estabiliza el reparto del planeta. Fue entonces cuando se produjo el final de la descolonización y tuvieron lugar las últimas anexiones realizadas por la fuerza. Las conquistas territoriales (Altos del Golán, las islas Malvinas, Kuwait, Crimea…) que se produjeron a partir de ese momento suscitaron la indignación, la estigmatización, las sanciones y, a menudo, una respuesta militar. Es la consagración del principio de *uti possidetis iuris* («lo que tienes es lo que poseerás»): ya no se trazarán nuevas fronteras a la fuerza, y los límites de las nuevas demarcaciones se fijan en trazados preexistentes. África adoptó en 1963 el principio de la inviolabilidad de sus fronteras (Carta de la Organización para la Unidad Africana); Europa se contentó con el *statu quo* plasmado en el Acta Final de Helsinki de 1975. En virtud de la Convención de Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar aprobada en 1982, solo se permite la reclamación de una extensión de los derechos por encima de la plataforma continental. ¿Resultado? A partir de este momento la identidad de los Estados se construirá *a través del tiempo más que del espacio*, y más *gracias a la historia que a la geografía*. De este modo, la Historia se convierte en «más necesaria que nunca para establecer la legitimidad de las reivindicaciones terri-

toriales, puesto que otras excusas como el matrimonio o el derecho de conquista han quedado obsoletas».[23]

Sin embargo, la escena internacional se ha visto fragmentada en gran medida. El número de Estados se ha multiplicado: si en junio de 1945 fueron cincuenta los países que firmaron la Carta de Naciones Unidas en San Francisco, hoy en el mundo existen casi doscientos. Unos Estados que tampoco mueren, puesto que de las doscientas siete desapariciones que han tenido lugar desde 1816, solo nueve se han producido a partir de 1945. El fin de los imperios alemán, inglés, español, francés, japonés, holandés, otomano, portugués y, posteriormente, la desintegración de la Unión Soviética y el colapso de Yugoslavia, han dado lugar a divisiones a veces ambiguas y con frecuencia dolorosas. En las postrimerías de la década de 1990, el mundo ha redescubierto a los abjasios, azeríes, bosnios, croatas, gagaúzos, ingusetios, kazajos, kosovares, kirguises, moldavos, osetios, uzbekos, eslovenos, tayikos, tártaros, chechenos, turcomanos… Muchos de ellos querían, o aún quieren, tener un Estado propio.

Doscientos Estados: y por tanto, el mismo número de historias nacionales a construir, apoyar o reconstruir. A menudo se erigen a partir de la memoria de un héroe local, desde Simón Bolívar a Gengis Kan, pero también a partir de símbolos de un pasado que se pretende milenario y del que se hacen reproducciones en sellos o en billetes de banco: pongamos los ejemplos de la esfinge de Gizeh en Egipto, los fenicios en el Líbano, Palmira identificada con Siria, Babel con Irak…

El crecimiento económico experimentado a principios del si-

glo XXI ha permitido que muchos de estos símbolos emerjan o renazcan. A menudo con un deseo de venganza contra el colonialismo o el imperialismo. Y cada vez se hacen más evidentes los grandes esfuerzos económicos en la propaganda masiva y en los recursos militares para sostener reivindicaciones por los espacios marítimos en litigio. Ha regresado la tradicional competencia entre las grandes potencias; que es una forma, escribe Robert Kagan, de que el mundo vuelva a la normalidad.[24]

El calentamiento global trae consigo un deshielo político. Como afirma Alain Bauer: «El glacis mundial se derrite aceleradamente. El calentamiento ha provocado el regreso a un primer plano de las antiguas tribus que reclaman justicia, tierras y poder».[25] Y apostilla, respecto a la cuestión de Oriente Medio: «Existe una memoria de los pueblos y de los creyentes que por regla general nada puede borrar. Y que puede despertar brutalmente al menor movimiento, evocando con ello el dolor de un drama».[26]

En estas naciones renacidas o recientemente independientes, el resurgir del pasado no es una suerte de fenómeno natural, reducido a una analogía geofísica, como plantea la metáfora, con frecuencia utilizada pero erróneamente empleada, sobre la tapa que se ha retirado de la olla. De hecho, no es susceptible de que se le realice un psicoanálisis simplista que priorice la represión de los instintos y la memoria de los pueblos bajo dominio colonial, sometidos al comunismo o a una modernidad a marchas forzadas, como sucedió en Turquía o Irán. No se trata de un simple regreso de la represión histórica, de «ese pasado que no pasa».[27]

Hay mucho más. La Historia se construye, se imagina, se mitifica. La tradición se inventa.[28] El pasado se «re-modela».

Resulta tentador reconocer en las reivindicaciones étnicas o minoritarias las «erupciones de una original conciencia nacional reprimida, de la expresión de unos deseos menospreciados, y ahora liberados por el beso de la libertad», como se hizo, de hecho durante la década de 1990.[29] Esa postura significaría olvidar la responsabilidad que tienen los regímenes autoritarios de Europa del Este y de Oriente Medio (vienen a la mente, de modo especial, los casos de Irak y Siria), los cuales, tras su manifiesto anhelo por construir países laicos y unitarios a través del socialismo baasista, sabían perfectamente, inspirados en la tradición de los poderes coloniales, cómo nombrar, contar, dividir e instrumentalizar a las poblaciones y a las minorías. Y por tanto jugaban con fuego. El nacionalismo es tanto la causa como la consecuencia de la descomposición de la Unión Soviética. La destrucción de los testimonios del pasado puede despertar conciencias, como se vio en Bucarest durante los años ochenta.

También es una responsabilidad evidente de los gobiernos ruso y chino contemporáneos, que apuestan por la carta nacionalista para garantizar su permanencia en el poder. Un pueblo que recupera su orgullo es también a menudo una nación cuyos líderes hacen todo lo posible para que este disfrute de las delicias de la exaltación del pasado con tal de que no mire demasiado al presente.

Para terminar, entre los países del antiguo bloque comunista existe un punto en común: ninguno de ellos ha llevado a cabo

un examen de conciencia ni ha realizado un ejercicio de memoria sobre los errores cometidos en el pasado (los crímenes de los años cuarenta): lo único que sus poblaciones aprendieron fue que habían sido víctimas del nazismo. En la Europa del Este, por ejemplo, «las heridas de la guerra cicatrizan más lentamente porque son raros los Estados que han trabajado en ese pasado».[30] Y si a veces hay «un exceso de memoria» en las antiguas democracias occidentales, a menudo esta memoria «no es suficiente» en otros lugares.

EL TERRITORIO Y LA FRONTERA, EL ESTADO Y DIOS

La Guerra Fría estuvo marcada por el posnacionalismo en Europa, el panarabismo en Oriente Medio y el marxismo en todas partes. Estas ideologías tenían en común la necesidad de romper con el pasado. El período posterior a la Guerra Fría se inscribió bajo el signo del liberalismo, que es ahistórico. Por otro lado, la época contemporánea está dominada por el nacionalismo y el islamismo, adscritos ambos a un legado histórico, que en ocasiones es una combinación de los dos, como en el caso de Turquía e Irán. En lugar de un espléndido futuro, se busca un rutilante pasado.

El renovado vigor que experimenta la religiosidad que acompaña a estos movimientos no concierne solo al mundo musulmán. El despertar de la conciencia cristiana en el mundo occidental y en Rusia es igualmente sorprendente, y en la actualidad también tiene una fuerte implicación política aunque de forma menos violenta, salvo algunas excepciones;* mientras, el número y la influencia de los ortodoxos crece en Israel.

El territorio y la frontera, el Estado y Dios: todos ellos son marcadores de una «contramodernidad». En la práctica se pueden expresar de dos maneras opuestas. En Rusia, en Irán, en Turquía, incluso en Hungría, la alianza entre nación y religión justifica la búsqueda de un imperio perdido, convenciendo a la gente, ya sea por dinero, o incluso por la fuerza. Mientras que en las viejas democracias, por el contrario, lo que toma forma es la tentación del Gran Encierro por parte del poder y el regreso de «la sangre y la tierra», *Blut und Boden*, que decía Oswald Spengler.** Cada uno en su casa: los muros fronterizos nunca han sido tan populares, mientras que las intervenciones en el extranjero lo son cada vez menos. En lugar de construir una *nation building* en casa de los otros, uno prefiere reconstruir su propia nación. En Europa se apela al regreso de las monedas nacionales, visibles, tranquilizadoras, ancladas en la Historia.

Y si la necesidad de seguridad emocional de las personas les remite a la Historia, su necesidad de seguridad física las lleva a dejarse seducir por los encantos del autoritarismo, incluso si acaban de salir apenas de décadas de dictadura. Mentirosos y manipuladores, Putin y Erdoğan, Trump, Orbán y Le Pen son, sin embargo, realmente populares.

La venganza de la Historia no se reduce a un simple deseo de volver atrás. No es antimoderna. Tanto los nacionalismos chino, ruso y turco como las derechas occidentales pretenden, por el contrario, formar una nueva alianza entre la tradición y la modernidad. La venganza no es ludita.* Actualmente, en Estados Unidos arrasan esos test de ADN que te permiten descubrir a tus

antepasados, aunque a veces, por azar, se averigüe que desciendes de una familia de esclavos. En Israel, una organización que trabaja para la reconstrucción del Templo ha instalado una atracción de «realidad virtual» cerca del Kotel (el Muro de las Lamentaciones) para promover su causa. Y por todos lados asistimos a la proliferación de videoclips, blogs y comentarios anónimos con fines propagandísticos, o a los ataques informáticos a webs extranjeras, que son las nuevas herramientas de la política de la memoria. Los servicios de inteligencia ruso, chino o iraní explotan a fondo las posibilidades que ofrece la tecnología. A imagen de sus predecesores nazis o ruandeses, los genocidas del Estado Islámico saben bien cómo poner a su servicio los modernos medios de comunicación. Herramientas que hoy en día permiten inflamar de forma instantánea las pasiones históricas que reclaman los corazones.

Para terminar no estaría de más recordar que, en 1996, el profeta tecnológico Nicholas Negroponte predijo que en poco tiempo, y gracias a internet, «no habrá más lugar para el nacionalismo que el que hay para la viruela», afirmación que subrayó al año siguiente cuando sostuvo que los niños de 2017 «no sabrán qué es el nacionalismo».[31] Mala suerte: internet se ha convertido en su mejor transmisor. Y no es una crueldad recordarle al autor de esta hermosa perla que la viruela, empleada como arma de guerra, forma hoy parte de las investigaciones que se llevan a cabo en algún laboratorio asiático. ¿Algo así como una *venganza contra la humillación*?

3

LA HISTORIA TIENE CONSECUENCIAS

El deseo de recurrir al pasado no es en absoluto condenable. Incluso es una aspiración noble, indispensable en la estructuración de los individuos y la cohesión de las naciones. La Historia construye las naciones (al igual que las naciones hacen la Historia).[1] Sucede con las naciones como con los individuos: olvidarse de su historia, o al contrario no «asimilarla», no es nunca la receta adecuada para un buen equilibrio psíquico.* La Historia suele invocarse de manera inoportuna, aunque con consecuencias relativamente benignas. Manipular la relación con el pasado puede, en cambio, ser fuente de una patología colectiva con efectos a menudo desastrosos.** El arrepentimiento, el deseo de volver atrás pueden ser peligrosos. «El amor [al pasado] contiene el espíritu de regeneración, la nostalgia perversa casi siempre es una empresa violenta», resume Aatish Taseer.*

EL COSTE DE LA INVOCACIÓN DEL PASADO

Las analogías heroicas —cruzada, nueva Edad Media, Hitler, Múnich, Auschwitz, Pearl Harbor, Tercera Guerra Mundial, Muro de Berlín, nueva Guerra Fría…— calientan los espíritus y suelen ser inútilmente angustiosas. Como sucede con la evocación de una vuelta a la barbarie, expresión que me deja perplejo: los métodos de Dáesh no son nada nuevo y no alcanzan la crueldad de lo que hemos podido ver en Sierra Leona, Chechenia o incluso en México.**Su fuerza consiste en unir la teatralización, la mediatización y la politización. En cuanto al resto, las formas

de violencia, individual y colectiva, tienden a disminuir y el siglo XXI es hasta el momento mucho menos violento que el anterior.[2]

Hablar de «cruzada» es habitual entre los dirigentes norteamericanos, que no ven en ello una dimensión religiosa. El término fue empleado por Woodrow Wilson durante la Primera Guerra Mundial, por Dwight Eisenhower en sus memorias o por Ronald Reagan durante la Guerra Fría. Pero para George W. Bush, pocas semanas después del 11 de septiembre de 2001, era una enorme tontería. Despertar el fantasma de la pandemia de gripe de 1918 inquieta en exceso; hoy estamos mucho mejor preparados para evitar una tragedia de semejantes dimensiones. Ni Saddam Hussein ni Slobodan Milošević, ni Mahmud Ahmadineyad son los nuevos Hitler: hacer esta comparación es a la vez banalizar la Shoah y equivocarse en las políticas deseables frente a tales dirigentes. Hablar de «Tercera Guerra Mundial» para referirse a la lucha contra el terrorismo es exagerar inútilmente los problemas y correr el riesgo de hacer un uso irreflexivo de la fuerza. E inspirarse en la ocupación americana en Japón o en Alemania para gestionar la de Irak fue una receta para el desastre. Actuar basándose en la fuerza de una analogía puede ser peligroso.

Justificar los cambios políticos y sociales por medio de la historia y la tradición, sobre todo si esta es sagrada, puede convertirse en la tapadera ideal para forzar retrocesos en la legislación de los derechos de la mujer, la libertad de expresión o de religión. «Volver a las tradiciones históricas» puede significar incluso renegar de la ciencia. Tanto en Oriente Próximo como en Esta-

dos Unidos el principio de la evolución tal y como lo describió Charles Darwin está siendo cuestionado. En la India la renovación de los estudios védicos puede llegar a cuestionar incluso la noción de progreso científico (véase el capítulo 4).

LOS MANIPULADORES DE HISTORIA

La manipulación de la Historia es más grave. En los regímenes autoritarios convierte en ciega a la gente. Los países de Europa oriental han aprendido, bajo el comunismo, que no eran en absoluto responsables de los crímenes cometidos durante la Segunda Guerra Mundial. ¿Cómo sorprenderse de la glorificación de los aspectos más oscuros del pasado si no se ha realizado sobre estos hechos ni el examen de conciencia ni el trabajo de memoria? Rusia y China, incapaces de reconocer y asumir sus crímenes pasados, están enfermas de su historia. Si Pekín admitiera que el Gran Salto Adelante (19581961) pudo haber causado como mínimo 45 millones de muertos (según los cálculos del historiador Frank Dikötter, que opina que podrían ser sesenta), ¿cuánto tiempo sería necesario para que la población se cuestionara los relatos oficiales de los acontecimientos de la plaza de Tiananmén?*

Se puede entender que una sociedad recién liberada quiera borrar todas las huellas (estatuas, calles, instituciones, leyes) de la tiranía derrocada. Pero a veces supone correr el riesgo de acreditar la idea según la cual la dictadura no habría sido más que un paréntesis anormal, y de este modo evitar el esfuerzo de cuestionar la responsabilidad colectiva. El caso de Vichy en Francia es un ejemplo perfecto.

Los dirigentes nacionalistas son los que mejor juegan con la Historia. En un excelente libro poco conocido. *The Myth of Global Chaos*, el analista americano Yahya Zadowski muestra que «la mayor parte de los conflictos en el mundo no se arraigan en siglos de historia; son nuevos y pueden terminar tan rápidamente como han surgido».[3] Al igual que la historiografía contemporánea del fenómeno nazi, que tiende a insistir en el papel de Adolf Hitler en el descenso a los infiernos de Alemania, el periodista británico Julian Borger recuerda, en su magistral investigación sobre la búsqueda de los criminales de guerra en los Balcanes, el papel determinante de los líderes en el desencadenamiento de la violencia colectiva.

> El simple hecho de que las matanzas hayan cesado tan brutalmente [...] muestra el papel decisivo de los políticos [...]. Los líderes nacionalistas llegados al poder cuando estalló Yugoslavia no luchaban por contener las pulsiones homicidas de su pueblo. Al contrario, crearon las circunstancias para que los sádicos y los psicópatas pudieran matar con total impunidad. Cuando estos dirigentes fueron eliminados y se acabó con este clima permisivo, la sangre dejó de correr.[4]

Son los dirigentes quienes manipulan la Historia, aunque los pueblos pueden ser culpables de seguirles. «No es la Historia la que ha destruido Yugoslavia y conducido a los horrores que han acompañado su destrucción, sino su hábil manipulación», insiste Margaret MacMillan[5] (véase el capítulo 4).

En las relaciones internacionales, la movilización de la Historia agrava las crisis porque aumenta los retos y hace incompatibles los relatos nacionales. En el peor de los casos, crea riesgos de conflictos abiertos, principalmente cuando apoya reivindicacio-

nes territoriales, pero también dentro mismo de los Estados, cuando el relato identitario excluye a las minorías.

La herida histórica se convierte en arma política. Conmemorar las grandes guerras del pasado contra tal o cual vecino es en sí mismo muy respetable, pero puede mantener viva una imagen del otro que exacerba las pasiones. La forma en que las conmemoran Turquía, China o Rusia no tiene gran cosa que ver con las ceremonias del recuerdo en Francia o Alemania.

EL ENEMIGO HEREDITARIO Y EL CHIVO EXPIATORIO

Entre la construcción identitaria por medio de la Historia y la creación de las figuras emblemáticas del enemigo hereditario y del chivo expiatorio, a menudo confundidas, no hay más que un paso. Es el alemán (siempre nazi) o el japonés (sin duda alguna imperialista). Es a menudo el musulmán, de Serbia a la India, con variantes locales (el checheno para Rusia durante las guerras de la década de 1990). Para los extremistas sunitas, es el chiita. En fin, puede ser simplemente el extranjero, responsable de todas las desgracias chinas o norcoreanas.*

El mejor chivo expiatorio posible es la figura mítica del occidental, estigmatizada en Rusia, en Oriente Próximo y en Asia, como responsable de todos los males.[6] Para empezar, por su comportamiento en el pasado: el imperialismo y el colonialismo, a los cuales conviene añadir, en relación con África, la esclavitud (los árabes se libran, aunque su responsabilidad en la esclavitud de los africanos es inmensa). Después de cien años, el acuerdo franco-británico de Sykes-Picot, que dividió Oriente Próximo

en zonas de influencia, es el mito fundador responsable de la desgracia árabe.

> Desde sus orígenes la ideología yihadista se ha basado en esta narrativa, pintada con colores primarios, según la cual «Occidente», como identidad indistinta y exageradamente dotada de las formas clásicas del poder económico y militar reforzadas por la globalización, estaría, durante los últimos veinticinco años, en guerra «innata» contra el islam.[7.]

Pero el occidental también es odiado —y esto hace aún más legítima la tentación de la vuelta al pasado— simplemente por lo que es: la imagen del liberalismo, del progresismo y de la modernidad.

Y el judío, o su encarnación simbólica contemporánea, el israelí, representa desde luego el ultimo chivo expiatorio. Es la ley de Godwin de la conspiración, el equivalente de Múnich para la analogía histórica, el lugar al que siempre se termina por llegar.*

La identificación de un chivo expiatorio permite negar las responsabilidades propias, mientras que el comportamiento victimista constituye una excelente estrategia elusiva. No obstante, la neurosis colectiva nunca es una garantía de paz y estabilidad. Y mucho menos dado que en Moscú, Teherán, Islamabad, Nueva Delhi, Pekín y Pyongyang el desarrollo de los programas nucleares militares se ha convertido en la mejor baza simbólica de la venganza contra Occidente, en un verdadero remedio frente a la humillación.

LA NUEVA APARIENCIA DEL IMPERIALISMO

La Historia puede ser un «pegamento tóxico» (David Rieff) que alimenta el resentimiento. Entonces se convierte en el terreno del odio, en el «combustible del nacionalismo» (Margaret

MacMillan).[8] Los focos de tensión que se han encendido estos últimos años recurren todos a referencias históricas que avivan las pasiones. La creación de un Estado palestino y la desaparición del Estado de Israel se conciben como la necesaria reparación del colonialismo, y la instauración del Califato, para sus defensores, se ve como una justa compensación por las cruzadas. En Asia meridional, Cachemira es reclamada por Pakistán en nombre de su mayoría musulmana, y por la India por la decisión del principado de Cachemira en 1947.

Se evoca un pasado glorioso, se reivindica la posesión de antiguas tierras y se añade, para no quedarse corto, la necesidad de hacer frente al «fascismo», al «colonialismo» o al «imperialismo». Aunque, al igual que para la Unión Soviética en su época, la estigmatización de este imperialismo americano o japonés sea a menudo, precisamente, la máscara de su propio deseo de imperio.

Porque la Historia es la perfecta justificación de planes expansionistas o irredentistas. Para los nostálgicos del pasado, las «fronteras fantasma» de los antiguos imperios todavía son visibles en el horizonte. Al igual que en la Grecia de la época de Eleftherios Venizelos, la Serbia de Slobodan Miloševiċ extrajo argumentos de su historia para justificar el proyecto de dominación de su entorno.* Al igual que Irak intentaba justificar su anexión de Kuwait por la pretendida soberanía de Bagdad sobre este territorio en el siglo XVI, Irán recuerda sin complejos que Baréin formó en su día parte del Imperio persa. Los ultranacionalistas hindúes reivindican un espacio que comprenda, como mínimo,

todas las antiguas Indias británicas. La China, por su parte, justifica sus «derechos» sobre el norte de la India y los mares adyacentes a la plataforma continental por sus antiguas conquistas históricas. Hungría llora el espacio perdido con el Tratado de Sèvres y otorga pasaportes a sus exsúbditos. El presidente azerbaiyano promete que «llegará un momento en que volveremos a nuestras tierras históricas».[9] La Turquía neo-otomana de Recep Tayyip Erdoğan no se cansa de evocar la grandeza pasada del Imperio. La Rusia de Vladímir Putin reclama una triple legitimación en nombre de la Historia en sus combates en Ucrania, evocando al mismo tiempo «derechos históricos», la inexistencia del país en tanto que entidad separada y la lucha contra el nazismo. Erdoğan y Putin recuerdan a menudo el carácter artificial o injusto de las fronteras de sus países.

Con ellos es imperio contra imperio, la testosterona del sultán contra la del zar. ¿Moscú se anexiona Crimea? Se escuchan voces en Turquía para que vuelva a su legítimo dueño, que la tuvo que abandonar en 1783. ¿Se debate sobre el retorno de Santa Sofía al culto musulmán? La Duma contesta con una moción simbólica apelando a su retorno a la ortodoxia. ¿Aviones de caza turcos abaten un avión ruso? Dos diputados exigen la abrogación del Tratado de Moscú (1921), que delimitó las fronteras entre ambos países. ¿Durarán mucho las relaciones iniciadas en 2016 entre los dos países?

Crimea, precisamente, ¿es rusa?, ¿ucraniana?, ¿turca? Es el cuento de nunca acabar. A este paso, ¿por qué no «devolver» a

Alemania el enclave de Kaliningrado (la antigua Königsberg), cuya pertenencia a la Unión Soviética era jurídicamente dudosa?

Se puede leer a menudo que las grandes crisis tienen causas materiales: recursos hidráulicos, pesqueros, hidrocarburos, minerales… Es una explicación fácil, ¡y tan tentadora! Sin embargo, si lo examinamos en detalle, estas causas, si es que existen, son mucho menos importantes que los retos simbólicos de la Historia. Cuando en 2007 una expedición rusa planta una bandera de titanio en la dorsal de Lomonósov en la vertical del Polo Norte, es en primer lugar para afirmar el regreso de Moscú al escenario geopolítico europeo y, solo subsidiariamente, para reclamar sus derechos sobre los minerales del subsuelo. Cuando China procede a realizar incursiones en las aguas japonesas, es más para afirmar su dominio en Extremo Oriente que para explotar nuevas reservas de gas. Raymond Aron decía que aquellos que creen que los pueblos se guían por sus intereses más que por sus pasiones no han comprendido el siglo XX. Esto es verdad también para el siglo XXI.

Y cuando entran en juego justificaciones de tipo religioso, desaparece toda racionalidad. En efecto, desde el momento en que se invoca lo sagrado no hay compromiso posible con el adversario, solo es aceptable su rendición. Es exactamente lo que pasa hoy en día. Vladímir Putin presenta Crimea como si fuera el Monte del Templo para los judíos. El porvenir de este último es, como bien se sabe, uno de los nudos del conflicto palestino-israelí, y la influencia creciente de los sionistas religiosos hace cada vez más difícil cualquier negociación sobre el futuro de Ju-

dea-Samaria, al tiempo que se produce la radicalización de una parte de la juventud palestina. Las exigencias de restauración del Califato sobre el Dar-al-Islam son intrínsecamente innegociables. Las milicias chiitas se ven defendiendo la herencia de su fe contra los salafistas. Una parte de la ortodoxia rusa llama a la guerra santa en Siria.

LA TRAGEDIA DE LOS PUEBLOS GEMELOS

La invocación de la Historia está particularmente presente en los pueblos separados, como sucedió con muchos de ellos en la década de 1940. Gemelos o mellizos, a veces siameses separados por el bisturí, otras veces solo primos lejanos y aislados. Como sugirió el politólogo canadiense Michael Ignatieff, es una forma de «narcicismo de las pequeñas diferencias» la que obra en la construcción de una identidad separada, a veces opuesta a la del vecino nacido de la misma familia.[10] Alemanes occidentales y orientales, serbios y croatas, bosnios cristianos y musulmanes, ucranianos del este y del oeste, israelíes y palestinos, hutus y tutsis, indios y pakistaníes, coreanos del Norte y del Sur, chinos del continente y de Taiwán: mismos pueblos, ¿identidades distintas? En cada bando, la Historia se ha movilizado para defender su causa.

Las cuatro grandes divisiones heredadas de la década de 1940 (Palestina, Cachemira, Corea, China) que siguen envenenando las relaciones internacionales —y alimentan los mayores riesgos de conflicto nuclear— están por tanto basadas en reivindicaciones históricas profundas. Los judíos ven legitimada la existencia misma de su Estado por una presencia milenaria, y la ven como

una reparación por siglos de sufrimiento; son numerosos en el mundo árabe los que, al contrario, la denuncian como una forma última del colonialismo y fruto del robo de «su» tierra. Los hindúes consideran que su dominación en Cachemira es la consecuencia lógica de la elección realizada por el príncipe local en 1947, mientras que los pakistaníes la consideran como una injusticia por la existencia de una mayoría musulmana en el territorio. Pyongyang se proclama guardián legítimo del pueblo coreano contra los imperialismos americano y japonés; Seúl se acuerda de la agresión de 1950. La República de China extrae su legitimidad de la revolución de 1912; la República Popular China pretende ser heredera de todas las tierras chinas desde la revolución de 1949.

En manos de los empresarios de la polarización, dignos herederos, en este terreno, de las potencias coloniales, estas divisiones imaginarias o anodinas son más agudas y afiladas, y se convierten en armas políticas.

Las guerras de memoria, los «contenciosos memoriales», son a menudo conflictos de «anterioridad».* ¡Nosotros estábamos antes! En los Balcanes, en el Cáucaso, este grito es permanente —herencia de la gestión de las minorías por parte de las antiguas federaciones socialistas—, pero también se escucha en África y Asia.** Se reivindica el hecho de ser la cuna verdadera o supuesta de la nación. En las fronteras de los antiguos imperios se combate por los despojos simbólicos: Crimea, Nagorno-Karabaj, Kosovo, Macedonia, islas de Asia. Es necesario haber presenciado algunas de estas alucinantes competiciones memoriales para

comprender hasta qué punto pueden impedir que, a corto plazo, exista alguna posibilidad de vivir juntos.

En las riñas por la herencia nacional, la arqueología se convierte en un deporte de combate político. Los monasterios serbios de Kosovo, la antigua basílica y mezquita de Santa Sofía, las tumbas turcas y los lugares míticos del chiismo en Siria e Irak, los Santos Lugares de Palestina, la mezquita de Ayodhya en la India, el templo Preah Vihear en Camboya, el monasterio tibetano de Tawang: son numerosos los puntos de fijación de las relaciones entre pueblos.

Estas tendencias son ahora más peligrosas debido a que el recuerdo de los horrores de la Segunda Guerra Mundial está próximo a difuminarse. El número de adultos que vivieron en sus carnes los sufrimientos y los combates dela década de 1940 en Europa y en Asia disminuye rápidamente. La memoria del heroísmo se diluye progresivamente. Pero resulta tentador instrumentalizarla en beneficio del nacionalismo. El riesgo consiste en ver un día en Asia un equivalente de la Primera Guerra Mundial —un choque entre potencias disputándose la hegemonía en la región—, pero esta vez con armas nucleares.

ÉLITES MAL PREPARADAS

Jean-Luc Mélenchon, lamentando la reedición de *Mein Kampf* en 2015, afirmaba que vivíamos en «un mundo sin memoria».[11] Opinión injusta y a corto plazo. El recuerdo del siglo XX sigue de momento muy vivo en Europa, y reeditar *Mein Kampf* con un comentario histórico constituye una útil alternativa a su lectura bruta en internet en cualquier página revisionista. El problema

es más bien el contrario: el de una focalización excesiva y a veces exclusiva en la memoria de «los años oscuros». Volveremos sobre esta idea.

La Historia es popular como pasatiempo: estamos mejor educados, mejor informados, somos más ricos y tenemos más tiempo libre para dedicarnos a ella. Los responsables políticos la cuidan. Las leyes de memoria y las conmemoraciones provocan debates.

Pero mientras se va cerrando la herida más grande, la provocada por los treinta años de autodestrucción y de ascenso de los extremismos que van de 1914 a 1945, los países occidentales han querido dar la espalda a su carácter trágico. Tras la apertura del Telón de Acero, en Europa central se produjo, durante unos años, un importante movimiento de retorno a la Historia: peticiones de reparaciones, confirmación de las fronteras, resurrección de antiguos partidos, rehabilitación de las familias reales, reapertura de las iglesias. Y luego, cuando se acababa el siglo, después de poner fin a la última guerra civil en el territorio de la Unión Europea (Acuerdo del Viernes Santo) y a la última de las guerras yugoslavas (Kosovo), y de acoger en su seno a sus hijos del Este de los que había sido separada durante cinco décadas, Europa decidió confiar en sus certidumbres poshistóricas.* Y para convencer a sus aliados de la necesidad de un euro fuerte, Berlín ofreció un contundente argumento histórico: el recuerdo de Weimar y sus famosas carretillas de *Reichsmarks* en la época de la gran inflación.

¿La cuestión alemana? ¡Zanjada! ¿La guerra en nuestra tierra?

¡Terminada! ¿El problema de los Balcanes? ¡Liquidado! El paréntesis encantado no duró mucho: menos de seis meses entre la detención de Milošević y el 11 de septiembre. Después vinieron los atentados terroristas de Madrid y Londres, el debate sobre la entrada de Turquía en la Unión Europea la controversia sobre las raíces cristianas de Europa y el fracaso de los referéndums de 2005. Pero no era suficiente para provocar una reflexión en profundidad.* Como ya habían hecho su examen de conciencia, los europeos querían disfrutar del presente. La actualidad es inmediata, los ciclos electorales cortos. En las sociedades aburguesadas y consumistas todos pueden pensar fácilmente que están a salvo de la violencia del mundo. Europa «olvidó [...] que la Historia podía ser trágica», decía el primer ministro francés en 2015.[12]

Las élites querían ser una vanguardia poshistórica y posmoderna. No estaban preparadas para la resurrección del pasado. Estaban política e intelectualmente mal pertrechadas para comprender de qué modo los Estados y los pueblos se valen de su propia Historia para oponerse entre ellos o entre sí mismos. Europa encaja muy mal los golpes de la Historia.

«La Historia está de vuelta en un país y en un continente que se imaginaban fuera de peligro definitivamente», comentaba Alain Finkielkraut después de los ataques terroristas de noviembre del 2015.[13] Para él la Unión Europea simboliza el «nunca más».[14] Nunca más el nacionalismo, la guerra, la colonización, la esclavitud. Con el riesgo, añadimos nosotros, de que se convierta en «nunca más el patriotismo, la defensa, la promoción de los

intereses nacionales, la diferenciación cultural». En 2003 el escritor Maurice G. Dantec, a su manera algo excesiva y delirante, predecía: «He visto la Europa del futuro: una gran zona liberal-socialista sin la menor soberanía política y mucho menos religiosa, sin la más mínima historia».[15] Los resultados de los referéndums de 2005 en Francia y Países Bajos, y de 2016 en Reino Unido, fueron una manera de darle la razón. Y no por casualidad en Francia el candidato que glorificaba el relato nacional salió victorioso de las primarias de la derecha y el centro contra el que decía: «Los hay que le dan vueltas al pasado y los hay que miran hacia el futuro. […] No quiero dar vueltas indefinidamente a la Historia.[16]

Lo mismo puede decirse de América, pero por motivos distintos. En Estados Unidos, más que en Europa, los dirigentes y la población han conservado el sentido de lo sagrado, a la vez religioso y republicano. Creen en el progreso y tienen una visión optimista de la Historia. Esta fe en el progreso de la humanidad es en parte lo que alimenta la fuerza de América. Como bien se sabe, Henry Ford, la encarnación de la modernidad industrial, afirmaba de forma inequívoca: «La Historia es más o menos una porquería. Es la tradición. No queremos tradición, queremos vivir en el presente, y la única historia que vale es la que hacemos hoy».[17]

Es injusto decir, como lo hace Henry Kissinger, que los dirigentes americanos son «deficientes» en conocimiento histórico.[18] Sin embargo, su confianza en un porvenir mejor es impresionante. Ronald Reagan predecía, y con razón, que «la marcha de la

libertad y la democracia [...] tirará el marxismo-leninismo al cubo de la basura de la historia».[19] A Bill Clinton y George W. Bush no se les conocía por su pesimismo histórico. En cuanto a Barack Obama, afirmaba que «la trayectoria de la Historia nos da motivos para ser optimistas», (lo cual, además, no era falso).* Sus consejeros más cercanos compartían esta visión: a Valerie Jarrett le gustaba hacer referencia al viejo aforismo americano según el cual «el arco moral del universo tiende a la justicia», y Susan Rice decía ser «fan de Francis Fukuyama».[20]

Pero hete aquí que los acontecimientos se entrometen. La sorpresa indignada del secretario de Estado John Kerry ante la invasión de Ucrania tenía algo de cómico: «¡En el siglo XXI no podemos comportarnos como en el siglo XIX!».[21] Un tono similar había empleado algunos años antes el ministro canadiense Peter MacKay lamentándose de la reivindicación por parte de Rusia de sus «derechos» sobre el Polo Norte: «No estamos en el siglo XV. [22.] *Shocking*! El mundo no está de acuerdo.**

Rusia y China, Irán, Turquía y el Estado Islámico tienen un sentido real de la Historia. Inscriben su acción dentro de una lógica histórica de retorno al pasado. Las élites políticas e intelectuales occidentales de cultura liberal, moderna y universalista están mal preparadas para los retos que ellas mismas plantean. Y para el que ahora les plantean nuestras propias opiniones públicas que también quieren el retorno a la tradición, a las fronteras, a las monedas nacionales.

Porque todas las sociedades modernas están hoy preocupadas. Después de citar algunos ejemplos en las páginas anteriores, un

«paseo por el mundo de los fantasmas del pasado» ayuda a comprender la similitud existente entre los fenómenos que tienen lugar hoy en la escena internacional.

4

UNA GIRA MUNDIAL DE LOS FANTASMAS DEL PASADO

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL NO TERMINÓ EN ASIA

En todo el mundo el futuro está aplastado por la carga del pasado.

En Asia, la memoria de la década de 1940 permanece candente. No se ha firmado ningún tratado de paz entre Rusia y Japón, tampoco entre las dos Coreas, ni entre la India y Pakistán. La unificación china permanece inacabada.

Los países asiáticos también se enfrentan al desafío de su propio pasado: comunista en China, imperialista en Japón.

La identidad nacional de la República Popular China se construyó inicialmente sobre un cuádruple rechazo: el de los turbulentos tiempos de la división del país; el del pasado imperial; el del colonialismo europeo y el del militarismo japonés. Pekín evoca el «siglo de la humillación» (1839-1949). Se ha dedicado un museo a las atrocidades japonesas.

Desde 1989 (los sucesos de la plaza de Tiananmén), China ha decidido apostar todo a la carta nacionalista como una ideología de sustitución y canalización de cualquier descontento popular. A partir de 1991 se instituyó la «educación patriótica» en Pekín. Cierto es que Mao no ha recuperado sus honores, como sí lo ha hecho Stalin en Rusia, pero el «turismo comunista» está en plena expansión. Confucio está rehabilitado.

Desde 1996, los escolares están obligados a visitar el Memo-

rial de la Masacre de Nankín. En 2001 se instituyó el «Día de la Humillación», que conmemora la ocupación de Manchuria. En 2014 se establecieron como mínimo tres nuevos días festivos: un «Día de la Memoria» para conmemorar la Masacre de Nankín, un «Día de la Victoria» contra el Imperio japonés y un «Día de los Mártires» de la guerra contra el invasor.

Fue entonces cuando China se lanzó a la guerra contra el «nihilismo histórico», que consiste en negar el inevitable avance del país hacia el socialismo. Y debemos recordar que fue el Kuomintang, y no el movimiento comunista, el principal hacedor de que el desalojo del Imperio japonés se volviera arriesgado, ya que equivalía a eliminar la legitimidad del Partido.

Hace quince años, un especialista en Asia se preguntaba lo siguiente:

> La atención que China otorga a la memoria y el olvido podría alimentar el nacionalismo. ¿Este nacionalismo desempeñará un papel constructivo o destructivo en el desarrollo y las relaciones internacionales del país? Podría depender de la manera en que Pekín se reconecte con sus raíces arqueológicas, a través de la exhibición de antigüedades, y de cómo, a través de poderosos símbolos y logros contemporáneos, devuelva la credibilidad a una ideología desvanecida. Pero China tendrá que escapar de la trampa intelectual del marxismo-leninismo: cuanto más fuerte sea su sentido de la Historia, más podrá sentirse explotada y como una víctima. Tal desarrollo podría conducir a la intensificación del nacionalismo, lo que podría dificultar los esfuerzos de compromiso de China.[1]

La respuesta a esta pregunta ahora está clara. Se pueden apreciar dos referencias: la del pasado glorioso del Imperio («Los chinos miran cada vez más hacia el pasado imperial para que les guíe hacia el futuro», señaló Robert Kagan hace unos años),[2] y la del enemigo japonés. Hacer de Japón el blanco del discurso naciona-

lista tiene un triple objetivo: canalizar la reivindicación popular, asentar sus reivindicaciones sobre las islas Senkaku (y los recursos adyacentes) y deslegitimar la candidatura japonesa a presidir el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

Para China, que parece no haber digerido aún su derrota de 1895, nunca hay suficientes excusas, y Japón debe expiar por toda la eternidad su pasado imperial. Contrariamente a lo que afirma Pekín, Tokio llevó a cabo pronto y bien la expiación de su pasado, poco después incluso de la derrota del Imperio. Pero es cierto que «Japón es un buen cliente para alimentar pasiones, en tanto que su propio pasado aún se equivoca»[3]. La derecha nipona sabe proporcionar pretextos a sus antiguas colonias asiáticas para que desconfíen de Tokio. Que el primer ministro Shinzo Abe, campeón del nuevo nacionalismo japonés, se refiera a la Restauración Meiji no plantea ningún problema. Más inquietante es el hecho de que desde mediados de la década de 1980, la meditación en el Santuario Yasukuni, en el corazón de la capital, se haya convertido en una tradición. Se honra la memoria de todos los combatientes japoneses que murieron por el Imperio, incluidos los catorce criminales de guerra de clase A que fueron añadidos en 1978, lo cual explica por qué el emperador ya no lo visita. La controversia sobre Yasukuni se agudiza con la presencia, en los terrenos del hermoso parque que alberga el santuario, del Museo Yūshūkan, administrado por la misma fundación privada, el cual presenta una vergonzosa versión revisionista de la historia de la guerra.

En 1994 se fundó en California una organización que ofrece

una imagen falsa de Pekín: la Global Alliance for Preserving the History of World War Two in Asia, que hace campaña para difundir la versión china de la historia de la Segunda Guerra Mundial, defender las tesis de Pekín sobre la soberanía de las islas en disputa entre los dos países y bloquear la candidatura de Tokio a presidir el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. En el año 2000, con ocasión de una conferencia privada celebrada en Tokio en la que se hacía una revisión histórica de la Masacre de Nankín, la Global Alliance lanzó contra las páginas web del gobierno una ofensiva atacando el «renacimiento del militarismo japonés».

Paralelamente, se reavivó la controversia sobre las *ianfu* (prostitutas) reclutadas a la fuerza en Corea y China por el ejército imperial japonés. El diario *Sankei Shimbun* publicó en 2014 una investigación revisionista sobre el tema que llevaba por título *Las guerras de la Historia*.* Al año siguiente, un escritor surcoreano tuvo el valor de realizar su propia investigación sobre el tema y llegar a las mismas conclusiones: no hay indicios de que las «mujeres de solaz» fueran una política de Estado. Pero en Seúl no se bromea con el tema: sus conclusiones horrorizaron a los coreanos, que no han dudado en erigir estatuas en memoria de las esclavas sexuales delante de los consulados japoneses.

Guijarros sobrecargados de historia

Nos peleamos por las islas, peñones, arrecifes: Kuriles, Senkaku, Dokdo, Paracelso, Spratly, Scarborough. Y, por todas partes, la Historia se encuentra en el centro de las reivindicacio-

nes sobre la propiedad. Se ha convertido en «el vocabulario y la clave de los nuevos realineamientos estratégicos en Asia».**

El mojón fronterizo del contencioso entre China y Japón es un conjunto de pequeñas islas conocidas como Senkaku en japonés y Diaoyu en chino, y que están en poder de Tokio desde 1895. El Tratado de San Francisco (1951), que se firmó supuestamente para resolver la cuestión japonesa, fue ambiguo: no dijo nada sobre cuál debía ser el destino final de muchos de los territorios que tenían que ser abandonados por los vencidos.* Según el artículo 3, el archipiélago Ryūkyū, que incluye las islas Senkaku, quedaba bajo mandato americano, y Washington afirmó verbalmente que Japón mantenía una soberanía «residual». En aquel momento, a Mao Zedong le importaba un rábano el destino de estas islas, no dudando en afirmar que, después de todo, era la guerra contra el invasor japonés la que le había permitido llegar al poder. Pero en 1972 Estados Unidos entregó el control de las islas Ryūkyū a Tokio. Oficialmente, Japón y China acordaron evitar la cuestión de la soberanía. Sin embargo, a partir de ese momento las islas Senkaku aparecen en los mapas chinos como parte del territorio de la República Popular.

Coreanos y japoneses se disputan las rocas de Liancourt (las islas Dokdo para los primeros, las Takeshima para los segundos), unos islotes sobre los que los estadounidenses habían permitido a los japoneses mantener sus reivindicaciones. Corea considera que se apropió del archipiélago en 512, Japón afirma haber tomado posesión de una *terra nullius* en 1905.

Pekín recurre a todas las posibles «pruebas» históricas que jus-

tifiquen su control sobre todo el mar de China Meridional: mapas del siglo XVII, los viajes del explorador Zheng He (1371-1433), fragmentos de cerámica de la dinastía Han (206 a.C.), caparazones de tortugas y conchas que supuestamente fueron presentados a la corte imperial hace cuatro mil años.

¿Y Taiwán? Es la «Alsacia-Lorena» de Japón, se decía a menudo en Tokio bajo el Imperio. Ahora es la de China, se susurra desde entonces en Pekín, especialmente al visitante francés.

El revanchismo hindú

El Sudeste Asiático, por su parte, sigue pagando el precio de la división confesional perfilada por el colonizador británico y afilada por la escisión de 1947. El actual partido en el poder en la India (Bharatiya Janata Party, BJP) es la emanación de la ya citada organización nacionalista Rastriya Swayamsevak Sangh (RSS, Asociación de Voluntarios Nacionales), que fue creada en 1925 y afirma ser «la ONG más grande del mundo», con seis millones de miembros. Basada en la *hindutva* («hinduidad» o calidad de hindú), su política pretende ser una reacción contra la visión de una India «inclusiva» apoyada tradicionalmente por el Partido del Congreso.

El proyecto de la RSS lleva por nombre Akhand Bharat (India Unida). La geografía de su visión aparece plasmada en los muros de la sede de la organización en Nueva Delhi. No solo forman parte del país Pakistán y Bangladesh, sino también Afganistán, Tíbet y Birmania. «¡Larga vida a la India unida!». Fueron las últimas palabras de Nathuram Godse, el asesino de Gandhi. A finales

de 2014, el Visva Hindú Pariṣada (VHP, Consejo Hindú Mundial), una organización religiosa afiliada a la RSS, lanzó un programa llamado Ghar Wapsi, el «regreso al redil», destinado a la conversión («voluntaria») de los no musulmanes al hinduismo, «la religión de sus ancestros», cuyos resultados hoy en día son bastante flojos en la escala de la India, pero que no carecen de importancia simbólica. Porque los nacionalistas hindúes aprecian un pasado mítico, el de una India «pura» antes de la llegada del invasor musulmán.[4]

Pese a que la RSS y el BJP se dieron a conocer mundialmente destruyendo en 1992 la mezquita de Babri Masjid en Ayodhya, una ciudad al norte de la India, sería un error no contemplar otras dimensiones de su programa cultural, particularmente interesantes. En 2006, un analista escribió: «Al crear cátedras de astrología y yoga, y promover las "ciencias védicas" como si fueran disciplinas con el mismo estatus científico que la astrofísica o la biología, los nacionalistas esperan repeler los dos peligros que acechan a la nación india: el fundamentalismo islámico y el imperialismo occidental».[5] La India se considera a sí misma, en efecto, como la primera civilización; el sánscrito es la madre de todos los idiomas y los Vedas son la fuente de todo conocimiento. Diez años después, estas ideas han alcanzado el poder en Nueva Delhi, encarnadas por el primer ministro Narendra Modi, *pracharak* («predicador») de la RSS. Así, en 2014 aseguraba ante los estupefactos visitantes que «la cirugía plástica existía en la India» ya en la Antigüedad. Lo prueba que el dios Ganesh está

compuesto de una cabeza de elefante en el cuerpo de un hombre.[6]

«UNA REGIÓN A LA QUE HISTORIA LLEGÓ AYER»[7]

Es en Oriente Próximo donde asistimos al festival permanente de metáforas históricas, y donde no hay miedo a la hipérbole. El poeta Mahmud Darwish describió el sitio de Beirut en 1982 como la «venganza de los cruzados», mientras que Menájem Beguín evocaba, en el mismo momento, a «los nazis encerrados en su búnker».[8] A menos que el Estado de Israel no sea en sí mismo una reencarnación del nazismo, como a veces escuchamos, y no únicamente en esa región, la metáfora nazi es una de las más utilizadas en Oriente Próximo. Así, hoy en Siria el Estado Islámico encarna al nuevo Reich a ojos de los rusos, mientras que para Dáesh los occidentales resucitan el Imperio romano.

Dos ecos de la Edad Media que resuenan permanentemente: por un lado, el de la reacción contra la influencia y las intervenciones occidentales; por el otro, el del enfrentamiento confesional entre las diferentes religiones del Libro. La región se ha convertido en el teatro de reivindicaciones fundamentadas en imperativos políticos (venganza contra el invasor occidental), religiosos (restauración del Califato en el Dar al-Islam y lucha contra la apostasía) o escatológicos (promesa de la venida del Mesías y fin de los tiempos, en sus versiones chiita y sunita), todos ellos profundamente arraigados en la Historia.

Durante la primera crisis del precio del petróleo en el mundo árabe se escuchó: «¡Es la venganza de Poitiers!». Hoy, Carlos Martel se ha convertido en el héroe de la extrema derecha euro-

pea, y los yihadistas celebran la «razia sagrada» del emir andalusí Abderramán I. Uno de sus vídeos lleva un título evocador: «Cuando el Estado Islámico estaba en Francia» (*sic*).

Pero el islam no es una venganza en diferido de la Reconquista: en su origen es un mecanismo de defensa contra la modernidad a través de sus sucesivas encarnaciones: el Al-Nahda (el «Renacimiento» o «despertar árabe») del siglo XIX, la abolición del Califato otomano en 1924, la occidentalización defendida por las dictaduras laicas. Un mecanismo simbolizado, como se ha dicho, por la fundación de los Hermanos Musulmanes en Egipto en 1928 y, más recientemente, por la revolución iraní de 1979.

El psicoanalista Fethi Benslama cuenta que cuando Napoleón llegó a Egipto cometió horrendas matanzas; después reunió a los jeques de El Cairo y, en resumen, les vino a decir: «Habéis sido una gran civilización, pero ahora no tenéis nada, ¿qué os queda?». Y el gran jeque de El Cairo le responde: «Tenemos el Corán». Napoleón, irónico, contestó: «¿Hay alguna indicación en el Corán acerca de cómo fundir un cañón?». Todos los jeques le respondieron en coro que sí. Benslama considera este episodio «como la escena original del fundamentalismo musulmán». Es una respuesta defensiva frente a la conquista bélica occidental y al poderío técnico-científico que conlleva, y a través del cual se socava el conocimiento absoluto de Dios.[9]

De las cruzadas al Apocalipsis

Lejos de ser una criatura americana que hubiera escapado de su creador, el yihadismo armado actual es hijo de la fusión de va-

rias corrientes salafistas en la matriz de la resistencia afgana: la lucha revolucionaria y transnacional predicada por el palestino Abdullah Azzam, próxima a los Hermanos Musulmanes; el wahabismo del saudita Osama bin Laden, que conoció a Azzam en 1984 y junto a él creó la «Oficina de Servicios», diseñada para ayudar a los combatientes voluntarios que se unían a los muyahidines; y el islamismo más nacional del egipcio Ayman al-Zawahiri (afiliado a la Yihad Islámica de Muhammad Abd al-Salam Faraj), que se unió a Bin Laden en 1988. Todo ello en un contexto marcado por la financiación de mezquitas salafistas en la región por parte de Pakistán y Arabia Saudita.

La victoria de la rebelión afgana dio alas a los yihadistas, aunque se necesitaba también un nuevo proyecto, principalmente para mantener ocupados a los veteranos de guerra que iban a dispersarse por todo el mundo. Es la Guerra del Golfo la que les dará la oportunidad. El conflicto suscitó un gran debate en el mundo árabe: ¿había que participar en la batalla liderada por Estados Unidos —esta fue la elección de la monarquía wahabí— o por el contrario negarse, que era lo que deseaban islamistas tales como los Hermanos Musulmanes? En ese momento salió al paso el cisma entre Bin Laden y la familia gobernante saudita, y de ahí la creación en 1998 del Frente Islámico Internacional contra los judíos y los cruzados, cuya denominación estará, aunque de forma involuntaria, justificada por la referencia que hizo George W. Bush en 2001 a una «cruzada».[10] ¿Las cruzadas? Aunque perturbadoras, no constituyen un recuerdo traumático que se haya transmitido en la memoria árabe de generación en generación,

sino una construcción *a posteriori*. Con anterioridad solo se habían contemplado como la historia de las luchas contra los francos o los infieles. Y es solo a partir del siglo XIX, y en concreto porque el sultán hará referencia a ellas, cuando comienza a evocarse la continuidad histórica de las oscuras intenciones occidentales.

El Estado Islámico de Irak y el Levante (ad-Dawla al-Islâmiyya bi-l-'Irâq wa-sh-Shâm), cuyo éxito encuentra sus raíces tanto en las perversas políticas de Saddam Hussein y de Bashar al-Ásad como en la invasión de 2003, se reconcilia con un pasado igual de mítico. El Shâm es, en el islam, una tierra santa por excelencia, en particular debido a que alberga una gran cantidad de mausoleos, tumbas y otros lugares de peregrinaje. Dáesh es a la vez antioccidental y apocalíptico. Al-Baghdadi declaró en julio de 2014 que su organización era la heredera de los abasíes: se ve a sí mismo recreando la revolución de 747 y el derrocamiento de los Omeyas. Uno de los héroes de Dáesh no es otro que el califa Harún al-Rashid, el presunto autor de las *Mil y una noches*, que para los occidentales encarna la poesía y el refinamiento de la cultura árabe clásica. Pero para los yihadistas «no se admite ninguna historicidad», porque «no reconocen sino un solo tiempo»: el «tiempo original» del siglo VII.[11] A diferencia de los revolucionarios que quieren acelerar la Historia, «los yihadistas intentan eliminarla en la eternidad de Dios».[12]

Dáesh ha abrazado plenamente la tradición del discurso apocalíptico, que como sabemos ha florecido en la región desde hace treinta años, sobre todo a partir de 2001. La que proponen los

yihadistas tiene variantes, pero se articula *grosso modo* en torno a algunas grandes ideas: Al-Baghdadi es el octavo califa de los doce existentes. Los *Rum* (romanos, bizantinos en realidad) combatirán contra el ejército del islam en el norte de Siria (bilad-al-Shâm), los soldados de Alá que mueran (una tercera parte) en cualquier lugar entre Dabiq y Al A'Maq, tendrán el privilegio de redimir los pecados de setenta de sus parientes en el Juicio Final. Estambul será conquistada y saqueada. Vendrá entonces el enfrentamiento final, en Jerusalén, en presencia del anticristo, el *Dajjal*, que vendrá de la región de Jorasán, en Asia central. Cinco mil soldados, con la espalda contra la pared, serán derrotados por el *Dajjal*. En ese momento, *Issa* (Jesús) aparecerá en lo alto de un minarete blanco en Damasco, perseguirá al *Dajjal* hasta Lod (ahora entre Tel Aviv y Jerusalén) y lo matará, y así se instaurará la sharia en el mundo entero.

Dáesh no propone solo una limpieza étnica y religiosa. El Estado lleva a cabo una verdadera limpieza cultural. «La destrucción de las piedras no está destinada tanto a borrar el pasado, como a la destrucción del futuro», dice el escritor y exdiplomático Olivier Weber. El objetivo: «impedir que las poblaciones bajo el fundamentalismo islámico piensen y por tanto sometan sus cerebros al terror».[13] La destrucción de símbolos «paganos» o de representaciones supuestamente prohibidas por el islam no es suficiente: la destrucción tan simbólica, en 2014, de la demarcación de la frontera sirio-iraquí, cuyo trazado proviene del Acuerdo Sykes-Picot, ha sido para Dáesh un acto fundacional de un poder y una resonancia extraordinarios.

La particularidad de Dáesh con respecto a la mayoría de los movimientos yihadistas que la han precedido es también político-ideológica. ¿Cómo no percibir un eco de los totalitarismos del siglo XX en el título del manual del buen gobierno que inspira a sus líderes, que traducido lleva como título *La administración del salvajismo* o *La gestión de la barbarie*, y que emplea dos aposiciones que son aterradoras y justifican totalmente la expresión «islamofascismo» usada en ocasiones en referencia a Al-Qaeda en la década de 2000?

Los fantasmas de Kerbala

En el análisis del Oriente Próximo contemporáneo se pueden cometer dos errores. Uno consiste en no ver en el conflicto existente en la región más que una «guerra de religiones». El otro es simétrico: en nombre de una visión que se dice «realista» vuelve a negar el carácter confesional que impera hoy en día en la dinámica del conflicto. Pero entre lo confesional y lo geopolítico, «las líneas son borrosas».[14] Y la dimensión religiosa está cada vez más presente entre los líderes, en el centro de las opiniones y en los combatientes que están sobre el terreno. Sin querer ofender al excelente escritor Kamel Daoud, Arabia Saudita no es «un Dáesh que ha tenido éxito».[15] El destino de las mujeres es más envidiable en Riad que en Al-Raqa, y se llevan a cabo menos ejecuciones que en Irán. Pero su compulsión iconoclasta es preocupante. Para el wahabismo, «los símbolos históricos y culturales conducen al pecado consistente en asociar la divinidad con algo que no sea Dios».[16] En el lugar donde se encontraba la casa del primer califa se construyó un Burger King; en el de la esposa del

Profeta, unos baños públicos. La Meca se convierte en «una máquina, una ciudad sin identidad, sin herencia, sin cultura».[17] Y el hermoso Museo Nacional de Riad es un notable ejemplo de falsedad histórica al borrar o reescribir el pasado preislámico de la península Arábiga.

La confesionalización de las rivalidades regionales no es cosa de ayer, pero actualmente está acentuada.

La radicalización religiosa sunita es el resultado de los «traumas» de 1967 (la derrota árabe por Israel), de 1969 (la tentativa de incendio de la mezquita de Al-Aqsa) y de 1979 (la toma de rehenes de La Meca), que se unieron a la «competencia» del panarabismo autoritario y laico (Egipto, Siria, Irak). La creación de la Organización de la Conferencia Islámica (OCI) y el enriquecimiento de las monarquías suníes gracias a las dos crisis del petróleo dieron la señal para la deliberada exportación del salafismo. Si hay una criatura que ha escapado de su creador, esa es sin duda el salafismo militante, al emanciparse de Arabia Saudita, y no el yihadismo que lucha contra Estados Unidos, como se afirma a menudo.

Pero, por supuesto, la que realmente cambió las cosas fue la revolución islámica de 1979. Irán se perfilaba entonces como una amenaza directa para Arabia Saudita, que incluía el cuestionamiento de su rol de guardiana de los Santos Lugares. «Sí, somos reaccionarios, y ustedes son unos intelectuales iluminados. Ustedes, los intelectuales, no quieren que retrocedamos 1.400 años».[18] Así habló el ayatolá Jomeini, refiriéndose por supuesto a los tiempos del Profeta. Pero de la misma manera que en 1971 el

sah celebraba la gloria bimilenaria de Persépolis, también el Irán revolucionario del presidente Ali Akbar Hashemi Rafsanyani se ha encontrado con su pasado imperial, y el discurso oficial se ha hecho «islamo-nacionalista». Realmente, se ve a sí mismo como el heredero de los safávidas (1501-1736), como se ha dicho en alguna ocasión. El recuerdo de Abbas I el Grande, que convirtió a Persia en una gran potencia y fundó la identidad cultural del país, particularmente al implantar el chiismo en el corazón del mismo, sigue vivo. Pero también el de los sasánidas (224-651), más lejos aún en la línea del pasado. Ciro el Grande (559-530 a. C.) goza de una nueva popularidad. Y, en cuanto a los Guardianes de la Revolución, se redescubren los mapas de la Gran Persia, en vísperas de la conquista musulmana, que incluyen los extremos de la península Arábiga hasta Yemen y cuya capital, Ctesifonte, estaba situada cerca de la Bagdad moderna. Por primera vez desde la era sasánida, Persia ha recuperado su posición en el norte de Siria.

Una de la razones de esta rivalidad es Baréin, de mayoría chiita aunque en la práctica es un satélite de Arabia Saudita. En 1927 el sah exigió la restitución de la isla Mishmahig, conquistada en 1602 por Abbas I. Treinta años más tarde, el Parlamento la convirtió oficialmente en la provincia número catorce de Irán, reservando dos escaños a sus representantes. Lejos de haber sido olvidada por la República Islámica, la cuestión se plantea regularmente en el debate público. En 2016, el comandante del grupo Ansar-e Hezbollah exigió que Teherán devolviera a la provincia al redil de la madre patria.

Es en el territorio de Irak y Siria donde la guerra ha pasado a ser abierta, primero con la destrucción por las milicias sunitas, el 29 de agosto de 2003, de la mezquita de Alí en Nayaf, ciudad al sur de Bagdad, lo que fue considerado un gran sacrilegio. A ese suceso se añadió la decisión de Abu Musab al-Zarqawi, el fundador del Estado Islámico, de hacer de la lucha antichiita la razón de ser de su organización (de ahí el cisma con Al-Qaeda); y después, al cabo de diez años, con la intervención abierta de Irán y sus afines (las milicias chiitas) en Siria contra las fuerzas respaldadas por los países suníes. El significativo aumento de la violencia sectaria sunita ha llevado a este «campo» chiita a acentuar la dimensión religiosa de sus luchas (la defensa de los lugares sagrados en Siria).

Hoy en día, los impulsores de la radicalización tienen el viento a favor y la dimensión confesional se impone de tal manera que cada una de las partes niega la legitimidad de la otra. De hecho, Riad y Teherán han roto las relaciones diplomáticas. Durante una conferencia inaugurada por Vladímir Putin en Grozni, en 2015, doscientos altos funcionarios suníes rehicieron la historia de su religión: la tradición wahabí había desaparecido. El Irán revolucionario, que siempre se ha disputado con Riad la custodia de los Santos Lugares, propone «liberar al mundo del wahabismo.[19] Arabia Saudita no se queda atrás. Al tiempo que ejecuta a los dignatarios chiitas, el gran muftí de Riad insulta a los líderes de Teherán, llamándolos «descendientes de los magos», es decir, de los zoroástricos.[20] Para muchos árabes, los iraníes se han convertido en «los safávidas».[21] Por ambas partes se hace una in-

terpretación simbólica de la batalla de Kerbala acaecida en el año 680 y donde se enfrentaron los partidarios del nieto del Profeta con las tropas del califa. Durante la Guerra Irán-Irak, Teherán creó una brigada y luego una división Kerbala. Riad hizo lo mismo en 2011, durante su intervención para restablecer el orden en… Baréin. Y encontramos la misma metáfora en el campo opuesto: para un antiguo líder de Hezbolá «Alepo es Kerbala». [22] De hecho, Teherán quiere hacer de la ciudad epónima, situada en Irak, un centro mundial de turismo religioso, una especie de Meca chiita.

La guerra actual en Siria fomenta aún más la polarización religiosa. El país es, de hecho, un lugar especial en la escatología chiita, que no tiene mucho que envidiar a la de los sunitas: aquí es adonde el imam oculto (el Mahdi) regresará y derrotará al diablo, el Sofyani. Cuando en 2013, Hezbolá se involucró en el conflicto, lo hizo en nombre de la defensa de los lugares sagrados; en el mundo chií se recluta en nombre de la defensa de los Santos Lugares para la protección de los santuarios en Damasco y Alepo, y para la preparación de la llegada del Mahdi. Mientras tanto, zayditas y alauitas se sienten obligados a redefinirse a sí mismos como chiitas. La *reductio ad sectaris* se impone y el pasado controla el futuro.

Se recuerda a menudo, en referencia a Oriente Próximo, la frase con la que Günter Grass abre su novela *Encuentro en Telgte*, cuya acción transcurre al final de la Guerra de los Treinta Años: «Ayer será lo que mañana ha sido».[23] Pareciera que el escritor alemán se hace eco, de forma involuntaria, de la exclamación del

fundador del wahabismo: «¡Cómo se parecen los acontecimientos de hoy a los de ayer!»[24]

Jerusalén, Jerusalén

Aunque el rechazo hacia Israel permanece arraigado en las entrañas de la cultura árabe y musulmana, y muchos de los líderes de Oriente Próximo son realistas frente a esta evidencia, no se debe a la colonización, que es más bien un pretexto o una excusa, y además no existió hasta 1967. Su perennidad se habría vuelto aún más insoportable desde el momento en el que se conquistó la ciudad vieja durante de contraofensiva israelí de 1967. Pero el conquistador, como bien sabemos, dejó al Waqf (fundación religiosa) jordano el control de la Explanada de las Mezquitas.* Si se hace caso a ciertas interpretaciones literales del Corán, el pueblo judío sería el enemigo del islam. Israel, un ente extraño, encarnaría los últimos brotes del colonialismo europeo, la continuidad de la presencia judía en Oriente Próximo actuando de forma silenciosa. También se haría pagar injustamente a los árabes un genocidio perpetrado en Europa por los mismos europeos. Poco importa que el proyecto sionista, que creó un Estado para los judíos, se remonte al siglo XIX, alentado por los pogromos en Rusia y el mundo árabe. A fin de cuentas, los pone frente a sus propios fracasos: desde finales de la década de 1960, el éxito militar, económico e intelectual de Israel se descubre frente al mundo árabe, incapaz —hasta que se produjo el despliegue de las monarquías costeras del Golfo en la década de 2000— de proponer éxitos equivalentes.

Que la cuestión israelí está profundamente arraigada en la

Historia es evidente. Su singularidad es que apela a dos de los símbolos más poderosos del pasado: el de la Torá y el del Holocausto. Esta sobrecarga de Historia no legítima la existencia del Estado a ojos de todo el mundo: en la región está presente un doble negacionismo: ¿existió realmente el Templo de Jerusalén?, se preguntan muy seriamente algunos intelectuales árabes, algunas autoridades musulmanas o algunos políticos, como hizo Yasser Arafat en 2000, en presencia de un alucinado Bill Clinton en medio de las negociaciones de Camp David. Desde hace algunos años, incluso el Waqf ha negado cualquier vínculo entre el Noble Santuario y el Templo judío. Además, el rey Salomón era «musulmán», como todo el mundo sabe.[25]

No podemos afirmar que la instrumentalización de la Historia, y en ocasiones su travestismo, no existan en el lado judío. El vocabulario proveniente del Holocausto impregna hasta el exceso la retórica política de la derecha israelí, que domina la Knesset desde finales de la década de 1970 y no le tiene ningún miedo a conjurar el fantasma del nazismo. Tras la heroica incursión de su fuerza aérea en el centro nuclear de Tammuz en Irak (llamada, y no por casualidad, «Operación Babilonia»), Menájem Beguín repitió: «*Never again, never again*»,[26] comparando a Saddam Hussein con Adolf Hitler, al igual que haría con Yasser Arafat, y como también hizo su sucesor lejano Benjamin Netanyahu refiriéndose al presidente iraní Mahmud Ahmadineyad. Dos personajes muy poco recomendables, ciertamente, enemigos confesos de Israel y que no profesan ninguna simpatía hacia los judíos. Pero ni el sangriento dictador de Bagdad ni el iluminado de Teherán te-

nían planes o proyectos para la destrucción a nivel industrial del pueblo judío. La comparación ya citada de Mahmud Darwish apenas se ha modificado: es cierto que en aquel momento en la región aún se juraba, de forma habitual, que había que lanzar al mar a los judíos. Y cuando Netanyahu afirma que fue el gran muftí de Jerusalén quien sugirió la idea del genocidio a Hitler, nos tenemos que pellizcar.

Además, en un lugar donde la Historia no tenía necesidad de cargas suplementarias, lo religioso es cada vez más contundente. En este momento, la población *haredim* aumenta a un ritmo comparable al que lo hicieron los palestinos en su día y el movimiento sionista religioso ha alcanzado una importancia considerable en la gestión del problema de Judea y Samaria.* Mientras tanto, en el lado árabe Hamás domina en Gaza y la influencia de los movimientos salafistas crece entre la población palestina, especialmente entre los jóvenes. La cuestión de los grandes lugares sagrados de la historia judía se ha convertido en el objeto de una nueva batalla político-cultural. Se analiza cuidadosamente la forma en que son descritos en las resoluciones de la Unesco por parte de los diplomáticos israelíes. ¿La cueva de los patriarcas en Hebrón y la tumba de Raquel en Belén son israelíes o palestinas? ¿Es aceptable presentar el Noble Santuario árabe (Haram-al-Sherif) sin hacer ninguna referencia al pasado judío del sitio?** Los diplomáticos que votan a favor de tales resoluciones en la Unesco probablemente no sepan que a pocos metros de la sede de esta institución se encontraba, hace más de un siglo, uno de los escenarios fundadores del sionismo: de hecho, solo cuando Theodor

Herzl fue testigo de la degradación del capitán Alfred Dreyfus en el patio de la escuela militar, se convenció a sí mismo de que se necesitaba un Estado para los judíos.

PUTIN, JUGADOR DE LA HISTORIA

A diferencia de otras repúblicas soviéticas y de los países del Pacto de Varsovia, Rusia no se «liberó»: más bien vio cómo los otros la abandonaban. La construcción de su identidad poscomunista ha sido más que compleja. Después de las dudas y los compromisos del período de Borís Yeltsin, Vladímir Putin ha querido restaurar las profundas raíces históricas de Rusia. Y ha comenzado precisamente por vincular la transición de Mijaíl Gorbachov y Yeltsin a los «turbulentos tiempos» de finales del siglo XVI y principios del XVII.

Las inspiraciones históricas del putinismo

Frente a los avances —culturales, económicos, militares— de Occidente, Moscú defiende la idea de una civilización distinta, incluso superior, basada en un código genético (*sic*) propio, conservador y tradicionalista. Los rusos representan «una civilización aparte» y son «los últimos portadores de los valores de la antigua civilización europea y romana», afirma el ministro de Cultura, Vladímir Medinski.[27] Esta visión despierta un mesianismo propio en Rusia, el de la Tercera Roma, o lo que es lo mismo, el de una «Nueva Jerusalén», encargada de la redención del Occidente y de la que EL comunismo fue, básicamente, su primera encarnación moderna. Cuando Putin, en la primavera de 2016, se acercó al monte Athos en Grecia para celebrar los mil años de presencia rusa, estaba matando tres pájaros de un tiro: celebró

tanto la historia de su país, como sus raíces ortodoxas y la propagación del *Russkiy Mir* («mundo ruso») del que se erige en protector.

Pese a que Putin no tiene un maestro de pensamiento propiamente dicho, sí que cuenta con inspiradores. El primero de ellos fue, sin duda, el filósofo contemporáneo Igor Chubais, bardo de la Rusia eterna y promotor de la unión de tierras rusas en una «nueva Rusia», que es el tema central del *Discurso del milenio* de 1999, el primer esbozo del proyecto personal de Putin. El jefe del Estado también aboga por la lectura de los filósofos, promotores de «la idea rusa», Vladímir Soloviov (1853-1900) y Nikolái Berdiáyev (1874-1948).

Más allá de eso, las inspiraciones del maestro de Rusia parecen reconocerse tanto en las corrientes eslavófilas como en las eurasianistas. Según el filósofo francés Michel Eltchaninoff, la primera, que se opone como sabemos al «occidentalismo», puede ser entendida a partir de los trabajos de dos pensadores clave: uno es Nikolái Danilevski (1822-1875), representante de la segunda generación de los eslavófilos, que quería la unión de los eslavos, herederos de Bizancio, contra una Europa identificada con el mal y la guerra; el otro, Ivan Ilín (18831954), un filósofo militarista e imperialista, anticomunista y religioso. La segunda corriente asume completamente las raíces tártaro-mongolas de la civilización nacional y promueve la integración de los pueblos no rusos (Turquestán, Mongolia…). Y es, por decirlo de alguna forma, una fusión de «Anna Karenina y Gengis Kan».[28] El popularísimo escritor Lev Gumiliov (1912-1992), también citado frecuente-

mente por las autoridades rusas, es uno de los autores de peso en esta familia de pensamiento. Ve en la victoria de Kulikovo frente a la Horda de Oro (1380), que terminó con el yugo mongol, la argamasa de la unificación «étnico-genética» (*sic*) del pueblo ruso, aunque no desprecia a los mongoles y a los tártaros, a los que considera hermanos.

El autoritarismo y nacionalismo; el imperialismo y mesianismo; la eslavofilia y eurasianismo; la paranoia antioccidental a menudo justificada por dudosas teorías geopolíticas. De hecho, «Putin ha sintetizado toda una gama de conceptos». Utiliza «una mezcla ecléctica de ideas y argumentos del fundamentalismo cristiano ortodoxo», el conservadurismo europeo del siglo XIX, el nacionalismo blanco ruso del siglo XX, el tradicionalismo integrista, el dualismo bolchevique y el triunfalismo soviético de la posguerra para acercar «el espíritu ruso colectivo al pasado», resume un analista alemán.[29]

LA HISTORIA RUSA MOVILIZADA

Putin «celebra [...] el eterno retorno de la Historia».[30] En las entrañas de su estrategia está la movilización de la historia nacional. Esta adopta una triple cara.

En primer lugar, la adscripción de la misma en una continuidad histórica: el putinismo es una forma de síntesis de zarismo y estalinismo.

Respecto al zarismo: Putin piensa probablemente en ello desde hace mucho tiempo: fue él quien organizó la inhumación de los restos de Nicolás II en San Petersburgo en 1998. Sus referencias históricas son Vladímir I el Grande (980 a 1015), que se con-

virtió al cristianismo; Iván I (1325-1340), el unificador de las tierras rusas; Pedro I el Grande (1682-1725), el modernizador del país; Catalina II (1762-1796), la autoritaria zarina que invadió Ucrania; y, por supuesto, Nicolás I (18251855), protector de las minorías cristianas del Imperio otomano, fustigador del decadente Occidente, creador de la policía del Estado, cuyo retrato preside la oficina de Putin, y del que el ministro de Educación Serguéi Ureshov enunció en su momento la trilogía de la autocracia, la ortodoxia y el principio nacional.

En Moscú se bendicen (en el sentido literal del término) los misiles nucleares y los nuevos submarinos estratégicos rusos de la clase Borei tienen nombres propios; los de los grandes príncipes de la Rus de Kiev: príncipe Oleg, siglo IX; príncipe Vladímir, siglo X; Vladímir Monomaj, siglo XII; Yuri Dolgoruki, el fundador de Moscú, siglo XII. Y los de otros grandes héroes nacionales como Alexander Nevski, santo de la Iglesia ortodoxa del siglo XIII; el príncipe Pojarski, que liberó a Moscú de la ocupación polaca en el siglo XVII. Y, finalmente, el generalísimo Suvórov, el último jefe del Imperio, brillante estratega que nunca probó el sabor de la derrota y murió en el año 1800, o el emperador Alejandro III, nombre del gobernante que pasó a la historia por su política de reforma y contrarrusificación del Imperio llevado a cabo en el siglo XIX.

¿Qué hay del estalinismo? Putin no ha rechazado su herencia comunista. «No tiré mi carnet del partido, no lo quemé», confesaba[31]. Después de todo, ha impuesto el regreso del himno nacional soviético pese a haber cambiado la letra. Sin embargo, se

cuida de distinguir el leninismo del estalinismo. Al primero lo identifica con la revolución y la anarquía: aludiendo a la posibilidad que teóricamente se ofreció en ese momento a las repúblicas de abandonar la Unión Soviética, el maestro del Kremlin habla de «bomba atómica bajo la casa Rusia».[32] En la Rusia de Putin se celebrará el aniversario del nacimiento de los Romanov, pero no la toma del poder de Lenin. Por el contrario, desde el principio Putin ha mostrado su interés por el estalinismo. Anatoli Sobchak, el alcalde de San Petersburgo, para quien Putin trabajó en su momento, describe la fascinación del exagente del KGB por el popular e independiente líder Serguéi Kírov, cuyo asesinato en 1934 marcó el inicio de las grandes purgas. No es sorprendente, por tanto, que ahora esté llevando a cabo una rehabilitación de Stalin. Esta es la tarea que al parecer ha sido asignada a Olga Vasilyeva, nombrada ministra de Educación en 2016.

Para Putin, dos tradiciones son particularmente importantes en esta síntesis: una es el poder de los servicios secretos, desde la Ojrana hasta el FSB (Servicio Federal de Seguridad, el sucesor del KGB); la otra es la desestabilización de los países del entorno cercano que lleva a cabo, desde principios de la década de 1990, con un viejo *savoir faire*, ya descrito en su momento por Lev Tolstói.

La segunda cara de la movilización de la Historia por parte del Kremlin es la glorificación del pasado de la nación rusa, una Historia en la que esta nación y sus gobernantes no son culpables de ninguna de sus vilezas pasadas. Es cierto que Putin es «impermeable a cualquier noción de culpa», si creemos a Vladímir Fé-

dorovski.[33] Uno de los jueces de la Corte Suprema ha considerado oportuno rehabilitar la práctica de la servidumbre, que no ha dudado en presentar como un vínculo vital para la unidad de la nación. Sin duda, Putin asumiría sin problemas la aspiración de una sociedad «religiosa, heroica y jerárquica» que fue emitida por el ideólogo extremista Alexander Duguin.[34] Una Rusia «gótica».[35]

En Moscú quedó muy claro que los Juegos Olímpicos de 2008 en Sochi se realizaron conmemorando el 150 aniversario del final de las guerras del Cáucaso.* En 2012 se celebró el doble aniversario de la liberación de Moscú (1612) y la batalla del río Moscova (1812). El «Día de la Unidad Nacional», instituido en 2005, conmemora la victoria del príncipe Pojarski sobre el invasor polaco, el comienzo de la dinastía Romanov y el símbolo del fin de los tiempo convulsos. El septuagésimo aniversario de la victoria de 1945, ahora presentada como rusa y no soviética, fue la ocasión de una verdadera fiesta de paralelismos históricos. En el escenario de la batalla de Kulikovo (1380), los cadetes militares rusos proclamaron en 2015: «635 años de victorias - 70 años de victorias». El mensaje era claro y también lo era la conexión establecida entre los guerreros de Dmitri Donskói y los combatientes de la Segunda Guerra Mundial.[36]

Sin duda sincera, esta celebración de la Historia también es, por supuesto, una instrumentalización del pasado: Moscú lucha en Ucrania contra un pretendido resurgimiento del nazismo; Rusia estaría dispuesta a tomar los mandos de una gran coalición análoga a la de 1940 en Oriente Medio. En cuanto a las discre-

pancias con Ankara en Siria, se trataría de una especie de *remake* de la confrontación secular con el Imperio otomano, el cual, en caso de que esta se agudizara a pesar de la reconciliación táctica (¿provisional?) de 2016, se presentaría sin duda al pueblo ruso como una nueva misión histórica. Continuidad también en la forma en la que Rusia pretende mostrarse como si constantemente tuviera que repeler los asaltos de Occidente, desde Étienne Báthory hasta George W. Bush, pasando por Napoleón Bonaparte y Adolf Hitler. Un especialista en el país se permite escribir:

> Más de veinte años después de la caída del régimen comunista, la sociedad rusa no es capaz de movilizarse para repensar su historia en profundidad y de manera crítica. El discurso oficial, dirigido a la autocelebración, parece alejar definitivamente la posibilidad del arrepentimiento colectivo. Los crímenes del régimen son suplantados por la sublimación de episodios que nutren el orgullo nacional.[37]

Estamos presenciando también «el advenimiento en Rusia de una memoria posmoderna capaz de ver al zar Nicolás II como un santo y al mismo tiempo mantener el mausoleo de Lenin en la Plaza Roja».[38]

Ahora el poderío ruso se permite ir más lejos, porque el tercer y último eje de la movilización de la Historia es la reescritura del pasado. Vladímir Medinski defendió su tesis sobre «la falta de objetividad de los académicos extranjeros en el estudio de la historia rusa».[39] Ahora puede poner en práctica su propio *«savoir»*. El estalinismo está en plena rehabilitación. En los nuevos libros de texto rusos, las purgas de 1937, las deportaciones y el Gulag no son más que pasos dolorosos pero necesarios en la construcción del Estado moderno. Las reformas de Stalin se asimilan a las

de Pedro el Grande. Serguéi Buntman, cofundador de la primera estación de radio independiente soviética en 1990, afirma: «Esta nostalgia por el pasado ha sido amplificada por los medios y el culto de la URSS, que se celebra a través de películas antiguas. Hemos empezado a olvidar lo que fue la Unión Soviética».[40] El Pacto Ribbentrop-Mólotov es justificado ahora *a posteriori* por las autoridades rusas y la existencia de su anexo secreto se esconde bajo la mesa: Rusia prefiere hacerse pasar por víctima que por culpable. En 2009 el gobierno creó una «comisión presidencial para contrarrestar los intentos de falsificación de la Historia en detrimento de los intereses de Rusia». No estamos muy alejados de Orwell. La «ley sobre la invasión de la memoria histórica [...] de la Segunda Guerra Mundial», aprobada en 2014, prevé juicios penales en caso de impugnación de la versión oficial de la Historia. El fiscal general de Moscú abrió en 2015 una investigación sobre la legalidad de la independencia de los países bálticos, «liberados» por Moscú en 1945.* La asociación Memorial, creada en 1989 por Andréi Sájarov, se encuentra en dificultades frente al poder ruso: ha sido acusada de alta traición por el Ministerio de Justicia. La intervención de la URSS en Checoslovaquia en 1968, según un documental difundido en 2016 en la televisión rusa, se justificó por la inminencia de un golpe de Estado prooccidental. Ese mismo año, el día del septuagésimo séptimo aniversario de la invasión alemana, el Tribunal Supremo ruso confirmó la condena de un *blogger* por «rehabilitación del nazismo», ya que se había atrevido a recordar que Alemania y la URSS habían invadido Polonia en 1939. El director de los Archivos Nacionales

se vio obligado a dimitir por permitirse recordar que la Historia de los «veintiocho de Panfílov», los héroes de la Gran Guerra Patriótica, no era más que un mito. Y los medios rusos cuestionan hoy la validez de la independencia de Finlandia en 1917. Definitivamente, Rusia tiene un pasado cada vez más impredecible.

CRIMEA, DONBASS, SIRIA: LAS MISMAS BATALLAS

> Todo en Crimea recuerda nuestra historia y nuestro orgullo común. Es el lugar del antiguo Quersoneso, donde fue bautizado el príncipe Vladímir. Su elección espiritual, el de la adopción de la Ortodoxia, creó las bases de la cultura, la civilización y los valores humanos que unen a los pueblos de Rusia, Ucrania y Bielorrusia. Y es también aquí donde se encuentra Sebastopol, una ciudad legendaria con una historia excepcional, una fortaleza que vio nacer a la armada rusa del mar Negro. Crimea es Balaklava y Kerch, Malájov Kurgán y el monte Sapun. Cada uno de estos sitios tiene un lugar en nuestros corazones, cada uno de ellos simboliza la gloria militar y el valor excepcional de Rusia.[41]

Esas fueron las palabras de Putin cuando en 2016 hizo construir una enorme estatua del príncipe Vladímir frente al Kremlin. Había que marcar distancias con la que existía desde hace años en Kiev. Crimea es «sagrada» para Rusia «como lo es el Monte del Templo para los musulmanes y los judíos», afirmó.[42]

Sucede también que el acontecimiento mítico de 988 es en realidad «un bautismo que hace mil años tuvo lugar, o no, en el territorio de un imperio que en aquel momento era una especie de *melting-pot* de vikingos paganos y jázaros judíos», según narra la divertida descripción hecha por el gran historiador Timothy Snyder[43]. Cualquier relato nacional puede tener una parte de mito, de «novela». Pero no es solo gracias a un truco de magia político-intelectual que Moscú puede apropiarse de la Rus de Kiev, a la que presenta como la cuna del país. «En el Quersoneso

se hallan las fuentes bautismales originales de Rusia», afirma Putin.[44] Pero la Rus de Kiev o la Rutenia kieviana existente entre los siglos IV y XIII constituye la matriz común de todos los pueblos eslavos orientales, por lo que es tanto el antepasado de Ucrania, como de Rusia y Bielorrusia. A este ritmo, Alemania podría reclamar la región de Champaña (en Francia) alegando que en 498 se produjo allí el bautismo de Clodoveo.

Si creemos este relato, la existencia misma de Ucrania sería prácticamente un accidente histórico y Crimea un injusto regalo hecho a Kiev con motivo del tercer centenario del Tratado de Pereyáslav, que vinculaba Ucrania a Rusia. En 2014, Putin recordó la feliz decisión, dijo, de Catalina la Grande, de anexionar a Rusia el sur de la actual Ucrania. Por el contrario, se estigmatiza a los bolcheviques («que Dios los juzgue») que aceptaron que la tierra de Rusia formara parte de un Estado independiente. Resultado: a ojos de Putin, las fronteras de este país, internacionalmente reconocidas, no son sino «arbitrarias».[45] No es de extrañar, por tanto, que desde entonces a las dos provincias del Donbass se las conozca como una «Nueva Rusia», es decir, la región del Imperio zarista entre los años 1721-1917 y hoy en día la confederación secesionista, proclamada el 22 de mayo de 2014.

A ojos de Moscú, Ucrania es doblemente ilegítima: no solo porque es un Estado artificial, sino porque además está gobernada por fascistas. «Para la propaganda del Kremlin, los líderes de Ucrania han pasado a ser *banderovtsy* y «nazis», mientras que Rusia ha recuperado el papel que ostentaba de 1941 a 1945, luchando una vez más contra los fascistas.[46] La banda de San Jorge que

se inspira en la Orden Militar Imperial de San Jorge, reinstaurada en Moscú en 2005 después de la Revolución Naranja, se ha convertido en el obligado atributo de la «resistencia». Y la guerra en Ucrania ha despertado en Europa central el viejo proyecto *Intermarium* (la unión de países entre el Báltico y el mar Negro) tan próximo a la Liga prometeica del mariscal Piłsudski.

¿Y qué pasa con la lucha contra Dáesh? Pues es, una vez más, una nueva versión de la guerra contra el nazismo. Además, para los aduladores del Kremlin, la intervención en Siria es también un combate de orden religioso, que se reconecta con la «misión histórica» rusa consistente en la protección de los cristianos de Oriente y junto a ella, de forma más reciente, con la protección por parte de Moscú de las dictaduras árabes laicas (el «campo progresista» de la Guerra Fría: Egipto, Siria). El arcipreste Vsevolod Chaplin, que entonces estaba a cargo de las relaciones con el patriarcado de Moscú, habló de una «lucha sagrada» contra el terrorismo.[47] El diputado Semión Bagdasarov añadió durante una intervención en la televisión rusa que «Siria es una tierra santa. Esta tierra es nuestra. Es desde aquí que nos ha llegado la civilización. […] Los primeros monjes nos llegaron desde Antioquía. […] Si Antioquía no existiera, no habría ortodoxia ni Rusia. ¡Es nuestra tierra!».[48] Olvidando —o simulando no creer— que la ciudad de Antioquía se encuentra… en Turquía.

La popularísima cantante Zhanna Bichevskaya entonaba en la televisión nacional: «Vamos a hacer regresar a Rusia a Sebastopol la rusa / la península de Crimea volverá a ser rusa / Que vengan a nosotros el majestuoso Bósforo, Constantinopla / ¡Y la reliquia

del mundo, Jerusalén!». Sorprendentemente, el recuerdo de la Guerra de Crimea (1853-1856), cuyas causas inmediatas fueron los respectivos derechos de los católicos romanos y cristianos orientales en Tierra Santa —Francia y Rusia eran sus respectivos campeones—, apenas ha sido resucitado en el debate público. Ya llegará, sin duda. Como también lo hará el recuerdo del compromiso de 1774 con el Imperio otomano (Tratado de Küçük Kaynarca), cuando Moscú dejó caer a su aliado sirio a cambio de concesiones en… Ucrania y Crimea, luego anexionada por Catalina la Grande.

LOS BALCANES Y EL EXCEDENTE DE HISTORIA

«¡Serbios! ¿Sabéis que hoy es Vidovdan?[49] Estas fueron las últimas palabras de Slobodan Miloševi ć en el suelo de su patria el 28 de junio de 2001. Vidovdan, el día más sagrado del calendario nacionalista serbio. Ese día, la justicia internacional apagó la mecha que Miloševi ć había encendido doce años antes, cuando animó a sus compatriotas a conmemorar la batalla del Campo de los Mirlos, una derrota gloriosa —pero presentada como una victoria— del príncipe Lazar en Kosovo, la sede del patriarcado ortodoxo serbio.

La violencia que actualmente invade a las sociedades del mundo árabe tiende a eclipsar demasiado rápido el recuerdo del descenso a los infiernos de una parte de Europa hace poco menos de dos décadas. Antes de juzgar condescendientemente las guerras medievales de Oriente, puede sernos útil echar una mirada retrospectiva a los Balcanes.*

Aunque sus raíces se encuentran en la crisis de legitimidad del

marco de la política yugoslava y en un largo período de marasmo económico, las guerras de Yugoslavia también han «emergido de un desbordamiento de memoria», afirmó elocuentemente un historiador francés, haciéndose eco de la célebre frase de Winston Churchill de que la región «produce más historia de la que puede consumir».[50] En el mismo momento —y no es totalmente una coincidencia— en el que Francia y el Reino Unido intentaban engatusar a la Alemania unificada en una nueva unión, los espectros de la década de 1940 resurgieron en el continente de una manera brutal y espectacular.

En 1992, cuando la Guerra de Bosnia apenas comenzaba, Jacques Rupnik se lamentaba de que «la televisión de Zagreb presenta cada noche imágenes de *chetniks* barbudos, cubiertos por un sombrero negro adornado con el águila blanca, que aterrorizan a los croatas, mientras que las emisiones de Belgrado emiten durante las horas de máxima audiencia documentales sobre las fosas comunes de mujeres y niños de 1941 a 1945».[51] «¡Alemania nos está atacando por tercera vez en un siglo!», exclamaba indignado el ministro de Defensa yugoslavo.[52]

Lo que vino después ya lo sabemos: los campamentos de la región de Prijedor, el martirio de Vukovar, el descenso de las bandas armadas por el valle de Drina para violar y masacrar a sangre fría a miles de bosnios, fueron los enclaves de un calvario, abandonados por las fuerzas occidentales. Fue, dijo el general Ratko Mladić, una venganza contra los turcos, responsables de intentar convertir a la fuerza a una gran parte de la población cristiana del Imperio otomano. En su novela *El puente sobre el Drina*

(1945), Ivo Andrić cuenta la historia de la región a través de esta espectacular construcción, que conecta las orillas serbia y bosnia del Drina. Es precisamente en este lugar donde las milicias serbias se tomarán la revancha, repitiendo las torturas infligidas por los otomanos, pero esta vez en sentido inverso.*

Todo esto viene acompañado, aquí también, de una limpieza cultural: Dubrovnik, el puente de Mostar, la biblioteca de Sarajevo. Por no mencionar los abusos, algunos más limitados, de las milicias croatas y kosovares, o los de los yihadistas reclutados por el presidente bosnio Alija Izetbegović («la brigada El Mujahid»).

Echar un vistazo a la personalidad de Radovan Karadžić nos resume muchas cosas. Psiquiatra, poeta deseoso de seguir la estela de su glorioso homónimo del siglo XIX, Vuk Stefanović, que resucitó la cultura de las gestas épicas serbias, escritas principalmente contra los turcos. Ya en 1971, describió en verso un Sarajevo «ardiendo como una barra de incienso». Acusado de genocidio por el Tribunal Penal Internacional para la ex-Yugoslavia, fue arrestado en 2008 mientras llevaba una vida tranquila de gurú de la New Age, con una larga barba blanca, ejerciendo las funciones de sanador especializado en la imposición de las manos en los genitales para aumentar la fertilidad masculina, y sumido en la exaltación de las virtudes de la *tihovanje*, una forma de meditación practicada por monjes ortodoxos. Estaremos de acuerdo en que encarnó mal la Ilustración y la racionalidad occidental. Hay que imaginarle, en el verano de 1992, recitando su poema desde las colinas que dominan la capital de Bosnia, mientras a su

lado estaba Eduard Limónov, el gran escritor nacionalista ruso, sin duda embriagado por el cálido ambiente de la camaradería paneslava y aprovechando la oportunidad de disparar algunos cohetes contra la capital bosnia.[53]

¿Y hoy? En Bosnia, la guerra no ha sido objeto de ningún trabajo de memoria. En las escuelas, a cada comunidad se le sigue enseñando que fue el otro el agresor y que, por lo tanto, sigue siendo el enemigo.* En Višegrad, las autoridades serbias han borrado la palabra «genocidio» del monumento erigido por los bosnios. En Kosovo, la toman con las iglesias ortodoxas.

Más al sur, no se quedan atrás. Como sucedió en la Yugoslavia de Tito, la Turquía kemalista ha enterrado el pasado otomano. Ahora, el nuevo «año cero» es 1071: es la batalla de Mazinkiert la que marca la victoria de los seleúcidas en Bizancio y la entrada de los turcos en la península. Recep Tayyip Erdoğan se considera el nuevo Mehmet II.* Siendo alcalde de Estambul, actualizó al gusto moderno la conmemoración de la toma de Constantinopla (1453) y, al convertirse en presidente, la convirtió no solo en un espectáculo grandioso, sino en la referencia principal de los libros de texto de Historia. «Estamos reconectando con nuestra historia», declaró con orgullo el primer ministro Ahmed Davutoğlu en 2016, durante la celebración del centenario de la victoria otomana de Kut Al Amara que precedió a la inauguración, un par de semanas más tarde, del puente Yavuz Sultan Selim, que conecta las dos orillas del Bósforo y lleva el nombre del primer califa turco (1517).[54] Erdoğan fustiga a los «nuevos Lawrence de Arabia» y llega a afirmar que «todos los conflictos en la región

tienen su origen en lo que sucedió hace un siglo».[55] Ni siquiera importa que T. E. Lawrence fuera contrario al Acuerdo Sykes-Picot. Con anterioridad ya se había sugerido que la Segunda Guerra Mundial no había terminado en Asia: Turquía es el primer lugar donde aún no ha terminado.[56] Y lo que comienza ahora es la venganza contra Occidente.

Erdoğan se deja llevar a veces por extrañas proyecciones. «¡Kosovo es Turquía, Turquía es Kosovo!». Lo proclamó hace unos años a riesgo de alimentar la paranoia de los Balcanes, utilizando un eslogan ampliamente en Belgrado («Kosovo, es la Serbia).[57] Estos comentarios a veces resultan involuntariamente ridículos: según él, habrían sido los marinos musulmanes quienes descubrieron América, tres siglos antes que Colón. En Ankara, ya lo hemos dicho, se reclama Crimea, «la tierra de nuestros antepasados» y se discute sobre el retorno de Santa Sofía de Constantinopla a la fe musulmana. Y si se trata de intervenir en Siria, será bajo el pretexto de proteger la tumba del sah Solimán (siglo XIII). Pero la herencia otomana solo se endosa de forma selectiva: nada de plantearse un arrepentimiento por el genocidio armenio.

LA UNIÓN EUROPEA Y EL RETORNO DE LO REPRIMIDO

¿Y qué pasa en Europa? No es sino desde el comienzo de la gran crisis que se inició en 2011, y de la que casi cada año presenciamos un nuevo episodio (Grecia, euro, migraciones, terrorismo, Brexit…), cuando los fantasmas del pasado nos han alcanzado de verdad.

En el seno de la Unión Europea se asiste hoy a una especie de

liberación de lo reprimido. Las referencias negativas al pasado de Alemania han reaparecido: se habla de países del Eje o del *diktat*, y algunos medios satíricos no temen ornar a la cancillera Merkel con un casco puntiagudo o un famoso bigote. En 2016, con toda la delicadeza de la que es capaz, Boris Johnson comparaba el proyecto europeo con el de Adolf Hitler.

El pasado de Alemania se pone particularmente de manifiesto desde el momento en que Grecia ha expuesto sus quejas a Europa. Manólis Glézos, el hombre que descolgó la bandera nazi del Partenón en 1941, se ha convertido en el diputado más famoso de Syriza. El primer ministro Alexis Tsipras lo reafirmó en 2016: ¿Europa quiere hacer pagar a Grecia? Perfecto, es Alemania la que pagará. Ella «reparará». Se le reclama el reembolso del oro robado por los alemanes de los cofres del Banco de Grecia, el de los préstamos forzados y también el de las reparaciones, que ascienden a 300.000 millones de euros. El historiador Johann Chapoutot nos da una clave para poder entender el problema al decir hasta qué punto, a partir del siglo XIX, Alemania encontró su inspiración en Atenas al igual que Francia había encontrado en Roma su referencia. Pero el descubrimiento de la Grecia moderna fue una desilusión traumática para las tropas alemanas, que se resolvió con «una ocupación absolutamente terrible basada en un desprecio racial horrendo y en el nacimiento de un odio recíproco que aún permanece vivo».[58]

Por su parte, cuando los europeos le piden a Berlín que relaje su política presupuestaria, Berlín contesta que se ocupen de sus responsabilidades históricas: «Ustedes, los vencedores de la Se-

gunda Guerra Mundial, querían la independencia de nuestro banco central. Son ustedes quienes impusieron a Alemania una Constitución que prohíbe actuar en el Bundesbank y es mi deber como canciller hacerla cumplir», dijo la canciller Angela Merkel, casi llorando.[59]

El peso del pasado ha aumentado todavía más con la crisis migratoria. Nigel Farage, líder de la campaña del Brexit, se puso una corbata estampada con el *Tapiz de Bayeux*, que narra la invasión normanda de Inglaterra (1066). «Es la última vez que Inglaterra ha sido conquistada»,[60] parecía decir. Mientras el turco amenaza con abrir las compuertas, el griego, el serbio y el austríaco se muestran como los nuevos guardianes de la Europa cristiana y blanca: la invasión debe detenerse en Viena. «¡Yo soy Charlie… Martel!», dice jocoso Jean-Marie Le Pen, mientras su hija compara la afluencia de refugiados con las invasiones bárbaras del siglo IV. Es cierto que en 2004 el comisario Fritz Bolkestein había dado ejemplo: se opuso a la apertura de las negociaciones de adhesión con Turquía esgrimiendo el fantasma de una islamización de Europa. De lo contrario, «el rescate de Viena habría sido en vano».[61] ¡«Los turcos a las puertas de Viena»!, es el títular que encabezó un semanario austríaco al principio de estas negociaciones.[62] Hasta ahora nos hemos abstenido de exhumar el recuerdo de la igualmente decisiva batalla de Lepanto (1571), que vio cómo la Liga Santa y los turcos otomanos se enfrentaban a mar abierto. No habrá que esperar demasiado.

En cuanto al grave incidente ocurrido frente a la catedral de Colonia la noche del 31 de diciembre de 2015, lo cierto es que

despertó fantasías y figuras que se creían extintas: las de la violación de Europa por el salvaje. Unas semanas más tarde, el semanario polaco *wSieci* mostraba en portada a una mujer rubia cubierta por la bandera europea y atacada por dos hombres de piel oscura, con la siguiente leyenda: «La violación islámica de Europa». Una imagen que reproduce uno de los cánones de la iconografía nazi y fascista.

De hecho, en Alemania la crisis migratoria hace resurgir la historia de la década de 1940: el Holocausto, el regreso de los prisioneros de guerra, la llegada de refugiados del Este, el cierre de la República Democrática Alemana.*

En dos ocasiones, durante los últimos diez años, Europa ha visto cómo su siglo XX se le echa encima y es la existencia misma del proyecto europeo en tanto que construcción histórica lo que se cuestiona. «Europa puede salir de la Historia, puede romperse, el proyecto europeo puede morir —y no en unas pocas décadas, no en unos pocos años— muy rápidamente, si no somos capaces de enfrentarnos al desafío de la seguridad», declaró en 2016 el primer ministro francés.[63]

Al mismo tiempo, también los nuevos nacionalismos de Europa del Este juegan, cada vez más, con la Historia.

En los países bálticos, «la guerra no se detuvo en 1945, sino en 1991», y el pasado se mezcla expresamente con el presente (ahora la amenaza se llama literalmente «Putler» [de Put(in) + (Hit)ler]).[64] No diremos que faltan monumentos conmemorativos. Lo que es una lástima es que no mencionen la res-

ponsabilidad de los propios bálticos en el genocidio judío, una historia borrada por la ocupación soviética.

En Polonia, el código penal de 2006 castiga cualquier «difamación» o «calumnia» de la nación. El expresidente Jarosław Kaczyński puso en marcha una «política de memoria» diseñada para encomiar el heroísmo y el espíritu de sacrificio de los polacos y prohibir cualquier referencia a los «campos de exterminio polacos». Hoy, Kaczyński, el político más influyente del país, sigue «obsesionado con el pasado».[65] Intenta probar que la muerte de su hermano, en aquel entonces presidente, en un accidente aéreo en 2010, se debió a un complot ruso. Por haber afirmado que los polacos habían matado a más judíos que nazis, al historiador Jan Tomasz Gross se le retiró la Orden del Mérito, una medalla que le había sido otorgada en 1996 para premiar, precisamente, sus estudios sobre los judíos polacos. Fue él quien reveló que la Masacre de Jedwabne (1941) no había sido cometida por los alemanes, sino por sus compatriotas. Hoy, el presidente del Instituto de la Memoria Nacional, Jarosław Szarek, niega cualquier responsabilidad polaca en el pogromo, afirmando que «el totalitarismo alemán asume la plena responsabilidad de esta masacre».[66] Al mismo tiempo, se proclama a Jesucristo como el «rey del país» durante una ceremonia que tuvo lugar en Cracovia, en presencia del presidente de la República.

En Hungría, el nacionalcristianismo de Viktor Orbán también coquetea peligrosamente con el revisionismo: se borra el colaboracionismo, se le desvincula de cualquier responsabilidad en la deportación de judíos. Y se empieza a soñar con el Imperio de

nuevo. Cualquiera que ignore el trauma de la partición del Imperio, «y haga oídos sordos a las voces de los jóvenes húngaros que viven en otros países», o haga campaña contra la doble nacionalidad (propuesta por Budapest a los antiguos súbditos del Imperio desde 2004), «no es una persona decente», dice Orbán, haciéndose eco del famoso dicho de Vladímir Putin que afirma que aquel que no se arrepiente de la pérdida de las antiguas repúblicas soviéticas «no tiene corazón».[67] En 2014, Orbán erigió un monumento que simboliza la invasión alemana de la «inocente» Hungría.

En Croacia se ha encontrado una fotografía del historiador revisionista Zlatko Hasanbegović, ministro de Cultura hasta 2016, vestido de *ustachi*. En 1990 había publicado un estudio que llevaba por título el *Estado independiente de Croacia* y que ilustra un artículo en el que se lloraba «el martirio de los valientes *ustachis*[*] No tuvo reparos en participar en la conmemoración de la Masacre de Bleiburg.[**] Un cuarto de siglo después de proclamar su independencia, Croacia, al igual que sus vecinos, no ha conseguido saldar las cuentas de su pasado. Los fantasmas de los *ustachis* volvieron a frecuentar el palacio presidencial de Pantovčak y los ministerios de Zagreb.

En Bucarest, tras una fachada del progresismo —la de varios políticos de primer nivel que pertenecen a minorías—, la palabra de moda es «rumanismo», y recobra fuerza una visión tradicional, idealizada y nostálgica de la identidad nacional y la ortodoxia.

Mientras tanto, los separatistas europeos, atraídos por la

perspectiva de una desintegración de la Unión Europea, celebran sus batallas históricas con mucho mimo: para los catalanes es la derrota de Barcelona (1714); para los escoceses, la victoria de Bannockburn (1314).

¿Y en Francia? Los dos agujeros negros de la memoria contemporánea, Vichy y Argelia, han sido durante mucho tiempo temas tabú. Hay que decir que después del período gaullista lograron tener un presidente con ganas de llevar a Francia a la modernidad y la liberación de su carga histórica (Valéry Giscard d'Estaing) y otro cuyo pasado personal, en relación con estos dos temas, no condujo realmente a un examen sereno de conciencia (François Mitterrand). Sin duda, esa es la razón por la cual nuestros recientes debates conmemorativos han estado tan animados.

Pero Francia, donde la refundición de los programas de Historia es el deporte nacional, también está regresando cada vez más a las mieles de la Historia patriótica. Los candidatos para las elecciones presidenciales de 2017 se vieron acosados por referencias a mitos nacionales, desde los galos hasta el bautismo de Clodoveo. François Fillon incluso eligió situar a la Historia en el centro de su visión política: «¡Anudar de nuevo los hilos de la Historia! Encontrar nuestras raíces para comprender nuestro pasado y así proyectarnos en el futuro. […] Debemos estar orgullosos de nuestro país para superar los obstáculos que nos pone delante un nuevo mundo dispuesto a sacarnos de la Historia».[68] Si nos dejamos llevar por su imagen personal, que encarna una modalidad de tradición francesa, ¿podemos entender el éxito de su candidatura como una venganza de la Historia, especialmente por-

que su principal rival quería, por el contrario,«mirar hacia el "futuro"?».[69]

Comprensible en principio, el deseo de volver a una visión heroica de la Historia puede derivar en ocasiones hacia lo grotesco, como cuando una figura de la derecha tradicional se empecinó en «repatriar» con gran pompa «el anillo de Juana de Arco». O cuando un diputado presentó un proyecto de ley proponiendo que la República se disculpara con los reyes de Francia por haber mancillado sus tumbas en 1793. Entonces, afirma el historiador Patrice Boucheron, «cuando uno, cojeando, busca un apoyo en el pasado, en la nostalgia artificial de una "gran Francia", no es tanto la Historia lo que necesita, sino más bien una muleta histórica. [...] Lo que se afirma [en libros como *Métronome*] no pertenece a la Historia en tanto que saber. Se trata solo de una especie de literatura de bienestar que tranquiliza, que alivia, que protege».[70] La *mantita* a la que hacíamos mención anteriormente (véase el capítulo 3).

¿Y qué hay de América, la tierra del optimismo y el futuro triunfante, el «país sin fantasmas» descrito por el antropólogo chino Fei Xiaotong en 1944? Una buena parte de su población, en su mayoría «blanca», que vive en áreas rurales o en áreas afectadas por la desindustrialización, se dejó llevar en 2016 por la seducción regresiva del *trumpismo*. El candidato prometió erigir un muro pagado por el vecino México y cerrar la puerta a los musulmanes. Donald Trump es el campeón del «mundo de ayer»: los mineros del carbón y sus familias se encuentran entre sus votantes más motivados. En cuanto a su proyecto de política exte-

rior, se basa directamente en la fuente del aislacionismo, el proteccionismo y el mercantilismo del siglo XIX.[71] Por tanto, no tiene nada de peligroso ¿No? Excepto cuando uno se da cuenta de que también encarna la retrocultura admirada por el polemista estadounidense William S. Lind, que no solo quiere acabar con la inmigración y el multiculturalismo, sino también con el rock y la homosexualidad. Y, sobre todo, la victoria de Trump también ha liberado un discurso de supremacía «blanca» que no tiene complejos en hacer referencia a los códigos del hitlerismo.[72]

5

DEL BUEN USO DEL PASADO

Los que creen que con el tiempo se cierran todas las heridas se equivocan.

GERRIT W. GONG,

«The beginning of History», 2011

La historia atormenta hasta a las generaciones que se niegan a aprenderla.

ARTHUR M. SCHLESINGER,

The cycles of American History, 1986

La historia no solo debe hacernos más razonables (para la vez siguiente), sino sabios (para siempre).

JACOB BURCKHARDT,

L'étude de l'Histoire, 1870

No soy prisionero de la historia. […] No tengo derecho a dejarme atrapar por las determinaciones del pasado.

FRANTZ FANON,

Peau noire, masques blancs, 1952

Así, más de veinticinco años después del fin de la Guerra Fría y la aparición de la Unión Europea, las pasiones ancladas en la Historia se han transformado y se afirman cada vez más como un resorte esencial de las luchas de poder internacionales.

Frente a este desafío, la primera etapa es conocer y entender esta «inagotable reserva de la experiencia humana».[1] ¿Una evidencia? No en la época en que en Europa el culto a la *memoria* parece haber sustituido al estudio de la *Historia*. No en la era de lo que han llamado «la política posfactual», en la que el gran flujo de información se ha convertido en un *maelström* virtual en el que cualquier distinción entre hechos, comentario, análisis, relato, narrativa y mentira parece cada vez más difícil. Debemos saber lo que nos reserva el pasado.

Por lo demás, cabe preguntarse qué hacer frente a la avalancha de la Historia sobre la escena internacional, para que no llegue a inflamar de forma excesivamente apasionada las relaciones entre los pueblos.

LAS TRAMPAS DE LA ANALOGÍA

Lo primero que hay que hacer es, desde luego, desconfiar de las analogías. Percibir permanentemente «concordancias» en la Historia es «un síntoma del estrecho "presentismo" de una cultura occidental que solo puede ver en el pasado el reflejo infinito de sus propias preocupaciones, una cultura obsesionada por los aniversarios y la memoria [...]. La sabiduría de la Historia no nos llega bajo la forma de lecciones preenvasadas, sino de oráculos cuyas analogías tenemos que intentar aclarar con nuestras dificultades actuales», dice el gran historiador australiano Christopher Clark.[2]

La manera en que los responsables políticos occidentales las usan y abusan de ellas en la elaboración de sus decisiones ha sido estudiada en detalle.[3] En realidad, no existen analogías buenas o malas, sino solo analogías bien o mal escogidas, analogías bien o mal utilizadas, analogías que nos engañan o que nos enseñan el camino.

Pero los malos usos suelen ser más frecuentes que los buenos. Es larga la lista de metáforas históricas inapropiadas o inoperantes que adornan los debates estratégicos contemporáneos. Evocar una nueva Doctrina Monroe, un nuevo Gran Juego o zonas de influencia para describir la geopolítica contemporánea es correr el riesgo de legitimar el siglo XXI según categorías jurídica y di-

plomáticamente obsoletas. Referirse constantemente a la ocupación alemana (1945-1952) para gestionar la de Irak —como lo hacía el administrador americano Paul Bremmer; ¡y eso que era historiador!— probablemente no era la mejor manera de proceder.[4] Invocar Auschwitz a propósito de los Balcanes fue eficaz para Alemania durante la crisis de Kosovo, pero rozaba el insulto a los supervivientes. Y aún hay más, no era nada comparado con el hallazgo del vicepresidente Al Gore, que creyó oportuno evocar en 1989 una «Noche de los Cristales Rotos ecológica» y un «Holocausto ambiental».[5] Hablar de un «Gulag de nuestra época» a propósito de Guantánamo, tal y como lo hizo Amnistía Internacional en 2005, aflige a los que han sobrevivido a los campos soviéticos.[6] Exigir un Plan Marshall resulta muy chic, pero lo único que significa es que hay que poner mucho dinero. Comparar la barrera israelí de Cisjordania con su pretendido equivalente berlinés —incluso aunque el primero, en su mayor parte una valla, sea a veces muy impresionante— es una barbaridad: el Telón de Acero se había concebido para que no se pudiera salir, la barrera de seguridad israelí está construida para que no se pueda entrar. Y evocar un nuevo *apartheid* a este respecto es jurídicamente erróneo y al mismo tiempo políticamente dudoso.

Convocar a los manes de la Gran Alianza de la Segunda Guerra Mundial en relación con la lucha contra Dáesh es inapropiado: hoy en día no existe ninguna de las razones que entonces justificaban un pacto con Moscú. El Estado Islámico no es una amenaza existencial para Europa o Asia. La geografía de los combates no es la de la década de 1940 (la Unión Soviética ocupaba

un lugar central). No tenemos necesidad de recursos militares rusos, que por otro lado no son los mismos que en 1944. En fin, nuestros objetivos difieren, la preservación del régimen sirio sigue siendo más importante para Moscú que la destrucción de la entidad yihadista.

Tampoco estamos ya en los años treinta: no se ha desplomado la economía de ningún gran país, las ligas armadas no desfilan por la calle, el populismo no es el fascismo; el nuevo nacionalismo occidental es mucho más defensivo que ofensivo; nadie desea la guerra. Decir, como John Irving, que Estados Unidos se parece hoy «al Berlín o al Múnich de la época» no le hace justicia a este gran escritor.[7]

En cuanto a Múnich, la analogía última, merece perfectamente la suerte que le reserva el historiador Antoine Marès: «Al activar emoción e indignación, al sustituir el análisis por el tópico, al privilegiar el modo exclamativo en detrimento del reflexivo, Múnich permite economizar inteligencia y complejidad».[8]

Esta conclusión vale para muchas más analogías.

LAS BUENAS «LECCIONES» DEL PASADO

Sin embargo, aunque resulten discutibles como eslóganes políticos, las analogías pueden ser legítimas como herramientas heurísticas.

Hacer referencia a Vietnam, Afganistán o Irak puede ser la mejor o la peor de las cosas. El recuerdo de estas intervenciones puede servir de aviso; pero también puede ser una excusa perfecta para no intervenir. Pasa lo mismo que para 1914: Neville Chamberlain pensaba, en Múnich, que estaba evitando una nue-

va guerra mundial; a la inversa, durante la crisis de Cuba, la misma referencia le resultó positiva a John F. Kennedy, que acababa de leer *Los cañones de agosto* de Barbara W. Tuchman.

El 11 de septiembre de 2001, algunas horas después del derrumbe de las Torres Gemelas de Nueva York, le preguntaban a Henry Kissinger: «¿Es comparable a Pearl Harbor?». Su respuesta fue: «Es peor que Pearl Harbor».[9] Viniendo de un hombre con tanta experiencia, estas palabras permitían anticipar el desenfreno que se avecinaba.

¿Comparar Estados Unidos con Roma? Por qué no, si se trata de entender los límites de la noción de imperialismo aplicada a Estados Unidos, pero también de reflexionar sobre su longevidad y lo pertinente de la excepción americana.[10] Describir el enfrentamiento de 2002 entre Estados Unidos y la ONU como el de dos legitimidades igualmente creadoras de derecho —la costumbre contra la regla— o entre el emperador y el papa, para volver a la metáfora de Pierre Hassner, era también muy esclarecedor.

La imagen de la Guerra de los Treinta Años es útil para comprender el período 1914-1945 en su globalidad, en la línea del historiador británico Ian Kershaw, y es muy adecuada para entender lo que pasa hoy en Oriente Próximo. Se trata de una deconstrucción violenta del orden político iniciada con el empuje de poderosas fuerzas ideológicas y religiosas, y que probablemente durará mucho tiempo.* Sin que por ello se concluya con la nueva Paz de Westfalia, aunque algunos elementos del acuerdo diplomático de 1648 puedan resultar lecciones muy útiles.[11]

Otro ejemplo de reflexión útil por analogía es la del «regreso al siglo XIX». De la misma manera que China y la India estarían a punto de volver a ocupar, en el PIB mundial, la plaza que ostentaban en aquella época, las grandes luchas de poder volverían a ser las que eran antes de la Primera Guerra Mundial: una peligrosa competición entre potencias. De ahí la cuestión de la posible pertinencia de estas referencias a los inicios del siglo XX como previsión de lo que vendrá. ¿La interdependencia económica como freno a la guerra sigue siendo una «Gran Ilusión»?* ¿Es la China de hoy la Alemania de ayer? ¿Es el pasado de Europa el futuro de Asia? Aaron Friedberg y Robert Kagan, cada uno a su manera, escribieron bellas páginas sobre estos temas.[12] En Francia, la primera parte de la obra *L'Ensauvagement*, de Thérèse Delpech (2005), es un magnífico ejemplo de fructífera reflexión sobre las analogías y las coincidencias de la Historia. Comparando el mundo de 1905 y el de un siglo más tarde —el paralelismo es, por otra parte, muy perturbador—, la autora intentaba mostrar que los signos de la catástrofe que se avecinaba eran visibles para quienes quisieran verlos.[13]

Recordar la crisis de 1929 resultó beneficioso para los dirigentes americanos y europeos cuando se produjo la de 2008. Así supieron evitar muchos de los errores de sus predecesores. La analogía histórica ayuda de esta manera a entender la naturaleza humana, a imaginar posibles escenarios, a abrir paso a la reflexión. «Cuando más útil es la Historia es cuando se trata de comprender por qué una situación concreta difiere de otra que superficialmente se le parece», afirma el estratega británico Lawrence

Freedman.[14] «Usada con cuidado, la Historia nos puede presentar alternativas y ayudarnos a formular las preguntas que necesitamos hacerle al presente, avisarnos de lo que puede salir mal», dice Margaret MacMillan.[15]

LAS ILUSIONES DE LA RECONCILIACIÓN

A pesar del aforismo repetido *ad nauseam* del escritor americano George Santayana («los que no se acuerdan del pasado se condenan a repetirlo»), ¿ayuda realmente el recuerdo a evitar que se vuelva a cometer lo irreparable?[16] La firmeza de Jacques Chirac en la crisis yugoslava estuvo quizás inspirada por el recuerdo de la Shoah; ¿no se refería precisamente a la tragedia bosnia en su discurso en el Velódromo de Invierno en 1995? Esto no es cierto.

A menudo se utiliza una frase de Hitler con la que intentaba justificar su plan de exterminio de los polacos: «¿Quién, después de todo, evoca hoy la aniquilación de los armenios?». Sin embargo, la relación de causalidad no es tan mecánica como parece. Citemos la conclusión de un historiador que intentó aclarar la cuestión consultando los archivos disponibles: «Tenía en cuenta la impunidad de la que se beneficiaron los Jóvenes Turcos en su análisis del acontecimiento, pero solo para elaborar una táctica que le permitiera aminorar las reacciones de las naciones ante el genocidio que estaba planificando».[17]

Cuando un Estado es culpable de cometer crímenes en masa, la catarsis, la justicia, el arrepentimiento y el recuerdo son *a minima* obligaciones morales para con la memoria de los muertos y el dolor de los supervivientes. También son necesarios para el

equilibrio de una nación. Alemania lo ha hecho de manera ejemplar; Japón, Francia, Sudáfrica, han conocido este proceso. Rusia, Turquía y sobre todo la China lo han evitado, y no es por casualidad que hoy naveguen entre la negación de culpabilidad y el delirio revisionista.

Cuando dos bandos han combatido, en cambio, el recuerdo y la reconciliación no siempre son compatibles.

Europa, tan crítica consigo misma hoy en día, ha dado no obstante algunos magníficos ejemplos acerca de cómo mejorar las relaciones bilaterales (entre Francia y Alemania, desde luego, pero también a principios de la década de 1990 entre Alemania y Checoslovaquia, Polonia y Ucrania, Lituania y Polonia…) basadas en el mutuo reconocimiento de las culpas pasadas sin equiparación abusiva de las responsabilidades históricas. Alemania también dio pruebas, en su actitud hacia Israel desde su creación, de que era posible asumir plenamente sus crímenes históricos sin caer en la expiación perpetua.

Sin embargo, el objetivo de la reconciliación, por muy seductor que parezca, no puede ser sistemático. La palabra «reconciliación» sugiere que los contenciosos bilaterales no son en realidad más que grandes malentendidos o peleas sin importancia. Y, sobre todo, que cada bando es culpable a partes iguales, cuando en realidad los contenciosos son a veces, para utilizar la famosa expresión de Arthur Koestler, enfrentamientos entre las medias verdades y la mentira.

Además, la reconciliación resulta difícil varias décadas después

del conflicto, cuando los relatos de cada bando se han enquistado en la memoria nacional; sobre todo cuando los gobiernos tienen interés en agitar pasiones históricas. Esta es una de las razones por las que Europa no tiene demasiado éxito cuando se presenta en Asia como un modelo.

Las tentativas para redactar libros de texto comunes son encomiables, por ser tan importante la enseñanza de la Historia en la perpetuación de las memorias. Pero los esfuerzos palestino-israelíes o sino-japoneses en este terreno no han tenido mucho impacto político.

LA SABIDURÍA DEL OLVIDO

En la novela de Kazuo Ishiguro *El gigante enterrado* (2015) observamos cómo generaciones de guerras entre bretones y sajones han reducido a los pueblos a la barbarie. Pero ya no tienen memoria: Merlín ha vertido sobre ellos una neblina misteriosa para que pierdan el recuerdo. ¿Se trata de una plaga, como opina el Sajón Wistan, que reclama justicia, o de una bendición, como opina Gauvain el Bretón, que desea la reconciliación? Ishiguro toma partido por Gauvain el Bretón y el texto termina con la promesa de las terribles consecuencias de la restauración de la memoria. «Cualquier sociedad, en mi opinión, se basa en un disimulo colectivo», comenta el autor.[18] Y toma como ejemplo Irlanda del Norte, Bosnia, Ruanda. Y, a la inversa, invoca los ejemplos alemán, japonés, francés y sudafricano. «Si una sociedad no se quiere desintegrar, a veces tiene que dejar atrás su pasado. Pero, ¿por cuánto tiempo? Este es el problema».[19]

Francia, experta en materia de leyes de la memoria, conoció

hace unos siglos una espectacular ley del olvido cuyo texto merece ser recordado:

> En primer lugar, que la memoria de todas las cosas pasadas entre una parte y otra, desde el principio del mes de marzo de 1585 hasta nuestra llegada al trono y durante los demás desórdenes anteriores y hasta la coronación, quedará apagada y adormecida, como si fueran sucesos no ocurridos. Y no les estará permitido a nuestros procuradores generales, ni a ninguna otra persona, pública o privada, en ningún tiempo, ni en ninguna ocasión, hacer mención, pleito o enjuiciamiento [de esta memoria] en ninguna corte u órgano jurisdiccional. Defendamos todos nuestros asuntos, de cualquier clase y calidad que sean, de renovar la memoria, atacarse, sentir resentimiento, injuriar, ni provocar reproches por lo que ya pasó, sin que valga ninguna causa o pretexto para disputar, impugnar, querellar u ofenderse por hecho o por palabra, y, en cambio contenerse y vivir pacíficamente juntos como hermanos, amigos y conciudadanos, bajo pena para los transgresores que serán castigados como infractores de paz y perturbadores del descanso público.

Se trata, desde luego, del Edicto de Nantes (1598). No es el negacionismo, sino el silencio. No es la represión del trauma, sino su aceptación y su marginación como una terapia exitosa.

En una larga reflexión que lleva un título deliberadamente provocativo, David Rieff ataca precisamente el culto al recuerdo.[20] Después de comprobar hasta qué punto podía ser abrumadora la memoria histórica (en Irlanda del Norte, en los Balcanes o en Oriente Próximo), el autor alaba los méritos del olvido.

> La memoria histórica colectiva [...] ha conducido más veces a la guerra que a la paz, al rencor y al resentimiento (una emoción que parece definir cada vez mejor nuestra época) que a la reconciliación, y al deseo de vengarse más que al inicio del difícil perdón. [...] ¿Y si, en vez de anunciar la pérdida del sentido, cierta dosis de perdón colectivo fuera en realidad la condición necesaria a la construcción de una sociedad apacible y razonable, y el recuerdo fuera una empresa políticamente, socialmente y moralmente arriesgada? [...] ¿Y si, por lo menos en algunos lugares y en ciertas ocasiones, el coste humano y social de la exigencia moral del recuerdo fuera demasiado elevado para que mereciera pagarlo?[21]

Según él, la justicia puede ser un obstáculo a la paz. De esta manera aprueba, por ejemplo, la actitud de España y su «pacto del olvido», la Ley de Amnistía de 1977 relativa a los crímenes cometidos durante la Guerra Civil.

Y aprobaría sin duda la recomendación siguiente: «Si los ucranianos me pidieran consejo les diría: "Olvidaos de la Historia"». ¿Su autor? El presidente israelí de la época (2010), Shimon Peres, que sabía mucho de eso.[22] O la del ministro alemán de Asuntos Exteriores Franz Walter Steinmeier, quien, hablando del paralelismo entre la situación en Oriente Próximo y la Guerra de los Treinta años, observa con lucidez que «una lección a extraer de los Tratados de Westfalia es que si se quiere la paz no se puede tener a la vez la verdad, la transparencia y la justicia».[23]

Pero se le puede contestar a Rieff que el olvido no es precisamente una panacea, como demostraron las décadas siguientes en España: las «caravanas de la memoria» a principios de los años 2000, la polémica sobre la beatificación de los curas asesinados, la Ley de Memoria Histórica de 2007, su evisceración en 2011.

Aunque no haya ninguna regla, quizá sí exista un momento concreto para que emerja el recuerdo. Francia tardó en reconocer su responsabilidad en los crímenes de Vichy y durante años siguió pretendiendo que el régimen del «Estado francés» no representaba al país (una tesis jurídicamente válida, pero políticamente inaceptable); pero, ¿lo hubiera podido hacer ya en 1950? El juez Baltasar Garzón atacó al general Augusto Pinochet en 1998; pero si lo hubiera hecho diez años antes, ¿lo hubiera tolerado el ejército chileno?

Puede que haya un tiempo para el olvido y otro para la memoria. Quizás en España se haya tardado demasiado en derribar las últimas estatuas de Franco. Pero, ¿era necesario, en la renaciente Rusia, derribar tan rápidamente todas las de los dirigentes soviéticos, arriesgándose a la aparición del deseo nostálgico de estabilidad y grandeza que Vladímir Putin supo explotar perfectamente quince años más tarde?

EL CONOCIMIENTO DE LA MIRADA DEL OTRO

Henry Kissinger comprendió perfectamente que la Historia es central en la explicación de las relaciones internacionales, y se quejaba de la incultura histórica de los dirigentes americanos.[24] Un reproche algo excesivo —ya que los principales presidentes americanos contemporáneos han sido más bien unos apasionados de la Historia—, pero que recalca el desfase que puede existir entre dos visiones de la Historia. Un analista escribía a este propósito que «la memoria china es demasiado larga, mientras que la americana es demasiado corta.[25]

El conocimiento de la sensibilidad del Otro debe permitir evitar unas torpezas en general inocentes pero a veces cargadas de consecuencias. Se ha mencionado la metedura de pata de George W. Bush en 2002 al evocar una «cruzada». Se puede pensar también en el vuelo que, en 2013, hizo el primer ministro japonés a bordo de un avión con el número 731, sabiendo que esta cifra se asocia de inmediato en Asia a la unidad japonesa que experimentó las armas biológicas del Imperio en los prisioneros. O en la metedura de pata del Pentágono, que no tuvo mejor idea que anunciar en 2016 que el siguiente bombardero estratégico ame-

ricano —que tendría, entre otras funciones, tranquilizar a Japón confirmando que contaba con el apoyo de Estados Unidos— se llamaría *Raider* en homenaje al ataque aéreo que se lanzó sobre Tokio después de Pearl Harbor. En cuanto a Donald Trump, ¿estaba obligado a saber que el aparentemente anodino eslogan «*America First*» puede asociarse con el antisemitismo del movimiento aislacionista que llevaba el mismo nombre en los años 1939-1940, y que la expresión «enemigos del pueblo» evoca inevitablemente a Stalin?

Pero conocer no es reconocer. Se ha repetido hasta la saciedad que era necesario entender la humillación sufrida por Rusia y los pueblos de las excolonias de Oriente Próximo y de Asia. Vale, con tal de no caer en el error posmoderno de considerar que todos los relatos históricos son válidos y, en consecuencia, de no ver que la humillación puede ir en los dos sentidos.* Y de creer a pies juntillas en las mentiras inscritas en el relato de la humillación, se trate del cartel «prohibido a los perros y los chinos» (que nunca existió) o de la promesa supuestamente hecha en Moscú de no ampliar la OTAN (que no es más que un mito).**

Henry Kissinger, antes de ser político, escribió: «¿Quién puede cuestionar la interpretación por parte de un pueblo de su propia historia?».[26] La respuesta es: cualquier historiador serio, con tal de que tenga argumentos válidos para hacerlo. Tanto más cuanto que esta interpretación es a menudo, más allá de las emociones sinceras de los pueblos, el fruto de una instrumentalización política. Hoy, para Kissinger, figura tutelar del realismo —en una versión cínica que Raymond Aron desaprobaba—, se tra-

ta no solo de suscribir plenamente el relato nacional ruso («la historia de Rusia comienza en la Rus de Kiev», dice), sino también de negar el derecho a decidir de los pueblos. En efecto, cuando le dicen a Kissinger que no se puede decidir el porvenir de Ucrania sin contar con sus habitantes, él contesta: «¿Por qué no?».[27] Ni siquiera Putin se atrevería a eso.

Antes que avalar a ciegas el relato promovido por Moscú o Pekín, quizá sea mejor ayudar a las organizaciones no gubernamentales que trabajan a favor del examen del pasado, de la apertura de los archivos, de la recuperación del recuerdo, de la transmisión de la memoria.

LAS VIRTUDES DEL RELATO NACIONAL

«Para poder existir, una colectividad necesita un relato nacional, que reúna una idea de la temporalidad, pero también del espacio», recuerda la historiadora Carla Hesse.[28] La historia patriótica es portadora de beneficios en el terreno de la cohesión social. Por eso no se puede reprochar a los griegos, los rusos, los árabes, los indios o los chinos que busquen en su pasado motivos para estar orgullosos de su historia común.

Pasa lo mismo en Francia. No sin razón un candidato a la elección presidencial de 2016 afirmaba: «Necesitamos estar orgullosos de nuestro país para superar los obstáculos que erige ante nosotros un mundo nuevo, dispuesto a hacer que salgamos de la Historia».[29] No resulta absurdo sugerir, como hace el escritor Denis Tillinac «que a un niño francés cuyos antepasados vienen del Congo, del delta del Mekong o del Aurès es necesario enseñarle que sus antepasados eran galos y que nuestra memoria pa-

triótica procede de Vercingétorix, Clodoveo, San Luis, Juana de Arco y Roldán en Roncesvalles».[30] ¿Reapropiarse de la leyenda de Juana de Arco? Una excelente idea para la izquierda, que la defendió mucho antes que la extrema derecha. ¿Conmemorar Austerlitz, algo que Dominique de Villepin se había negado a hacer en 2006? Por qué no.

Con dos condiciones.

Primera condición, no confundir relato y narrativa, mito y realidad, y recordar que el pasado es siempre una construcción.

La etimología de la palabra «francés» no implica que seamos los descendientes directos de los francos, y nuestros antepasados biológicos tienen poco de galos. Las figuras heroicas de Vercingétorix, Clodoveo, Carlos Martel, Carlomagno y Juana de Arco son reconstrucciones de sus realidades históricas. Luis XIV, Napoleón y De Gaulle tenían su lado oscuro, al igual que Jules Ferry, de hecho.

El error es extraer un acontecimiento de su contexto y hacer de ello un símbolo, modificando a menudo la realidad. «El olvido y, hasta diría el error histórico, son un factor esencial de la creación de una nación, y así es como el progreso de los estudios históricos supone a menudo un peligro para la nacionalidad», escribía Ernest Renan en la década de 1880.[31] Se puede avalar la primera parte de la frase, no la segunda.

En 2016 François Fillon se preguntaba de forma retórica: «¿Por qué aprenden de memoria los niños chinos la lista de las dinastías que reinaron en su país y expresan su orgullo de perte-

necer a una gran civilización, mientras que los jóvenes franceses ignoran partes enteras de su Historia o, peor aún, aprenden a avergonzarse de ella?».[32] La referencia a Pekín no fue la más hábil del mundo, si tenemos en cuenta los métodos de adoctrinamiento heredados del totalitarismo comunista usados allí. Pero da igual. ¿Por qué, se le puede contestar, se debe tratar de una alternativa? «Al estudiar los hechos históricos, los alumnos aprenden primero a distinguir la Historia de la ficción y empiezan a entender que el pasado es una fuente de interrogantes», afirma el programa de la enseñanza secundaria.[33] El antiguo primer ministro se proponía abrogar este programa, diciendo que «llevarles a dudar de nuestra Historia sería una vergüenza».[34] ¿Una vergüenza? ¿En serio? La duda metodológica es el fundamento del proceso científico. ¿En qué sería incompatible el aprendizaje del sentido crítico con el cariño por una narrativa nacional? Es perfectamente posible emocionarse con la coronación de Reims y relativizar la importancia que tuvo la batalla de Poitiers en la contención de las invasiones árabes. Es posible apreciar a la vez el *Lagarde et Michard* y la Escuela de los Annales,* tanto más cuanto que se ha rehabilitado la Historia «heroica» que pone de manifiesto la importancia del papel de los líderes. Y sobre todo es posible apreciar la narrativa sin tomar al pie de la letra el relato. Y por eso hay que lamentar el carácter radical del desencuentro entre historiadores «reaccionarios» y «modernos».

Segunda condición: no hacer del mito nacional una reivindicación política. El libro *Métronome: l'histoire de France au rythme du métro parisien* no solo es un amable ejercicio cuya lectura distrae y

tranquiliza, es un manifiesto monárquico. Alabar las «raíces cristianas» de Francia no es nada escandaloso, con tal de que se acepte que también son, en diversos grados, célticas, griegas y romanas. Y, sobre todo, con tal de que no se utilice este argumento para volver a hacer casi oficial una religión en particular, por muy dominante que sea, o para establecer una laicidad diferenciada. Un colectivo que denuncia a «los historiadores de guardia» no yerra totalmente al afirmar que el «retorno al relato nacional bajo el pretexto de unificar a los franceses divididos» puede ser «una oportunidad para la recuperación y la instalación de una memoria y una identidad católicas y reaccionarias que rechazan como nulo y sin efecto cualquier punto de vista diferente».[35] El parque temático Puy du Fou, construido junto a un castillo del Renacimiento, es un notable éxito lúdico, pero la celebración del retorno del presunto anillo de Juana de Arco resulta una farsa un pelín nauseabunda.

Por eso la expresión «nuestros antepasados galos» plantea un problema. No se puede olvidar que proviene de los debates político-históricos de la Tercera República (galos contra franceses, Vercingétorix contra Clodoveo). Si se la malinterpreta o se instrumentaliza de modo deliberado, sugiere una concepción biológica del pueblo francés —no en vano se la apropió el Frente Nacional en la década de 1970— e incita a distinguir entre una categoría artificial de «franceses de origen». Tanto más cuanto que los galos vienen descritos, en la historiografía tradicional, como rubios de ojos azules; vamos, para el imaginario colectivo, como

arios.* ¿El afecto natural que todos sentimos por Astérix merece suscitar tales polémicas?

Desde el punto de vista de las raíces históricas, el bautismo de Clodoveo y la gesta del «sagrado» Carlomagno, interesan tanto a Alemania como a la Francia contemporánea, pero nadie piensa en serio que Berlín pueda usarlos para reclamar la región de Champaña. Esta es la enorme diferencia, por ejemplo, con la cuestión de Crimea (véase el capítulo 3).

LOS ERRORES DEL ARREPENTIMIENTO

¿Asumir el pasado, reconocer las culpas como nación? Es lo mínimo que debe hacerse, aunque no sea tan evidente en Moscú ni en Pekín. Ni siquiera en Francia es el trabajo de memoria un esfuerzo permanente. En 2012 el 42 % de los franceses (y la mayoría de los de menos de 35 años) ignoraba lo que fue la redada del Velódromo de Invierno.[36] Un filósofo francés que tiene mucho éxito entre nuestras élites todavía puede escribir tranquilamente: «En lo que se refiere a personajes como [...] Lenin, Trotski, Stalin, Mao Zedong, Zhou Enlai, Tito, Enver Hoxha, Guevara y algunos más, es primordial que no dejemos a los críticos reaccionarios neutralizarlos o negarlos por medio de anécdotas descabelladas que solo quieren crear un contexto de criminalización».*

Legislar en este campo es a menudo azaroso. Penalizar el negacionismo de la Shoah es comprensible: mientras haya supervivientes de los campos de exterminio será insoportable que se niegue la realidad del mayor crimen industrial de masas cometido por los europeos durante el siglo XX. Pero, ¿dónde detenerse?

Eso se preguntaba Pierre Nora hace algunos años: «¿Y cuándo le toca a la guerra de la Vendée? ¿A la Masacre de San Bartolomé? ¿A los albigenses, los cátaros, las cruzadas?».[37] ¿Reconocer que el legado de la colonización no fue solamente negativo? Por qué no, si proporciona aún más credibilidad a su crítica. Pero esto lo debe hacer el historiador, de ninguna manera el legislador.* ¿Considerar la esclavitud como un crimen contra la humanidad? Sin duda alguna, pero hacer de ello una ley, ¿no va a reforzar el comunitarismo? (*Soy un descendiente de esclavos, quiero una reparación.*)

Los responsables políticos franceses saben dar a veces con las palabras justas para definir este sutil equilibrio. El recuerdo no es «una manera de despertar los antiguos sufrimientos, sino, sin olvidarlos, una manera de hacer las paces con el pasado», decía Lionel Jospin en 1999.[38] Es necesario «hacer que la Historia pueda reconocer las heridas sin volver a herir», declaraba François Hollande en 2016.[39]

«No tenemos que olvidar, y no olvidaremos, pero también tenemos que ser libres de tener un futuro normal, de escapar a cualquier "bucle temporal" que nos destine a vivir en un pasado que hemos abandonado hace tiempo». Esta fórmula, expresada por un analista alemán, resume perfectamente los retos.[40]

De la misma manera hay que rechazar el discurso que ve en Occidente al culpable de todos los males, y pedir, por ejemplo, al mundo arabo-musulmán que asuma sus responsabilidades en el desarrollo del yihadismo. Gabriel Martinez-Gros resume bien el problema:

El tercermundismo que nació entre 1950 y 1960 propone una equivalencia entre Historia y Occidente. A su parecer, toda la Historia, sobre todo cuando es criminal, está protagonizada por Occidente. Cuando ocurre algo malo, la culpa la tiene Occidente. Como si nada pudiera ocurrir sin nosotros. Sin embargo, Estados Unidos no es el único responsable de la aparición de Dáesh o Al-Qaeda. Nuestro imperialismo absoluto sobre la Historia nos conduce a una culpabilización absoluta y a una victimización igual de absoluta del islam.[41]

¿MEMORIA EN TODAS PARTES, HISTORIA EN NINGUNA PARTE?

«La reaparición de polémicas recurrentes entre los que quisieran volver a la historia de las glorias de Francia, y los que quieren más bien que se insista en lo vergonzoso de nuestro pasado, muestra claramente que no se ha conseguido encontrar una vía intermedia», escribe un historiador.[42]

¿Realmente hay que buscar esta vía intermedia? Se ha ido demasiado lejos en los excesos de la conmemoración. Y la conmemoración no es la Historia; es más bien lo contrario, dice Paul Garde. La memoria divide y solo la Historia reúne, recalca Pierre Nora.[43] Hoy en día, para nosotros, europeos, el deber de Historia es probablemente más importante que el deber de memoria.* Porque «tanto las deficiencias de Historia como los excesos de memoria desembocan en una sociedad que se divide por culpa del pasado».[44]

Tanto más cuanto que esta memoria es a menudo demasiado selectiva. «[El estudio de los años negros] es la vía por la cual un país se libra de los fantasmas del pasado», afirma otro historiador.[45] Es posible, pero Alain Finkielkraut contestaría con razón que «la famosa historia con la que nos machacan es el olvido de todo lo que no es Hitler».[46]

Aprender y amar el pasado también debe conducir a otorgarle

el sitio justo. En París, en Atenas, en Moscú o en Pekín, la Historia no puede y no debe ser la *ultima ratio* de la reivindicación política.

Por tanto, debemos defendernos de la perversa seducción del romanticismo histórico. ¿En nombre de qué la «amistad histórica» entre Francia y Rusia, o Serbia, debería ser determinante en nuestras elecciones diplomáticas contemporáneas? ¿Por qué debería ser el papel de Estados Unidos en la liberación de Europa hace setenta años un motivo para avalar por principio la política americana? ¿Por qué los mandatos otorgados hace un siglo a Francia sobre Oriente Próximo deberían inspirar nuestra actitud frente al Líbano o Siria? ¿O el argumento del Imperio bizantino influir a favor de la entrada de Turquía en la Unión Europea?* ¿Por qué debería tenerse en cuenta la herencia de la civilización helénica (lo que debemos a Grecia) en la política de Bruselas respecto a Atenas? ¿Son las deudas históricas imprescindibles? Y, ¿qué antiguo mapa, fragmento de vasija o manuscrito medieval legitimarían automáticamente la pertenencia de un territorio serbio, turco, ruso, coreano o japonés a un Estado moderno que reivindicara una lejana herencia?*

Las pasiones históricas pueden ser nobles, con tal de no ser avivadas hasta el exceso por los dirigentes. La distancia del historiador, y la sabiduría del juez cuando sea necesario el arbitraje, deben permitir templarlas. Para no dejarnos llevar por sus excesos tenemos que saber mirar al pasado con los ojos de la razón: aceptar el debate. «La alianza frágil y conflictiva de la modera-

ción y la pasión» es una actitud positiva frente a la venganza de la Historia.[47]

Y esto vale tanto para las naciones como para los hombres. Tienen que permitir que el pasado eche a volar sabiendo que siempre estará ahí, tal como se dejan volar las cenizas del difunto sabiendo que un día alimentaran la tierra, los árboles o a cualquier otro ser viviente.

EPÍLOGO

«Sería necesario contar cómo nació la idea de este libro», me comenta mi editora. De acuerdo.

Lo cierto es que yo no estaba realmente preparado para abordar la cuestión de la Historia en las relaciones internacionales. Como nos sucedió a todos los de mi generación, mi iniciación en la geopolítica se basó en las relaciones Este-Oeste al final de la Guerra Fría. Los principales problemas estratégicos fueron los acuerdos SALT, el despliegue de los euromisiles y la kremlinología. Apenas se le prestó atención a lo que por aquel entonces se llamaba el Tercer Mundo, salvo en términos de relaciones sino-soviéticas, de las pruebas nucleares chinas e indias, las guerras árabe-israelíes o el nuevo rol de los países exportadores de petróleo.

Fue en los primeros compases de mi actividad profesional cuando descubrí el poder de la Historia en la geopolítica. Quedé fascinado por el discurso de Slobodan Miloševi̇ć del 28 de junio de 1989, con motivo del sexagésimo aniversario de la batalla de Kosovo Polje. Poco después tuve la suerte de viajar mucho y conocer a muchos políticos, como parte de mis actividades en la Asamblea Parlamentaria de la OTAN, en el Ministerio de Defensa y en la Fondation pour la Recherche Strategique, y pude así comprender hasta qué punto el peso del pasado era crucial en las relaciones de fuerza internacionales. Lo hice en muchos lugares. En el antiguo *no man's land* del Muro de Berlín, pocos meses después de su apertura, en una atmósfera de «año cero». En Mos-

cú en los últimos meses de la URSS, cuando un taxista predijo que la bandera rusa ondearía pronto en el Parlamento. En Pekín, haciendo cola para visitar el Mausoleo de Mao y tras observar la destrucción que se llevaba a cabo de los últimos *hutong* (callejones tradicionales) a solo unos pasos de distancia. En Bucarest, visitando de noche la desierta Casa del Pueblo construida por CeauȘescu sobre las ruinas del centro histórico. En Salónica, donde trataron de convencerme de que la Macedonia recién independizada no tenía ningún derecho histórico sobre su nombre. En Pristina (Kosovo), al escuchar a albaneses y serbios echar mano de argumentos con más o menos buena fe para mostrar la anterioridad de su presencia en el lugar. En la oficina del presidente croata Franjo Tudjman, una encarnación bastante aterradora del renacimiento del nacionalismo balcánico. En Nueva Delhi, atrapado en medio de una manifestación de hombres vestidos de azafrán, esos nuevos nacionalistas hindúes que llegarían al poder unos años más tarde. En Washington, durante una importante exposición dedicada al final de la Segunda Guerra Mundial, tema de controversia política sobre la «culpa» estadounidense (Hiroshima). En los países bálticos, tan dispuestos a denunciar los crímenes nazis y soviéticos, pero tan poco elocuentes respecto a su contribución al Holocausto. En el Museo Nacional de Riad, para constatar cómo Arabia Saudita trataba de reescribir su pasado. En el Paso de Khyber (Pakistán), donde el fantasma del Imperio británico parece estar aún presente. En Tokio, en el Santuario Yasukuni, donde la pacífica atmósfera del recogimiento contrasta con el carácter terriblemente revisionista del museo adyacente.

En los asentamientos de Cisjordania, en casa de unos colonos convencidos de estar llevando a cabo una obra divina. En Herat (Afganistán), al escuchar a Ismail Khan, el héroe de la resistencia de los muyahidines, mientras contaba cómo los combatientes afganos siempre han rechazado a sus invasores. En la ciudad vieja de Jerusalén, donde el pasado ya no puede afectar el futuro y, donde, frente al Muro de las Lamentaciones, se ha instalado recientemente una atracción de realidad virtual que permite a los visitantes más piadosos imaginar cómo sería el Templo reconstruido.

La idea de este libro se originó hace poco más de veinte años durante una estancia en la Corporación RAND (Estados Unidos), en el transcurso de la cual aproveché la oportunidad para asistir a un curso titulado *Uses of History in Public Policy*. Esta temática ha sido planteada en un artículo homónimo («La Revanche de l'Historie», *Revue des Deux Mondes*, invierno de 2015-2016).

Les doy las gracias a Odile Jacob y a Bernard Gotlieb, que una vez más han depositado su confianza en mí, y a Perrine Simon-Nahum por su lectura cuidadosa y erudita.

Rindo homenaje a dos amigos; uno, Pierre Hassner, que fue mi mentor y con quien comparto a la vez el compromiso a favor del intervencionismo liberal y la visión realista de Raymond Aron;* y la otra, Thérèse Delpech, desaparecida demasiado pronto y con la que compartía sus valores e instintos intelectuales.

NOTAS

INTRODUCCIÓN

1. Toffler, Alvin, *Le Choc du futur*, París, Denoël, 1970. [Hay trad. cast.: *El shock del futuro*, Barcelona Plaza & Janés, 1970.]

2. Lorrain, François-Guillaume, «Et l'empire ottoman fut démembré», *Le Point*, 11 de agosto de 2016, n.° 2292.

3. Taseer, Aatish, «The return of History», *The New York Times*, 11 de diciembre de 2015.

4. Hassner, Pierre, «La revanche des passions», *Commentaire*, verano de 2005, n.° 110. Véase también Moïsi, Dominique, *La Géopolitique de l'émotion*, París, Flammarion, 2008; Badie, Bertrand, *Le Temps des humiliés. Pathologie des relations internationales*, París, Odile Jacob, 2014.

5. Rieff, David, *In Praise of Forgetting. Historical Memory and Its Ironies*, New Haven, Yale University Press, 2016.

6. Perec, Georges, *W ou le souvenir d'enfance*, París, Gallimard, 1975, pág. 17.

7. Montbrial, Thierry, *La Revanche de l'histoire*, París, Julliard, 1985; Callinicos, Alex, *The Revenge of History. Marxism and the East European Revolutions*, Cambridge, Polity Press, 1991; Suny, Ronald Grigor, *The Revenge of the Past. Nationalism, Revolution and the Collapse of the Soviet Union*, Stanford, Stanford University Press, 1993; Milnes, Seumas, *The Revenge of History. The Battle for the Twenty First Century*, Londres, Verso Books, 2012; Benraad, Myriam, *Irak, la revanche de l'histoire. De l'occupation étrangère à l'État islamique*, París, Vendémiaire, 2015; Gardner, Hall, *Crimea, Global Rivalry, and the Vengeance of History*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2015; «Revenge of History», *New Statesman*, 15 de diciembre de 2016.

8. Sicherman, Harvey, «The revenge of Geopolitics», *Orbis*, invierno de 1997; Kaplan, Robert, *The Revenge of Geography. What the Map Tells Us About Coming Conflicts and the Battle Against Fate*, Nueva York, Random House, 2012. [Hay trad. cast.: *La venganza de la geografía*, Barcelona, RBA, 2013.]

1. CUANDO LA HISTORIA COMIENZA DE NUEVO, EL PASADO RESURGE

1. Glenny, Misha, *The Rebirth of History: Eastern Europe in the Age of Democracy*, Londres, Penguin, 1990; Rupnik, Jacques, «Le retour de l'histoire en Europe centrale», *Vingtième Siècle*, octubre-diciembre de 1992, n.° 36; Parmentier, Guillaume, *Le Retour de l'Histoire. Stratégie et relations internationales pendant et après la guerre froide*, Bruselas, Complexe, 1993; Rotschild, Emma, «Globalization and the return of History», *Fore-*

ign Policy, verano de 1999; Kagan, Robert, *The Return of History and the End of Dreams*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2008; Adler, Alexandre, *Le Jour où l'histoire a recommencé*, París, Grasset, 2012; Badie, Bertrand, *Quand l'Histoire commence*, París, CNRS, 2012; Tillinac, Denis, «Islamisme: le retour de l'Histoire», *Valeurs actuelles*, 2 de febrero de 2015; Luizard, Pierre-Jean, *Le Piège Daech. L'État islamique*.

2. «Pierre Hassner, "L'Histoire est devenue plus imprévisible"», *Le Monde*, 7-8 de noviembre de 1999.

3. Finkielkraut, Alain, «Nous vivons la fin de la fin de l'Histoire», *Le Figaro*, 22 de noviembre de 2015.

4. Hamid, Shadi, «The end of the end of History», *Foreign Policy*, 15 de noviembre de 2016; Lowry Rich, «History strikes back», *Politico*, 17 de noviembre de 2016; Macé-Scaron, Joseph, «La débâcle des élites», *Marianne*, 11-17 de noviembre de 2016.

5. Fukuyama Francis, «The end of History?», *The National Interest*, verano de 1989.

6. Fukuyama, Francis, «They can only go so far», *The Washington Post*, 24 de agosto de 2001.

7. Emisión *La Fabrique de l'Histoire*, France culture, 24 de mayo de 2016.

8. Declaración del presidente de la República, 24 de junio de 2016.

9. Liogier, Raphaël, *La Guerre des civilisations n'aura pas lieu. Coexistence et violence au XXIe siècle*, París, CNRS, 2015.

10. Mahbubani, Kishore, y Summers, Lawrence H., «The fusion of civilizations. The case for global optimism», *Foreign Affairs*, 18 de abril de 2016.

11. Kepel, Gilles, *La Revanche de Dieu. Chrétiens, juifs et musulmans à la reconquête du monde*, París, Seuil, 1991. [Hay trad. cast.: *La revancha de Dios*, Alianza Editorial, 1991.]

12. @GerardAraud, Twitter, 7 de julio de 2016.

13. Rosoux, Valérie-Barbara, *Les Usages de la mémoire dans les relations internationales*, Bruselas, Bruylant, 2000; Grosser, Pierre, «De l'usage de l'histoire dans les politiques étrangères», en Charillon, Frédéric (dir.), *Politique étrangère. Nouveaux regards*, París, Presses de Sciences Po, 2002.

14. Hassner, Pierre, «La revanche des passions», art. cit.; Ferro, Marc, *Le Ressentiment dans l'histoire. Comprendre notre temps*, París, Odile Jacob, 2007. Ver también Badie, Bertrand, *Quand l'Histoire commence*, *op. cit.*, y Moïsi, Dominique, *La Géopolitique de l'émotion*, *op. cit.*

15. Valéry, Paul, *Regards sur le monde actuel et autres essais*, París, Gallimard, 1945 [versión digital].

16. Hassner, Pierre, «Nous entrons dans un nouveau Moyen Âge», *Le Monde*, 27 de octubre de 1992; Van Creveld, Martin, «The new Middle Ages», *Foreign Policy*, verano de 2000; Rapley, John, «The new Middle Ages», *Foreign Affairs*, mayo-junio de 2006; Khanna, Paragh, «These are the new middle ages, not a new order», *The Guardian*, 12 de septiembre de 2008. La expresión «neomedievalismo» se atribuye a Hedley Bull, *The Anarchical Society. A Study of Order in World Politics*, Nueva York, Columbia University Press, 1977.

17. Citado en Todorov, Tzvetan, *Les Abus de la mémoire*, París, Arléa, 2015, pág. 27.

18. Lewis, Ricardo, «Does Chinese civilization come from Ancient Egypt?», *Foreign Policy*, 2 de septiembre de 2016.

19. Buruma, Ian, y Margalit, Avishai, *Occidentalism. The West in the Eyes of Its Enemies*, Nueva York, The Penguin Press, 2004, pág. 79-80. [Hay trad. cast.: *Occidentalismo: breve historia del sentimiento antioccidental*, Barcelona, Península, 2005.]

20. Goar, Matthieu, «Nicolas Sarkozy compare Daech à une "peste noire"», *Le Monde*, 12 de septiembre de 2016.

21. Valéry, Paul, *Regards sur le monde actuel et autres essais*, *op. cit.*

22. Fettweis, Christopher J., «Misreading the Enemy», *Survival*, octubre-noviembre de 2015, vol. 57, n.° 5, pág. 164.

23. Kleiner, Samuel, y Zoellner, Tom, «Republicans "Munich" Fallacy», *The Los Angeles Times*, 20 de julio de 2015.

24. Todorov, Tzvetan, *Les Abus de la mémoire*, *op. cit.*, pág. 10.

25. Weber, Olivier, «Entretien», *Historia*, julio-agosto de 2015, pág. 102.

2. LAS RAÍCES DE LA VENGANZA

1. Delpech, Thérèse, *L'Homme sans passé. Freud et la tragédie historique*, París, Grasset, 2011, pág. 10.

2. *Ibid.*, pág. 13.

3. Buruma, Ian, y Margalit, Avishai, *Occidentalismo*. *op. cit.*

4. Daniel Halévy, *Essai sur l'accélération de l'Histoire*, París, Les Îles d'Or, 1948.

5. Véase Toffler, Alvin, *Le Choc du futur*, *op. cit.*

6. Delpech, Thérèse, *L'Ensauvagement. Le retour de la barbarie au XXI^e siècle*, París, Grasset, 2005 [versión digital].

7. Hartog, François, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, París, Seuil, 2003.

8. Bouvet, Laurent, *L'Insécurité culturelle. Sortir du malaise identitaire français*, París, Fa-

yard, 2015.

9. Debray, Régis, intervención en los Assises de la Recherche Stratégique, 21 de noviembre de 2014.

10. Taseer, Aatish, «The return of History», art. cit.

11. Salles, Alai, y Paris, Gilles, «La grande peur de l'homme occidental», *Le Monde*, 31 de diciembre de 2016.

12. Doobs, Richard, *et al*., *Poorer than their Parents? Fat or Fallling Incomes in Advanced Economies*, McKinsey Global Institute, julio de 2016.

13. Bruckner, Pascal, *La Tyrannie de la pénitence. Essai sur le masochisme occidental*, París, Grasset, 2006.

14. McKenna, Mark, «Different perspectives on Black Armband History», *Research Paper 5*, *Parliamentary Library*, 10 de noviembre de 1997.

15. Public Religion Research Institute, *American Values Atlas*, 2014.

16. *Ibid*.

17. Brooks, David, «The age of reaction», *The New York Times*, 27 de septiembre de 2016.

18. Eugénie Bastié en la emisión televisiva «Ce soir ou jamais», France 2, 25 de septiembre de 2015.

19. De Rocquigny, Tiphaine, «Cultures Monde», France Culture, 26 de diciembre de 2016.

20. MacMillan, Margaret, *Dangerous Games. The Uses and Abuses of History*, Nueva York, Modern Library, 2009, pág. 15. [Hay trad. cast.: *Juegos peligrosos. Uso y abuso de la historia*, Barcelona, Ariel, 2009.]

21. Boym, Svetlana, *The Future of Nostalgia*, Nueva York, Basic Books, 2001.

22. Eliade, Mircea, *Le Mythe de l'éternel retour. Archétypes et répétition*, París, Gallimard, 1949. [Hay trad. cast.: *El mito del eterno retorno*, Madrid, Alianza, 1999.]

23. MacMillan, Margaret, *Dangerous Games*, *op. cit*., pág. 101.

24. Kagan, Robert, *The Return of History and the End of Dreams*, *op. cit*., pág. 3.

25. Bauer, Alain, *Qui est l'ennemi*?, París, CNRS, 2015, pág. 29.

26. Bauer, Alain, «La nouvelle bataille de Kerbala», *Le Nouvel Économiste*, 13 de octubre de 2014.

27. Conan, Éric, y Rousso, Henry, *Vichy. Un passé qui ne passe pas*, París, Fayard, 1994.

28. Hobsbawn, Eric, y Ranger, Terence (dir.), *The Invention of Tradition*, Cambridge,

Cambridge University Press, 1983.

29. Gong, Gerrit W., «The beginning of History: Remembering and forgetting as strategic issues», *The Washington Quarterly*, 2001, vol. 24, n.° 2, pág. 3.

30. Lemaître, Frédéric, «L'Europe des confins (2/5): blessures de guerre en Pologne et en Ukraine», *Le Monde*, 27 de diciembre de 2016.

31. Negroponte, Nicholas, *Being Digital*, Londres, Hodder & Stoughton, 1996; «Negroponte: Internet is way to world peace», *CNN.com*, 25 de noviembre de 1997.

3. LA HISTORIA TIENE CONSECUENCIAS

1. Woolf, Daniel, «Of nations, nationalism, and national identity. Reflections on the historiographical organization of the past», *en* Wang, Q. Edward, y Fillafer, Franz (dir.), *The Many Faces of Clio. Cross-cultural Approaches to Historiography*, Nueva York, Berghahn Books, 2006.

2. Pinker, Steven, *The Better Angels of Our Nature. Why Violence Has Declined*, Nueva York, Viking, 2011.

3. Sadowski, Yahya, *The Myth of Global Chaos*, Washington, Brookings Institution Press, 1998, pág. 201.

4. Borger, Julian, *The Butcher's Trail. How the Search for Balkan War Criminals Became the World's Most Successful Manhunt*, Nueva York, Other Press, 2016, págs. 318-319.

5. MacMillan, Margaret, *Dangerous Games*, *op. cit.*, pág. 88.

6. Buruma, Ian, y Margalit, Avishai, *Occidentalism*, *op. cit.*

7. Benraad Myriam, «L'État islamique et la "vengeance des humiliés"», *The Conversation*, 3 de octubre de 2016.

8. Rieff, David, *In Praise of Forgetting*, *op. cit.*; MacMillan, Margaret, *Dangerous Games*, *op. cit.*, p. 81.

9. «President Ilham Aliyev: The time will come and we, Azerbaijanis, will return to all our historical lands», *today. az*, 4 de diciembre de 2016.

10. Ignatieff, Michael, *The Warriors Honor. Ethnic War and the Modern Conscience*, Nueva York, Metropolitan Books, 1998.

11. Mélenchon, Jean-Luc, *Lettre aux éditions Fayard*, 22 de octubre de 2015.

12. Intervención en el Foro de Davos, 21 de enero de 2016.

13. «Alain Finkielkraut: "Nous vivons la fin de la fin de l'Histoire"», art. cit.

14. Finkielkraut, Alain, «L'esprit d'escalier», *Causeur*, verano de 2016, n.° 37, pág. 26.

15. Dantec, Maurice G., «Last exit to Brussels», *Salamandra*, 28 de junio de 2003.

16. Alain Juppé: «Si nous continuons comme cela, nous allons vers la guerre civile», *Le Monde*, 23 de septiembre de 2016.

17. Ford, Henry, entrevista en el *Chicago Tribune*, 25 de mayo de 1916.

18. Citado en Fergusson, Niall, «The meaning of Kissinger», *Foreign Affairs*, septiembre-octubre de 2015, pág. 137.

19. Reagan, Ronald, discurso ante el Parlamento británico, 8 de junio de 1982.

20. Citado en Beauchamp, Zack, «Think the world is on fire? Obama's national security adviser says things are better than ever», *Vox*, 18 de agosto de 2016.

21. Citado en Dunham, William, «Kerry condemns Russia's "incredible act of aggression" en Ukraine», *Reuters*, 2 de marzo de 2014.

22. Citado en «Russia plants flag under N pole», *BBC News*, 2 de agosto de 2007.

4. UNA GIRA MUNDIAL DE LOS FANTASMAS DEL PASADO

1. Gong, Gerrit W., «The beginning of History», art. cit., pág. 48.

2. Kagan, Robert, *The Return of History and the End of Dreams*, *op. cit.*, pág. 37.

3. Haski, Pierre, «Le PC chinois dopé au patriotisme», *L'Obs*, 27 de agosto de 2015, n.° 261, pág. 21.

4. Peters Jeremy W., «Among Trump's fans: Hindu nationalists», *The New York Times*, 17 de octubre de 2016.

5. Karvar, Anousheh, «Comment l'Inde découvre les "mathématiques védiques"», *La Vie des idées*, junio de 2006, pág. 61.

6. Bouissou, Julien, «En Inde, des ultranationalistes rêvent d'une nation hindoue "pure"», *Le Monde*, 25 de marzo de 2016.

7. Jenkins, John, «The islamist zero hour», *New Statesman*, 2 de septiembre de 2015.

8. Rieff, David, *In Praise of Forgetting*, *op. cit.*

9. Olivier Roy, «Il n'y a pas de retour du religieux», *Le Monde*, 5 de agosto de 2016.

10. Bush, George W., *Remarks by the President Upon Arrival*, 16 de septiembre de 2001.

11. El-Difraoui, Asiem, «Les jihadistes nient l'histoire pour mieux la falsifier», *Libération*, 15 de diciembre de 2014.

12. Birnbaum, Jean, *Un silence religieux*, París, Seuil, 2016, pág. 209

13. Weber, Olivier, «Daech: la théorie du chaos», *Historia*, julio-agosto de 2015, págs. 99-100.

14. Citado en Al Omran, Admed, y Stancati, Margaret, «Standoff with Iran infla-

mes anti-shiite feelings in Saudi Arabia», *The Wall Street Journal*, 1 de septiembre de 2016.

15. Daoud, Kamel, «L'Arabie saoudite, un Daech qui a réussi», *The New York Times*, 20 de noviembre de 2015.

16. Hameed, Mustafa, «The destruction of Mecca, *Foreign Policy*, 22 de septiembre de 2015.

17. Sami, Angawi, director del Centre de recherches sur le *Hajj*, citado en Hameed, Mustafa, *op. cit.*

18. Citado en Wright, Lawrence, *The Looming Tower. Al-Qaeda and the Road to 9/11*, Nueva York, Knopf, 2006, pág. 47.

19. Zarif, Mohammad Javad, «Let us rid the world of wahhabism», *The New York Times*, 13 de septiembre de 2016.

20. «Top Saudi cleric says Iran leaders not Muslims as haj row mounts», *Reuters*, 7 de septiembre de 2016.

21. Gold Dore, «The Arab world fears the "Safavid"», *Israel Hayom*, 7 de junio de 2013.

22. @SobhiTfaily, Twitter, 25 de septiembre de 2016.

23. Grass, Günter, *Das Treffen in Telgte. Eine Erzählung*, Luchterhand, Darmstadt und Neuwied, 1979, pág. 7.

24. Al-Wahab, Ibn 'Abd, *Kashf al-shubuhat* [*La Clarification des doutes*], siglo XVIII.

25. Ohana, Noam, «Un nouveau révisionnisme cherche à nier le lien du peuple juif avec la terre d'Israël», *Le Monde*, 30 de octubre de 2015.

26. Citado en Jauvert, Vincent, «Le Raspoutine de Poutine», *Le Nouvel Observateur*, 1 de mayo de 2014, pág. 44.

27. Laqueur, Walter, *Putinism. Russia and its Future with the West*, Nueva York, Dunne Books, 2015, pág. 8.

28. Hill, Fiona, y Gaddy, Clifford G., *Mr. Putin. Operative in the Kremlin*, Washington, D. C., The Brookings Institution Press, 2015 [version digital].

29. Umland, Andreas, «Europe's Top Security Threat: Poisoned public opinion in Russia», *Atlantic Council*, 21 de septiembre de 2015.

30. Fédorovski, Vladímir, *Poutine. L'itinéraire secret*, Mónaco, Rocher, 2014, pág. 195.

31. Citado en Mandraud, Isabelle,«Une "bombe à retardement" nommée Lénine», *Le Monde*, 3 de febrero de 2016.

32. *Ibid*.

33. Fédorovski, Vladímir, *Poutine*, *op. cit*., pág. 176.

34. Citado en Khapaeva, Dina, «La Russie gothique de Poutine, *Libération*, 24 de octubre de 2014.

35. *Ibid*.

36. Oliphant, Roland, «The Russian reenactors wearing armour to "feel free"», *The Sunday Telegraph*, 1 de noviembre de 2015.

37. Dorman, Véronika, «Denis Karagodine aux trousses des tueurs de son aïeul», *Libération*, 9 de diciembre de 2016.

38. Arjakovski, Alexandre, «La politique mémorielle du Kremlin au service du populisme», *The Conversation*, 8 de enero de 2017.

39. Tatu, Natacha, «Pour Poutine, une révolution à oublier», *L'Obs*, 22 de diciembre de 2016, n.° 2720.

40. Citado en Mandraud, Isabelle, «La chute de l'empire soviétique, vingt cinq ans après», *Le Monde*, 8 de septiembre de 2016.

41. Putin, Vladímir, «Discours du président de la fédération de Russie», 18 de marzo de 2014.

42. Putin, Vladímir, «Discours présidentiel devant l'Assemblée fédérale», 4 de diciembre de 2014.

43. Snyder, Timothy, «When Stalin was Hitler's ally», *Eurozine*, 8 de mayo de 2015.

44. Encuentro con los jóvenes investigadores y los docentes de historia, Moscú, 5 de noviembre de 2014, citado en Nemtsov, Boris, *Le Rapport Nemtsov. Poutine et la guerre*, París, Solin/Actes Sud, 2016, pág. 134.

45. Citado en Mandraud, Isabelle, «Une bombe à retardement nommée Lénine», art. cit.

46. Nemtsov, Boris, *Le Rapport Nemtsov*, *op. cit*., pág. 32.

47. Citado en Erasmus, «Some Middle Eastern christians are speaking up against "holy war" in Syria», *The Economist*, 21 de octubre de 2015.

48. Citado en Chastain, Mary, «Russian politician: Syria belongs to Russia because "It is our land"», *Breitbart*, 2 de octubre de 2015.

49. Citado en Borger, Julian, *The Butcher's Trail*, *op. cit*., pág. 242.

50. Ingrao, Christian, «*Mein Kampf*: un historien répond à Mélenchon», *Libération*, 27 de octubre de 2014.

51. Rupnik, Jacques, «Le retour de l'histoire en Europe centrale», art. cit., pág. 56.

52. *Ibid*.

53. Borger Julian, *The Butcher's Trail*, *op. cit*.

54. «Turkish leaders proudly remember "forgotten" Ottoman WW1 victory», *AFP*, 30 de abril de 2016.

55. «President Erdoğan slams "Modern Lawrences of Arabia" in Middle East», *AFP*, 13 de octubre de 2014.

56. Bozarslan, Hamit, «Turquie: une très violente nostalgie d'empire», *Défense*, noviembre-diciembre de 2016, n.° 183.

57. Citado en Baydar, Yavuz, «Erdoğan: Kosovo is Turkey», *Al-Monitor*, 28 de octubre de 2013.

58. Citado en Douroux, Philippe, «Johann Chapoutot: "Pour les Allemands, les Grecs d'aujourd'hui ne sont pas à la hauteur des Grecs anciens"», *Libération*, 25 de julio de 2015.

59. Citado en Van Renterghem, Marion, «Angela Merkel, "Globale Mutti"», *Le Monde*, 3 de septiembre de 2016.

60. Citado en «Brentry. How Norman rule reshaped England», *The Economist*, 24 de diciembre de 2016.

61. Citado en Traynor Ian,«In 1683 Turkey was the invader. In 2004 much of Europe still sees it that way», *The Guardian*, 22 de septiembre de 2004.

62. *Ibid*.

63. Valls, Manuel, intervención en el Foro de Davos, 21 de enero de 2016.

64. Lemaître, Frédéric, «L'Europe des confins (1/5): des pays baltes en plein doute», *Le Monde*, 27 de diciembre de 2016. Kauffmann, Sylvie, «Stalin's lengthening shadow», *The New York Times*, 24 de diciembre de 2016.

65. Kauffman, Sylvie, «Stalin's lengthening shadow» *The New York Times*, 24 de diciembre de 2016.

66. Citado en Iwaniuk, Jakub, «Varsovie ne veut plus entendre parler de "camps polonais"», *Le Monde*, 20 de agosto de 2016.

67. Orbán, Viktor, citado en MTI, «Hungarians cannot come to terms with Trianon treaty, says Ader», *politics.hu*, 4 de junio de 2013; Putin, Vladímir, entrevista con las cadenas de televisión alemanas ARD y ZDF, 5 de mayo de 2005.

68. Fillon, François, discurso de Sablé-sur-Sarthe, 28 de agosto de 2016.

69. «Alain Juppé: "Si nous continuons comme cela nous allons vers la guerre civile"», art. cit.

70. «Patrick Boucheron: “Il faut dépayser l’histoire de France”», *L’Obs*, 7 de julio de 2016, n.º 2.696.

71. Wright Thomas, «Trump’s 19th Century Foreign Policy», *Politico*, 20 de enero de 2016.

72. Jauvert Vincent, «Le suprématiste blanc qui affole l’Amérique», *L’Obs*, 15 de diciembre de 2016, n.º 2719.

5. DEL BUEN USO DEL PASADO

1. Gray, Colin S., *War, Peace and Victory*, Nueva York, Simon & Schuster, 1990, pág. 335.

2. Clark, Christopher, «Les leçons de 1914», *Le Monde*, 16 de enero de 2014.

3. Neustadt, Richard E., y May, Ernest R., *Thinking in Time. The Uses of History for Decision Makers*, Nueva York, The Free Press, 1986; Khong, Yuen Foong, *Analogies at War*, Princeton, Princeton University Press, 1992.

4. Black, Jeremy, *Using History*, Londres, Bloomsbury Academic, 2005, pág. 182.

5. Gore, Albert J., «An ecological kristallnacht. Listen», *The New York Times*, 19 de marzo de 1989.

6. «American gulag», *The Washington Post*, 26 de mayo de 2005.

7. Irving, John, «La “grand bête” a parlé», *L’Obs*, 24 de noviembre de 2016, n.º 2716, pág. 87.

8. Mares, Antoine, «Les accords de Munich au cœur des émotions internationales», en Mares, Antoine, y Rey, Marie-Pierre, *Mémoires et émotions au cœur des relations internationales*, París, Publications de la Sorbonne, 2014, pág. 204.

9. *CNN Live*, 11 de septiembre de 2001.

10. Murphy, Cullen, *Are We Rome? The Fall of an Empire and the Fate of America*, Boston-Nueva York, Houghton Mifflin Harcourt, 2007.

11. Barochez, Luc de, «L’Europe connaît la recette de la paix en Syrie», *Le Point*, 1 de diciembre de 2016, n.º 2308; Axworthy, Michael, y Milton, Patrick, «A Westphalian peace for the Middle East», *Foreign Affairs*, 10 de octubre de 2016.

12. Kagan, Robert, *The Return of History and the End of Dreams*, *op. cit.*; Delpech, Thérèse, *L’Ensauvagement*, *op. cit.*; Friedberg, Aaron, «Will Europe’s past be Asia’s future?», *Survival*, otoño de 2000, vol. 42, n.º 3.

13. Delpech, Thérèse, *L’Ensauvagement*, *op. cit.*

14. Freedman, Lawrence, «Iran, History, and Stategy by Analogy», *War on the Rocks*, febrero de 2014.

15. MacMillan, Margaret, *Dangerous Games*, *op. cit.*, pág. 154.

16. Santayana, George, *The Life of Reason, or The Phases of Human Progress*, Nueva York, Dover Publication, 1905-1906 [versión digital].

17. Ternon, Yves, «La qualité de la preuve», en Collectif, *L'Actualité du génocide des Arméniens*, Maisons Alford Edipol, 1999.

18. «Kazuo Ishiguro: "Pour ne pas se désintégrer, une société doit parfois oublier son passé"», *L'Obs*, 28 de febrero de 2015.

19. *Ibid*.

20. Rieff, David, *In Praise of Forgetting*, *op. cit*.

21. *Ibid*.

22. Citado en Motyl, Alexandre J., «Should Ukraine forget its history?», *The Atlantic Council*, 16 de diciembre de 2015.

23. Steinmeier, Frank Walter, *The Peace of Westphalia as a model for reflection on the Middle East*, conferencia en el Osnabrück Peace Forum, 12 de julio de 2016

24. Fergusson, Niall, «The meaning of Kissinger», *Foreign Affairs*, septiembre-octubre de 2015.

25. Gong, Gerrit W., «The beginning of History», art. cit., págs. 48-49.

26. Citado en Ferguson, Niall, «The meaning of Kissinger», art. cit., pág. 137.

27. Von Mittelstaedt, Juliane, y Follath, Erich, «Interview with Henry Kissinger: "Do we achieve order through chaos or insight?"», *Der Spiegel*, 13 de noviembre de 2014.

28. Faure, Sonya, «Carla Hesse: "Cette passion publique pour l'histoire est le signe d'une démocratie en pleine vigueur"», *Libération*, 3 de agosto de 2015.

29. Fillon, François, discurso en Sablé-sur-Sarthe, *op. cit*.

30. «Denis Tillinac: "Le discours sociétal de Juppé ne me convient pas beaucoup"», *Causeur*, junio de 2016.

31. Renan, Ernest, «Qu'est-ce que la Nation?», discurso reproducido en el *Bulletin hebdomadaire de l'Association scientifique de France*, 26 de marzo de 1882.

32. Fillon, François, discurso pronunciado en Sablé-surSarthe, *op. cit*.

33. Académie de Paris, *Programmes de collège applicables à la rentrée 2016*.

34. Fillon, François, discurso en Sablé-sur-Sarthe, *op. cit*.

35. Blanc William, y Naudin, Christophe, «Le retour de l'histoire patriotique», *leshistoriensdegarde.fr*, 23 de marzo de 2014.

36. Encuesta de CSA para l'Union des étudiants juifs de France, 16 de julio de

2012.

37. Nora, Pierre, «Liberté pour l'histoire», *Le Monde*, 10 de octubre de 2008.

38. Jospin, Lionel, Discurso pronunciado durante el congreso *Mémoire et identité*, Genshagen, 24-25 de septiembre de 1999.

39. «La Fabrique de l'Histoire», France Culture, 24 de mayo de 2016.

40. Anónimo citado en Gong, Gerrit W., «The beginning of History», art. cit., pág. 55.

41. Citado en Calvet, Catherine, y Vecrin Anastasia, «Gabriel Martinez-Gros: "La violence de Daech se nourrit de notre désarmement"», *Libération*, 13 de septiembre de 2016.

42. Citado en Feertchak, Alexis, «Enseignement de l'histoire: comment réécrire le récit national?», *Le Figaro*, 2 de septiembre de 2016.

43. Nora, Pierre, «La France est malade de sa mémoire», *Le Monde*, 18 de febrero de 2006.

44. Keslassy, Éric, «Comprendre la guerre des mémoires», *Études du CRIF*, de octubre de 2016, n.° 42, pág. 8.

45. «Vincent Duclerc: "Apprendre des périodes sombres du passé est le meilleur moyen pour surmonter les tumultes du present"», *Le Monde*, 1 de septiembre de 2016.

46. Finkielkraut, Alain, «L'esprit d'escalier», art. cit., pág. 34.

47. Hassner, Pierre, «La revanche des passions», art. cit., pág. 312.

*Sykes-Picot: acuerdo franco-británico de 1916 sobre la división de Oriente Próximo en zonas de influencia. Kulikovo (1380): victoria rusa sobre la Horda de Oro. Borodinó (batalla del Río Moscova, 1812): victoria de Napoleón frente al ejército ruso.

* Analogía propuesta por numerosos comentaristas sobre el conflicto entre sunitas y chiitas.

*Referencia al título de un célebre trabajo de Richard M. Weaver, *Ideas Have Consequences*, Chicago, University of Chicago Press, 1948.

*Juego de palabras entre *hache*, «hacha», y la letra «h» (que en francés se pronuncia igual que *hache*. (*N. de la t.*)

* El filósofo francés de origen ruso Alexandre Kojève (19021968) se inspiró al mismo tiempo en Hegel y Marx para proponer la idea de que Estados Unidos había creado la sociedad sin clases en la que cada uno podía acceder a la propiedad, situándola así en el fin de la Historia.

**«Nunca sostuve [...] que todos los países se convertirían o podrían convertirse en

democráticos a corto plazo, sino únicamente que la historia humana era parte de una lógica evolutiva que llevaría a las naciones más avanzadas a la democracia liberal y a los mercados», Fukuyama, Francis, «La fin de l'Histoire dix ans après», *Le Monde*, 17 de junio de 1999.

*Tomo prestada la expresión a Daniel Halévy, que la emplea a propósito de la crisis del 16 de mayo de 1877 («El dieciséis de mayo es esencialmente una revuelta del pasado», en *La Fin des notables,* tomo II: *La République des Ducs*, Grasset, 1937, pág. 197). Le agradezco a Jean-Dominique Merchet esta referencia.

*Huntington, Samuel P., «The clash of Civilisations?», *Foreign Affairs*, verano de 1993. Parece ser que los primeros autores en emplear esta expresión en el debate público fueron Basil J. Matthews (*Young Islam on Trek: Study in the Clash of Civilizations*, Nueva York, Friendship Press, 1926), así como… Albert Camus: «Estamos presenciando el choque de civilizaciones y viendo cómo en el mundo entero las civilizaciones colonizadas emergen gradualmente y se alzan contra las civilizaciones colonizadoras», *Tribune de Paris* (programa de radio), «El problema argelino», 1 de julio de 1946.

**Tomado al pie de la letra, su discurso no tiene nada de incendiario: «No se trata más que de un choque de civilizaciones: la reacción quizás irracional, pero sin duda de alcance histórico, de un antiguo rival contra nuestra herencia judeocristiana, nuestro presente laico y la expansión global de ambos. Es crucial que no nos dejemos provocar y que evitemos una reacción de amplitud histórica pero también irracional contra este rival». Lewis, Bernard, «The Roots of Muslim Rage», *The Atlantic*, septiembre de 1990.

*Ya describimos esta dinámica en Tertrais, Bruno, *La Guerre sans fin. L'Amérique dans l'engrenage*, París, Seuil, 2004.

*Mayoría Moral: movimiento de movilización política encaminado a estructurar la «derecha cristiana» americana.

*El Tratado de Rapallo (1922) sellaba la reconciliación germano-rusa. La Doctrina Monroe (1823), llamada así por el apellido del secretario de Estado norteamericano de la época, afirmaba el predominio de Estados Unidos sobre el hemisferio occidental. Un protocolo secreto anexo al Pacto Ribbentrop-Mólotov (1939) repartía Europa oriental entre la URSS y el Tercer Reich.

*Estos últimos ejemplos justifican perfectamente el bien conocido aforismo de Karl Marx: la segunda vez es a menudo una farsa (incluso trágica).

*Rus de Kiev: principado eslavo oriental (siglos IX-XIII).

*Lo cierto es que a veces la realidad supera a la ficción. ¿Sabemos que la compañía

Degussa, fabricante del Zyklon B, fue igualmente la inventora del Captagon, la droga de los yihadistas?

**Hacemos referencia aquí a los términos informáticos ROM, *Read-Only Memory*, y RAM, *Random Access Memory*.

*«Una vez que haya elegido su política, habrá siempre una analogía histórica a su alcance para sostenerla», Crandall, Russell, y Leach, Wade, «History and policy: Please think responsibly», *Review Essay*, *Survival*, abril-mayo de 2016, vol. 58, n.° 2, pág. 190.

**Gran Juego: expresión que describe la rivalidad ruso-británica en Asia durante el siglo XIX.

*El Tercer Reich perfeccionó la ceremonia por los «conjuros de fuego» que comprendían nueve heraldos. El primero proclamaba: «¡Contra la lucha de clases y el materialismo! ¡Por la unidad del pueblo y una concepción idealista de la vida! Lanzo a las llamas los escritos de Marx y de Kautsky». El cuarto: «¡Contra la sobreestimación de la vida sexual, corruptora de las almas! ¡Por el ennoblecimiento del alma humana! Envío a las llamas los escritos de Freud». Richard Lionel, *Le Nazisme et la Culture*, Bruselas, Complexe, 2006, págs. 212-213.

*Mensaje de Año Nuevo del 31 de diciembre de 1976. Es bien conocida la frase lapidaria de Raymond Aron en 1975: «Giscard no sabe que la Historia es trágica».

*«Desconfío de la Historia, por lo que conlleva de pasiones a través de las epopeyas míticas que han derramado tanta sangre. Quiero llevar a Francia fuera de la Historia para hacerla salir de lo trágico», citado por Philippe de Villiers en Levy, Elizabeth, y Boris, Pascal, «Philippe de Villiers: "Le mur du mesonge va tomber"», *Causeur*, noviembre de 2015, pág. 64.

*La seducción que ejerce Putin en Francia podría recordarnos a la admiración desprovista de cualquier sentido crítico que se profesaba hacia Mao en la década de 1970 y no solo por parte de la izquierda: nos frotamos los ojos cuando leemos lo que decían Alain Peyrefitte y Valéry Giscard d'Estaing («un faro del pensamiento mundial», según el presidente francés de la época). O las palabras de algunas personalidades de la izquierda sobre Fidel Castro (un «monumento de la historia», según Ségolène Royal, a la sazón ministra). A pesar de todo, a diferencia de Putin, Mao y Castro no fueron considerados como ejemplos para Europa.

**New Age: corriente espiritual sincrética que pretende hacer entrar a la humanidad en una nueva era hedonista, a menudo denominada «Edad de Acuario».

*La tentación de una reafirmación de la religión dominante en respuesta al terroris-

mo y al islamismo se encuentra en otros contextos: Rusia, Israel, India…

**Tea Party: movimiento populista y libertario del Partido Republicano, nacido a fines de la década de 2000, cuyo nombre proviene de un episodio fundacional de la Revolución americana.

*El gran estratega estadounidense Edward Luttwak predijo en 1994 el nacimiento de un «fascismo mejorado»: intuyó que ni la derecha liberal ni la izquierda tradicional serían capaces de presentar una propuesta política que fuera capaz de responder a la creciente inseguridad personal de las víctimas de la globalización. Edward Luttwak, «Why fascism is the wave of the future», *The London Review of Books*, 7 de abril de 1994, vol. 16, n.° 7, págs. 3-6.

**Tomo prestada la expresión de Balzacq, Thierry, *Regards croisés*, Universidad de Namur, 18 de noviembre de 2016.

*La expresión hace referencia a un célebre artículo de Philippe Sollers, «La France moisie», *Le Monde*, 28 de enero de 1999.

*Recordemos que Anders Breivik, el autor de uno de los atentados más sangrientos cometidos en Europa en época contemporánea (77 muertos), se reivindicó como defensor del Occidente cristiano.

***Blut und Boden*, «la sangre y la tierra», expresión de Oswald Spengler (*La decadencia de Occidente*), que la ideología nacionalsocialista alemana se apropió en la década de 1920.

* *Ludita*: movimiento obrero de principios del siglo XIX que preconizaba la destrucción de las máquinas que simbolizaban la modernidad.

* Véase Delpech, Thérèse, *L'Homme sans passé. Freud et la tragédie historique*, Grasset, 2011. Recordemos el papel de los psiquiatras (Jovan Rašković, Radovan Karadžić) en el genocidio en los Balcanes, que recuerda la teorización de la superioridad racial en la Alemania de principios del siglo XX (Ernst Rüdin).

**No por nada se pudo afirmar que los rusos «sufren de neurosis colectiva», Umland, Andreas, «Europe's top security threat: Poisoned public opinion in Russia», *Atlantic Council*, 21 de septiembre de 2015. Véase sobre este tema Tabarovsky, Izabella, «Operation oblivion», *Intersection Project*, 20 de diciembre de 2016.

*Taseer, Aatish, «The return of History», *The New York Times*, 11 de diciembre de 2015.

**Sobre este punto, una analista reconocida de Oriente Próximo ha puesto las cosas en perspectiva muy hábilmente: Benraad, Myriam, «Ces assassins de l'Orient global», *Outre-Terre*, agosto de 2015, vol. 44, n.° 3, págs. 20-22.

*«Pekín lamentará quizás el haber despertado los monstruos de la Segunda Guerra Mundial […]. Porque una vez que la memoria china se despierte será difícil de contener, tan llena está de mentiras oficiales y de tragedias humanas reprimidas por el pasado», Delpech, Thérèse, *L'Ensauvagement. Le retour de la barbarie au XXIe siècle*, Grasset, 2005 [versión digital].

*Se los puede combinar: hoy, en Grecia, el alemán es a menudo el enemigo, casi tanto como el turco.

*«[Si] China ha vivido un "siglo de la humillación", los islamistas la han vivido durante más de un siglo, una humillación de la que Israel es el vivo símbolo», Kagan, Robert, *The Return of History and the End of Dreams*, Alfred A. Knopf, 2008, pág. 48.

*Eleftherios Venizelos: destacada figura política de Grecia a principios del siglo XX, ocupó varias veces el cargo de primer ministro.

*Véronique Soulé atribuye la expresión «contenciosos memoriales» a George Mink en «Mémoires européennes», *Libération*, 30 de julio de 2007.

**Tornike Gordadze recordaba en 2008, después de la intervención rusa en Georgia: «[…] el sitio oficial de Osetia del Sur se abre con una cita de un intelectual georgiano del siglo pasado que escribe que el pueblo georgiano habría dejado Mesopotamia hace milenios para llegar al Cáucaso. Por tanto, no es un pueblo autóctono y no tiene derecho a la tierra que pretende. […] Un escritor georgiano provocó un motín entre los abjasios en 1954 queriendo demostrar que solo bajaron del Cáucaso Norte a partir del siglo XVIII. La política soviética de las nacionalidades ha favorecido este tipo de literatura. Para justificar los privilegios otorgados a un pueblo particular en un territorio era necesario un relato aparentemente científico de la etnogénesis de dicho pueblo. A veces se remontaban hasta la Edad de Piedra declarando que tal tribu estaba formada por los antepasados de tal o cual nacionalidad soviética. Los numerosos institutos de investigación y las muy oficiales academias de ciencias se dedicaban a esto. Shihab, Sophie, «Le conflit dans le Caucase, "un effet de la politique soviétique des nationalités"», *Le Monde*, 31 de agosto de 2008.

*Acuerdo del Viernes Santo (1998): acuerdo de paz que puso fin al conflicto en Irlanda del Norte. Kosovo (1999): intervención de la OTAN y sus aliados políticos para terminar con la represión serbia en esta región e imponer el acuerdo de paz negociado en Rambouillet.

*En un alucinante discurso lleno de condescendencia, el presidente de la República francesa de la época asimila el africano al salvaje de Mircea Eliade, eterno niño aterrorizado por la Historia. «El hombre africano no ha entrado en la Historia. […] El pro-

blema de África es que vive el presente en la nostalgia del paraíso perdido de la infancia. […] En este país imaginario donde todo siempre vuelve a empezar, no hay sitio para la aventura humana ni para la idea de progreso», Sarkozy, Nicolas, discurso pronunciado en la Universidad Cheij-Anta-Diop, Dakar, 26 de julio de 2007.

*Citado en Goldberg, Jeffrey, «The Obama doctrine», *The Atlantic*, abril de 2016. Sobre el tema véase también Tertrais, Bruno, *L'Apocalypse n'est pas pour demain. Pour en finir avec le catastrophisme*, París, Denoël, 2011.

**Se advierte el mismo tono en boca de un parlamentario americano a la hora de criticar el muro de Donald Trump: «Valla o muro, es una solución del siglo XVI a un problema del siglo XXI» (Henry Cuellar, representante de Texas, citado en Flores, Adolfo, «Here's why Trump's «great wall» on the US-Mexico Border is basically a pipe dream», *BuzzFeedNews*, 14 de enero de 2017).

* Se distribuyó ampliamente en el extranjero, como libro en versión bilingüe (The Sankei Shimbun, *History Wars, Japan: False Indictment of the Century*, 2015).

**Gong, Gerrit W., «The beginning of History: Remembering and Forgetting as Strategic Issues», *The Washington Quarterly*, 2001, vol. 24, n.º 2, pág. 53. El autor añadió: «La forma en que Corea del Norte y Corea del Sur manejan la responsabilidad del pasado […] ayudará a determinar cuántos soldados estadounidenses permanecerán en la península» (*ibid*., pág. 52).

*El Tratado de San Francisco también es la fuente de otros litigios. Según el artículo 2c, las islas Kuriles debían ser entregadas a la Unión Soviética… ¿pero las cuatro islas conocidas en Japón como «Territorios del Norte» formaban parte de las mismas? En virtud del artículo 2f, Japón renunció a todas las reclamaciones sobre Spratly y Paracelso, pero el tratado no mencionaba la propiedad de estas islas.

*Y especialmente desde 1969 (el intento de incendio de la mezquita de Al-Aqsa por un extremista australiano, que tuvo un gran impacto en el mundo musulmán).

*Aunque solo representen cerca de un tercio de las ocupaciones de Cisjordania, las construidas están localizadas generalmente en la cima de las colinas, a lo largo del eje norte-sur central del territorio.

**Los proyectos de resoluciones presentados por los países árabes evocan «el Al-haram Al Ibrahimi/tumba de los patriarcas en Al-Khalil/Hebrón», «la mezquita de Al-Aqsa/Al-Haram Al-Sharif», «la plaza Al-Buraq» («plaza del Muro Occidental»). Sin otra referencia a la herencia judía de estos lugares. Dos resoluciones con este lenguaje fueron aprobadas por la Unesco en 2016.

* Guerras circasianas: conquista de la Circasia (noroeste del Cáucaso) por Moscú en

el siglo XIX.

*Recordemos que el primer ciberataque masivo de la era moderna fue el que golpeó los sitios del gobierno de Estonia en 2007, tras el desmantelamiento de un monumento soviético en Tallin.

*Otro personaje viene a la mente: Anders Breivik, el autor de los atentados de Noruega (véase el capítulo 2). Para él, el serbio ultranacionalista fue una gran fuente de inspiración, como lo demuestra una escena de su acción: su reunión en Monrovia en 2002 con el militante serbio Milorad Ulemek, también conocido como «el Dragón».

*Agradezco a Isabelle Laserre el haberme sugerido este episodio.

*Cuando las guerras de Yugoslavia entraban en su fase final, comenzó en las fronteras del Viejo Continente la secuencia del conflicto de Chechenia (1994, 1999), de una increíble brutalidad por parte rusa, pero no con menos horrores desde el lado de los independentistas. Un conflicto que se cerró del modo que mejor le cuadraba a Vladímir Putin para hacer su entrada en la escena política de Moscú: Grozni simplemente fue arrasada.

*En la visión de Erdoğan, la Turquía moderna es también parte de un linaje que se inicia en la confederación de los xiongnu, un pueblo nómada que vivió en el siglo II a. C. en el territorio actual de Mongolia. Este es el significado que se le puede dar al desfile de los dieciséis guerreros que representan al llamado «Imperio turco» del pasado y que forma su guardia ceremonial desde 2015.

*No se podía entender la reacción de Angela Merkel sin recordar que ella era una *ossie* a quien se le negó el acceso a Occidente.

**Ustachis*: nombre por el que se conoce a los partisanos de la Ustacha, movimiento separatista croata, antisemita y antiyugoslavo, que tomó el poder en Croacia en 1941 con la ayuda de los ocupantes nazis.

**Bleiburg: ciudad de Carintia donde fueron asesinados miles de soldados pronazis en 1945.

* A la inversa, referirse a las revoluciones de 1848 como se pudo hacer a principios de las revueltas árabes, sería correr el riesgo de confundir un movimiento de oposición contra autoritarismo laico con la eclosión de reivindicaciones nacionales.

*Aunque en Francia la expresión remite al título de una película famosa, su origen está en la obra de Norman Angell, *The great illusion: a study of the relation of military power in nations to their economic and social advantage*, Nueva York, G. P. Putman's Sons, 1911.

*Como dice Pierre Hassner, en algún momento habrá que hacer una lista de los pueblos humillados por Rusia (y por China, podemos añadir).

[**]La única «promesa» occidental fue la de no emplazar fuerzas de la OTAN en territorio de la antigua Alemania del Este, ni fuerzas militares «sustanciales» sobre el territorio de los nuevos miembros. Se respetó.

[*] El *Lagarde et Michard* es un manual de estudio francés de corte biográfico y centrado en la vida y la obra de los individuos, mientras que la correiente de pensamiento de la Escuela de los Annales se opone a este planteamiento para analizar la historia desde una perspectiva más social. (*N. de la t.*)

[*]«Francia se llamaba entonces la Galia, y los hombres medio salvajes que allí vivían eran los galos. Los galos eran altos y robustos, y tenían la tez blanca como la leche, los ojos azules y el pelo largo y rubio o pelirrojo, que dejaban flotar sobre sus hombros», Bruno G. (seudónimo), *Le Tour de France par deux enfants*, París, Librairie classique Eugène Belin, 1877, págs. 134-135.

[*]Alain Badiou citado en Leys, Simon, «La terreur khmère rouge», *Books*, enero de 2010. En otro texto, Simon Leys (remediando el olvido de Pol Pot en este inventario) ofrece la siguiente referencia: carta de Alain Badiou en Zižek, Slavoj (presentador), *Mao: de la pratique et de la contradiction*, Larís, La Fabrique, 2008, pág. 286.

[*]Nos viene a la mente el ejemplo, o mejor dicho, una especie de contraejemplo del líder austríaco de extrema derecha Jörg Haider, que en 1991 alababa la política de trabajo del Tercer Reich.

[*]Le debo esta diferenciación a Keslassy, Eric, «Comprendre la guerre des mémoires», *Etudes du CRIF*, octubre de 2016, n.º 42.

[*]Para convencer a sus conciudadanos, Jacques Chirac tuvo a bien afirmar que «Todos somos hijos de Bizancio» (Associated Press, «Jacques Chirac dit un "oui sans reserve" à la Constitution Européenne», 12 de diciembre de 2004).

[*]Esto funciona de la misma manera, por supuesto, para el deseo de venganza. Así, en 2011 nos enteramos de que Menájem Beguín, que combatió a los británicos, seguía considerando al Reino Unido como un enemigo en 1982, hasta el punto de proporcionar armas a Argentina durante la Guerra de las Malvinas. Aunque, podríamos añadir, la Junta de Buenos Aires era conocida por su actitud, digamos comprensiva, con los antiguos nazis.

[*]No me corresponde a mí afirmar si soy fiel en el fondo, pero en la forma me reconozco totalmente en esta afirmación: «Me ha sucedido haber escrito un libro porque había encontrado el título» (*Théorie de l'action politique, Leçon 1*, 1973, pág.1).

LOS CONTENIDOS DE ESTE LIBRO PUEDEN SER
REPRODUCIDOS EN TODO O EN PARTE, SIEMPRE
Y CUANDO SE CITE LA FUENTE Y SE HAGA CON
FINES ACADÉMICOS Y NO COMERCIALES

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
1. CUANDO LA HISTORIA COMIENZA DE NUEVO , EL PASADO RESURGE	10
2. LAS RAÍCES DE LA VENGANZA	30
3. LA HISTORIA TIENE CONSECUENCIAS	46
4. UNA GIRA MUNDIAL DE LOS FANTASMAS DEL PASADO	63
5. DEL BUEN USO DEL PASADO	107
EPÍLOGO	129
NOTAS	132